

COLECCION SELECTA

DE

TROZOS EN PROSA

Y DE

COMPOSICIONES POÉTICAS EN CASTELLANO

para uso de los cursantes

DE LA 2.^a ENSEÑANZA Y DE LAS ESCUELAS,

POR EL DOCTOR EN LETRAS

DON FRANCISCO RODRIGUEZ ZAPATA Y ÁLVAREZ,

PRESBITERO, CAPELLAN REAL DE LA DE SAN FERNANDO DE ESTA
CIUDAD Y CATEDRÁTICO PROPIETARIO POR OPOSICION
DE RETÓRICA Y POÉTICA EN EL INSTITUTO
PROVINCIAL DE LA MISMA.

2.^a EDICION

SEGUNDA PARTE

SEVILLA

Imp. de GIRONÉS Y ORDUÑA, Lagar 3

1878

POESIA LIRICA

ODAS Y CANTICOS SAGRADOS

De D. Juan Melendez Valdés

LA PRESENCIA DE DIOS ⁽¹⁾

ODA

Doquiera que los ojos
Inquieto torno en cuidadoso anhelo,
Allí, gran Dios, presente
Atónito mi espíritu te siente.
Allí estás; y llenando
La inmensa creación, so el alto Empíreo
Velado en luz te asientas,
Y tu gloria inefable á un tiempo ostentas.
La humilde yerbecilla
Que huella; el monte que de eterna nieve
Cubierto se levanta,
Y esconde en el abismo su honda planta;
El aura que en las hojas
Con leve pluma susurrante juega,

(1) De sus poesías: Madrid, 1820.

Y el sol que en alta cima
Del cielo, ardiendo, el universo anima,
Me claman que en la llama
Brillas del sol; que sobre raudó viento,
Con ala voladora,
Cruzas del occidente hasta la aurora;
Y que el monte encumbrado
Te ofrece un trono en su elevada cima:
La yerbecilla crece
Por tu soplo vivífico, y florece.
Tu inmensidad lo llena
Todo, Señor, y más; del invisible
Insecto al elefante,
Del átomo al cometa rutilante.
Tú á la tiniebla oscura
Das su pardo capuz, y el sutil velo
Á la alegre mañana,
Sus huellas matizando de oro y grana.
Y cuando primavera
Desciende al ancho mundo, afable ries
Entre sus gayas flores,
Y te aspiro en sus plácidos olores.
Y cuando el inflamado
Sirio (1) más arde en congojosos fuegos,
Tú las llenas espigas

(1) La más brillante de las estrellas fijas en la constelación del Can mayor.

Volando mueves, y su ardor mitigas.

Si entonces al bosque umbrío
Corro, en su sombra estás, y allí atesoras
El frescor regalado,
Blando alivio á mi espíritu cansado.

Un religioso miedo
Mi pecho turba, y una voz me grita:
«En este misterioso
Silencio mora, adórale humildoso.»

Pero á par en las ondas
Te hallo del hondo mar; los vientos llamas,
Y á su saña lo entregas;
Ó, si te place, su furor sosiegas.

Por doquiera, infinito
Te encuentro y siento en el florido prado,
Y en el luciente velo
Con que tu umbrosa noche entolda el cielo.

Que del átomo eres
El Dios, y el Dios del sol, del gusanillo
Que en el vil lodo mora,
Y el ángel puro que tu lumbre adora.

Igual sus himnos oyes
Y oyes mi humilde voz, de la cordera
El plácido balido,
Y del leon el horrible rugido.

Y á todos dadivoso
Acorres, Dios inmenso, en todas partes,
Y por siempre presente:

¡Ay! oye á un hijo en su rogar ferviente.

Óyele blando y mira

Mi deleznable sér: dignos mis pasos

De tu présencia sean,

Y doquier tu deidad mis ojos vean.

Hinche el corazon mio

De un ardor celestial, que á cuanto existe

Como Tú se derrame,

Y ¡oh Dios de amor! en tu universo te ame,

Todos tus hijos somos:

El tártaro, el lapon, el indio rudo,

El tostado africano

Es un hombre, es tu imágen, y es mi hermano.

De D. Félix José Reinoso

AL SER SUPREMO CONTRA LOS INCREULOS

CANTICO

IMITACION DE LA POESIA HEBREA (1)

(1796)

Effunde iram tuam in gentes
quæ te non noverunt.

PSALM. 78.

Dijo el necio:--No hay Dios.--Osado un hombre
Pretendió sojuzgar el orbe entero

(1) Sus obras: Sevilla, 1872.

Á su arbitrario mando,
Y el poder fingió artero
Del númen vengador, en cuyo nombre
Su imperio levantar. Cayó temblando;
Y dobló entónces la cerviz al yugo
La muchedumbre ilusa.—El hombre siente
Cual el bruto viviente;
Su Dios es su albedrío;
Su interés es virtud. ¿Dónde está, dónde
Esa deidad que del mortal se esconde?—

Tú, Señor Dios de Abrahán, en cuya ira
Saltan los montes de pavor, y en humo
Ardiendo sube el suelo,
Del sacro templo sumo
Oye mi voz y al insolente mira
Que osó mover su lengua contra el Cielo.
Tú, Dios, Tú hablas victorias. ¡Oh! delante
De tu faz va la muerte: tu vestido
De llamas guarnecido.
¿Quién á Tí semejante
Entre los fuertes es, Jehová guerrero?
Rayos tus ojos son, la voz tu acero.

Tu gloria anuncia el firmamento alzado
En sus lumbres sin fin. Nace fulgente
El sol, y al universo
¡Dios! proclama en Oriente;

¡Dios! el Véspero (1) suena; alza nevado
Sobre las cimas el semblante terso
La luna y Dios repite; y Dios el coro
De estrellas en su giro ardiendo clama.
Vuela cual leve llama
El acento sonoro
Por el orbe; mas ciego el descrêido
Tapió con ámbas manos el oído.

— Dijo:—No hay más allá de lo terreno,
Mañana no seré. Venid, bebamos;
Holguemos este día:
Al justo persigamos
Y al huérfano infeliz. Cual prado ameno
El opresor florece: en Dios confía,
Y es humillado el simple.—¡Ay, Dios, que brama
El desleal! De su furor creciente
Nos sumerge el torrente:
En nuestro pan derrama
La hiel, en nuestro pecho agudas penas:
Sus manos de orfandad y sangre llenas.

¿Y prospera el infiel? Señor, mi planta
Resbala y titubea: yo ardo en celos
Por la paz del malvado.
Cual águila en sus vuelos

(1) El lucero de la tarde.

Así él crece en su dicha y se levanta.
Y dije:—En vano el corazon manchado.
Y las manos lavé; de la mañana
Á la tarde padezco.—Mas te agravio,
Señor, con torpe labio;
Porque la mente insana
El fin no ve del justo que en Tí fie;
Y entónces ¡ay del que de Dios se ríe!

¿Dónde el feroz huirá? Si de la aurora
Toma las alas y con ráudo vuelo
Corre allá do los mares
Valladar son del suelo,
Le alcanzará tu diestra vengadora.
Tornaránse sus dichas en azares,
Cual heno al fuego pasarán sus dias.
—La noche esconderá en su seno umbrío,—
Dijera aquel impío,—
Mi crimen y falsías.—
Mas no hay sombra ante Dios: la niebla oscura
Brilla á sus ojos como llama pura.

Manda presta tu ira, cual rugiente
Leon devorador: caiga el espanto
Sobre el necio orgulloso,
Su manjar sea el llanto.
¿El fuerte de Israel con sesga frente
Oirá su nombre blasfemar? ¿Gozoso

Moverá el arrogante la cabeza
Contra Jehová? ¡Contra Jehová el gusano!
—Que venga,—dice ufano,—
Que muestre su grandeza
Ese Dios y creerélo.—¿Y lo percibe,
Señor, tu oído, y aún el fiero vive!

¡Y vive él y te mofa! Tiende ¡oh! tiende
El brazo triunfador, que al mar bramante
En sus lindes encierra.
De tu airado semblante
El fuego lanza que las nubes hiende
Y los cedros del Líbano soterra.
¡Sus! Vibra ¡oh Prepotente! El duro pecho
Atraviése tu dardo enherbolado,
Y caiga aquel malvado:
Caiga, y á su despecho
Falleciente el poder confesará
De El que es, El que ha sido, El que será.

De Autor anónimo

¿DONDE ESTA DIOS? ⁽¹⁾

¡Señor! ¿Dó está tu trono y tu morada?

¿Dónde, Jehová, tu asiento,

Que á Tí dirige el ala arrebatada

Mi corazon sediento?

¿Dónde está tu mansion? ¿Es, por ventura,

En el sol esplendente?

Aquella luz inagotable y pura

¿Es la luz de tu frente?

¿Acaso los planetas son las gradas

Para tu trono santo?

¿Ó son esas estrellas derramadas

Las perlas de tu manto?

¿Moras entre la nube que contiene

Las hórridas tormentas?

¿Ó donde el Aquilon su gruta tiene,

Allí tu planta sientas?

¿Sobre el Alpe, de nieves abrumado,

Tu silla colocaste?

(1) En *El Correo de Sevilla*, en 1805, tom. VII, está suscrita esta composicion con el nombre de Feniso. La *Revista Andaluza*, periódico literario de la misma ciudad, en 1842, la atribuye á D. Félix José Reinoso. Cualquiera que sea el autor, la consideramos digna de figurar en estas páginas.

¿Ó en las olas del mar alborotado

Tu retiro fundaste?

¿Dónde estás? ¿Dónde estás? Por descorrerte

Me falta yá el aliento;

Y al mismo tiempo por doquier, sin verte,

Yo tu presencia siento.

Te siento ¡oh Dios! en el bramar furioso

Del Noto embravecido;

Te siento en el relámpago horroroso

Sonar con estampido.

Allí estás do los astros van girando

Con curso fijo y ledó;

Tu soplo mismo los está agitando

Y los rige tu dedo.

Allí estás donde el mar en cruda guerra

Sublevarse se siente;

En el más hondo abismo de la tierra

Allí estás igualmente.

Tú á aquel árbol le das fruto colmado,

Y á aquel césped las flores;

Tú los haces vivir, y monte y prado

Matizas de colores.

¿Quién sino Tú, Señor, agita el fuego

Del Etna cavernoso?

¿Quién hace estremecer al orbe luégo

Y temblar pavoroso?

¿No eres Tú el que al pasar vas señalando

El iris en el cielo?

¿No eres quien por el valle el curso blando
Riges del arroyuelo?

Tú, Señor: allí estás: en todas partes
Advierto tu presencia,
Y de bondad cual piélago repartes
Tu benigna influencia.

Te siento en el balsámico rocío
Que derrama la aurora;
Me dice tu presencia y poderío
La yerba crecedora.

Me dice que allí estás, en la corriente,
El pez áspero y grave:
Me dice el bruto que tu mano siente,
Como el reptil y el ave.

Y yo también, Señor, mejor que todos
Dentro de mí te siento;
Dentro de mí resides, y en mil modos
Tu propio Sér aliento

Tú el existir me das: por Tí el sentido
Dilata mi existencia:
Un soplo, de tu labio desprendido,
Formó mi inteligencia.

Mi inteligencia, sí, de tu Sér puro
Emanación divina,
Sumo don que ennoblece al lodo impuro,
Y aún á Tí lo avecina.

¡Oh Señor! ¡oh Señor! ¿hacia qué lado
Podré volver la mente?

¿Adónde irá mi pensamiento osado,
Sin que te halle presente?

Estás en todas partes, y ¡atrevido
Quien reducirte piensa!
Pues límites jamás ha conocido
Tu majestad inmensa.

Todo el orbe, gran Dios, es tu palacio,
En donde dejas verte;
Mas todo el orbe, y el inmenso espacio
No pueden contenerte.

De D. Juan Arolas

HIMNO A LA DIVINIDAD (1)

Señor, Tú eres santo; yo adoro, yo creo;
Tu cielo es un libro de páginas bellas,
Do en noches tranquilas mi símbolo leo,
Que escribe tu mano con signos de estrellas.

Plegadas de espanto las trémulas alas
Delante del trono tus ángeles ves:
¿Quién sabe tus glorias? ¿quién cuenta tus galas,
Si el sol es el polvo que pisan tus piés?

Tú enciendes el cráter del Etna y Vesubio,
Al mar señalaste linderos prescritos:

(1) *Poesías caballerescas y orientales*: Valencia, 1840.

Tu amago de enojo produjo el diluvio,
Tu enojo el infierno, do están los precitos.

En vano con sombras el cáos se cierra:
Tú miras al cáos; la luz nace entónces;
Tú mides las aguas que ciñen la tierra,
Tú mides los siglos que muerden los bronces.

De largo reposo dictándoles leyes
Alzaste los montes, gigantes dormidos,
Poniendo en algunos, á guisa de reyes,
Diademas de fuego, volcanes temidos.

El mar á la tierra pregunta tu nombre,
La tierra á las aves que tienden su vuelo:
Las aves lo ignoran, preguntan al hombre,
Y el hombre lo ignora, pregúntalo al cielo.

El mar con sus ecos há siglos que ensaya
Formar ese nombre, y el mar no penetra
Misterios tan hondos, muriendo en la playa
Sin que oigan los siglos ó sílaba ó letra.

Lo mismo con arpas de antiguo concierto
Del Líbano altivo los cedros ensayan;
Tambien los torrentes con voz del desierto;
Mas auras, torrentes y cedros desmayan.

Señor, Tú eres santo; yo te amo, yo espero;
Tus dulces bondades cautivan el alma:
Mi pecho gastaron, con diente de acero,
Los gustos del mundo, vacíos de calma:

Sus gustos falaces, que pasan cual flores,
Efímeras dichas, verdura en las eras:

¡Ah! dame la vida de dias mejores,
Sin hoy, sin mañana, sin horas ligeras.

Y en tanto que arrastro por duro destierro
La vida que hoy nace y al término toca,
Que gime sujeta con lazos de hierro,
Concede, Dios mio, su pañ á mi boca.

Concede á mis penas la luz de bonanza,
La paz á mis noches, la paz á mis dias,
Tu amor á mi pecho, tú fé y tu esperanza,
Que es bálsamo puro que al ánima envias.

De D. Gabriel García Tassara

MEDITACION RELIGIOSA (1)

Yo te adoro ¡gran Dios! El alma mia,
Como exhalada nube,
En alas de mi ardiente fantasía
Hasta el Empíreo sube.

Sube, y el trono del querub mi asiento
Y el Cielo es mi morada,
Y contemplo á mis piés el firmamento,
Los mundos y la nada.

Sube, y el rayo de la eterna lumbré

(1) Sus poesías: Madrid, 1872.

Cual un perfume aspira,
Y reina en la creacion, y allá en la cumbre
Como un planeta girá.

¿Quién dijo:--El mundo se engendró á sí mismo,
Su Dios es el acaso?—
¿Quién, que no halló bajo su pie el abismo
Al avanzar su paso?...

Yo te adoré sin sondear tu arcano,
Y sobre el alma mia
Vertió, Señor, tu omnipotente mano
Tu cáliz de ambrosía.

En todas partes ya mi vista asombra
De tu poder la muestra;
Yo contemplo en la luz, busco en la sombra
El sello de tu diestra.

Del universo en los profundos senos
Tu nombre allí, tu gloria;
Llenos están de tu grandeza, llenos
Los siglos y la historia.

¡Oh Sér del sér! Los astros y los mundos
Te cantan y obedecen;
La tempestad, los piélagos profundos
Á tu voz se estremecen.

Tu providencia, que el misterio vela,
Desde la inmensa altura
Sobre las alas del arcángel vuela
Y anima la natura.

Y das la luz al sol con tu mirada,
Y al mar los aquilones;
Mueves tu voluntad y la honda nada
Se puebla de creaciones.

¿Adónde, adónde volveré los ojos
¡Oh Dios! que no te vea?
De los mundos que han sido en los despojos
La mano está que créa.

«Dios» en la tumba en que la noche mora
Grabó tu ardiente mano;
«Dios,» al mecer la cuna de la aurora,
Exclama el Oceáno.

«Dios» graba el rayo al encender su lumbre
Del huracan el seno;
«Dios» clama el eco en la encendida cumbre
Que despedaza el trueno.

De la extension espléndida en la frente
Está su nombre escrito;
El alma en todas partes y la mente

Encuentran lo infinito.

Yo con la fe del corazon venero
Tu santa omnipotencia;
Yo exclamo: «Dios,» y el universo entero
Se inclina en mi presencia.

Solo, gran Sér, como tu gloria es sola,
Doquiera te contemplo;
Tu altar el sol, los astros tu aureola,
La inmensidad tu templo.

De D. Federico Bello, gaditano (1)

DIOS (2)

Tú eres el Dios, el inmortal, el fuerte,
El puro manantial de amor eterno,
El que rompió la espada de la muerte
Y encadenó al infierno.

Tú eres el Dios que entre las altas nubes
Tendiste el iris que fulgente brilla;
Tú eres el Dios que adoran los querubes
Doblando la rodilla.

(1) Murió en la Habana, según nos han informado, en 1859, á la edad de veinticuatro años.

(2) De *La Guirnalda*, periódico literario: Madrid, 1869.

Tú el que moras en alto santuario
Envuelto en rayos de tu luz divina;
Tú el que amante moriste en el Calvario
Y tronaste en el Sina.

Tú eres el Dios que desatar supiste
Los formidables rayos de tu enojo,
Y por sepulcro á los egipcios diste
Las aguas del mar Rojo.

Tú eres el Dios cuya mirada intensa
Fija está sin cesar sobre el humano,
Á quien darás castigo ó recompensa
Con justiciera mano.

Tú eres grande, Jehová, Dios de esperanza:
Tu vista el sol, el huracan tu aliento,
Tu voz el trueno, el rayo tu venganza
Y tu emisario el viento.

Tu faz es la sonrisa de los cielos,
Tu nombre la expresion de lo infinito,
Y tu piedad tesoro de consuelos
Al pecador contrito.

Á una palabra tuya el Océano
Sobre la tierra hirviendo se desploma,
Y rugen en el hueco de tu mano
Los fuegos de Sodoma.

Y á una palabra tuya el sol se ostenta,
La tierra adquiere sus floridas galas,
Y el cielo se despeja y la tormenta
Pliega sus negras alas.

¿Quién como tú, Señor? ¿Quién tu mirada
Sostendrá cuando airada centellea?
Tú cien soles sacaste de la nada

Con decir: *¡La luz sea!*

Tú diste á la creacion su inmensa vida,
Su luz al cielo, al Ponto su bramido,
Á las fieras salvajes su guarida
Y á las aves su nido.

Y cuando el hombre ante su Dios perece,
Formado por su Dios de frágil lodo,
Al hombre le dijiste:—«Vive y crece
Para ser rey de todo.

»Tuya es mi creación, tú la criatura
Que para guarda de mi nombre elijo,
Porque eres tú mi superior hechura,
Mi imagen y mi hijo.

»Mi espíritu te infundo: cuanto cria
La tierra sobre sí son tus tesoros:
Une tu voz, en alabanza mia,
Á los celestes coros.»

Y oyólo el hombre, y á tus pies rendido
En tu poder miró su bienandanza,
Y de sus labios el primer sonido
Fué un grito de alabanza.

¡Grito feliz que, convertido en canto,
Repitió la creacion con voz de trueno;
Grito que arranca de los ojos llanto
Al exhalarlo el seno!

Grito sublime á cuyo acento crecen
Del mísero mortal las perfecciones;
Grito sublime de que no carecen
Ni edades ni naciones.

Voz expresiva de placer profundo,
De efusiones ardientes y divinas;
Oracion que, naciendo con el mundo,
Morirá en sus ruínas.

Eco de gloria puro é infinito
Que á los siglos, los siglos lo repiten;
¡Verbo de amor, que en Génesis bendito
Los hombres se trasmiten!

Sí, supremo Señor, todos te adoran;
Todos te adorarán y te adoraron,
Y los vivientes con fervor te imploran,
Cual los que ya pasaron.

Los que sienten y ven como en un horno
Hervir la arena en su tostado suelo,
Y los que ven al sol girar en torno
De sus mares de hielo.

El que entre hermanos sin afán disfruta
Del hogar las delicias placenteras,
Y el que en los bosques con furor disputa
Su ración á las fieras.

Todos, pese á su orgullo, á su fiereza,
Te adoran en lo grande y en lo bello,
Porque ven en lo bello tu belleza
Y en lo grande tu sello.

Todos te adoran: en los anchos mares,
En los oscuros bosques silenciosos,
Y al pie de los magníficos altares

De los templos suntuosos.

Te adoran en el sol cuando radiante,
Sacudiendo la roja cabellera,
Va vertiendo su luz vivificante

Por la tendida esfera.

Y al estampido del medroso trueno,
Y en el fragor del sacudido rayo,
Y en el Enero, de tormentas lleno,

Y en el florido Mayo.

Porque en todo te encuentran: en el viento
Esparciendo suavísimos olores,
Al esponjar con paternal aliento

El boton de las flores.

Te ven del sol en la gigante llama
Cuando á la cumbre de los cielos sube,
Y en el rayo te ven cuando se inflama

En tenebrosa nube.

Soberano Señor, yo de rodillas
Caigo y adoro tu menor arcano;
Yo admiro las inmensas maravillas

Que produjo tu mano.

Yo te contemplo en la celeste altura;
Yo aspiro los perfumes de tu gloria,
Y el alma rompe su cadena impura

De terrenal escoria.

Perdóname si yo, gusano indigno,
Gimo en mi cárcel de miseria y lodo;
Tú me mandas que espere, Dios benigno,
Y yo lo espero todo.

Todo, todo, Señor; cuanto mi anhelo
Ocupe, y algo más en mi carrera;
Tu bienestar, tu eternidad, tu cielo,
Y más, si más hubiera.

Y el velo descorrer de esos arcanos
Que deslumbran al alma con sus nombres,
Y á los ángeles ver que, como á hermanos,
Abrazan á los hombres.

De D. Manuel María de Arjona

ODA

A LA NATIVIDAD DE NUESTRA SEÑORA⁽¹⁾

Si alguna vez del cielo
Mi espíritu encendió llama sagrada,
Y giró en presto vuelo
Mi mente sobre el viento arrebatada,
Hoy aliento más pio
Baña en celeste ardor el pecho mio.
No tu númen imploro,

(1) *Correo Literario* de Sevilla.

Moradora profana de Helicon;
La que en celeste coro
Ciñe de estrellas inmortal corona
Amorosa ya inspira
Divino fuego á mi templada lira.

Por la anchurosa tierra
El eco vuela de mi alegre canto,
Á quien vence sin guerra
Y al Orco lanza el congojoso llanto:
Del ocaso al oriente
Su triunfo aplauda la cautiva gente.

Ved, mortales, la aurora
De ventura y salud, que, sin mancilla,
Nace ya precursora
Del Sol divino: como al Indo brilla
Tierna luz, centellea
En las floridas cumbres de Judea.

Cual mísero piloto,
Que, cercado de horror en noche oscura,
Al ímpetu del Noto
Juzgó su nave y vida mal segura,
Con gozo repentino
Ve quieto el mar y el cielo cristalino;

Tal os nace gloriosa
La que el excelso Formador del cielo
Escogió por Esposa,
Cuando bordaba el estrellado cielo
Y en eterna armonía

La fábrica del orbe disponia.

Cuando al sol adornaba
Con vivíficos rayos, y el lindero
Su diestra señalaba
Á las hinchadas olas del mar fiero,
Ya su présaga mente
En Ella se gozaba dulcemente.

Por su Reina la aclaman,
Formándole diadema, las estrellas,
Y de su luz se inflaman
Despidiendo de amor blandas centellas:
Raudales de contento
Inundan el lumbroso firmamento.

Y dimanando al mundo
Grato destello del celeste gozo,
Yace en placer profundo
El mortal soñoliento de alborozo,
Que en gozar embebido
De sí mismo reposa en el olvido.

Tal plácido arroyuelo
Se desliza entre cándidas arenas,
Dando frescor al suelo:
Y con luces que al sol copia serenas,
Brilla graciosamente
El oro en su pacífica corriente.

Sus furores mitiga
El alterado golfo; y su riqueza
Largamente prodiga,

Con más fecundidad, naturaleza;
Y manan los collados
En arroyos de néctar desatados.
Rie el prado y de flores
Súbito en bella pompa se enriquece:
Á sus tiernos olores
El aura en dulces besos se enardece;
Y muestran á porfía
Cielos, mares y tierra su alegría.

Sólo el rey del Averno
Serpentea con hórridos bramidos,
Que del dolor eterno
Rotos ve ya los vínculos temidos,
Y al fuerte impulso abiertas
De horrendo bronce las inmensas puertas.

Y más al mirar gime
Patente ya la célica morada
Y que airado no esgrime
El serafín flamígero la espada;
Que nuevo eden de vida
Á delicias sin término convida.

Mas ¿dónde, lira mia,
Dónde tu dulce admiracion te lleva?
Deja ya la osadía,
Que á extraña de un mortal region te eleva,
Y en humilde reposo
De amor goza el silencio delicioso.

De D. Alberto Lista y Aragon

AL NACIMIENTO DE NUESTRO SEÑOR ⁽¹⁾

Huyó del polo el Aquilon sombrío:
Y el cielo, ya sereno,
Piadoso vierte el cándido rocío,
Que ocultaba en su seno.

En tus entrañas, tierra, agradecida
Recibe el don fecundo,
Y la salud prodúcele y la vida
Al angustiado mundo.

Florece ¡oh Terebinto! y de tus flores
Brille la pompa ufana
Al desatar sus claros resplandores
La plácida mañana.

Y de ellas el aurora refulgente
Orne sus manos puras,
Cuando hoy anuncie á la oprimida gente
El Sol de las alturas.

Corre alegre ¡oh Jordan! y en tus riberas
De Jericó las rosas
Embalsamen del aura lisonjera
Las alas vagarosas.

El cedro inmenso la cerviz erguida
Levante al alto cielo;
Y su aroma dulcísimo despida

(1) Sus poesías: Madrid, 1837.

La cumbre del Carmelo.

Pasó la nieve del invierno triste,
Y del Hermon la falda
Depone el yelo rígido, y se viste
De carmin y esmeralda.

Albricias, Israel: ya compadece
El cielo tu gemido:
Vuelve al benigno Sol que te amanece
El semblante afligido.

Mira el Libertador, que de tu mano
Y del cuello doliente
Romperá las cadenas, y al tirano
Quebrantará la frente.

Alza del polvo: ya empezó tu Santo
La lid y la victoria:
Y ciñete ¡oh Sion! el regio manto
De tu esplendor y gloria.

Y convertida en gozo la amargura,
Con festivas canciones
Convoca el universo, y su ventura
Anuncia á las naciones.

De D. Félix José Reinoso

A JESUCRISTO SACRAMENTADO ⁽¹⁾

¿Y qué, Señor, bajo ese opaco velo

(1) Sus obras: Sevilla, 1872.

La majestad se esconde,
El poder y esplendor que en luz ardiente
Enciende y llena el anchuroso Cielo?
¿Dó el trono soberano
Está? ¿El alcázar donde
Entre áureas nubes corte reverente
Asiste á la deidad, de cuya mano
Pende la tierra, á cuya vista airada
La mar huye espantada?

Tú bajas ¡oh! de tu esplendor desnudo
Á esta humilde morada
Para habitar en el mortal mezquino,
Para estrecharle en amoroso nudo.
¡Oh Señor! ¿qué es el hombre,
Prole infiel engendrada
En miseria y pecado? ¡Amor divino,
Inmenso como Dios! ¡Así tu nombre,
Tu omnipotencia y gloria y tu grandeza
Se humilla á su bajeza!
No ya como en Horeb de enmedio el fuego
Un acento imperioso
Aparta, le dirá, del lugar santo:
Ni otra vez el mortal entre humo ciego
Sobre el Siná encendido,
En trueno pavoroso,
Oirá la voz divina con espanto.
De sí pródigo Dios al hombre unido
Fué su víctima ya; y hora ¡oh portentoso!

Ser quiere su alimento.

¿Cuál ¡oh! será la fortunada gente,
Á quien el rostro amable
Su Dios así le muestre generoso?
Entonad ¡oh mortales! dulcemente
Canto no interrumpido:
La piedad adorable
Load, load del Dios que en delicioso
Manjar se os da. ¡Oh amor! ¡Oh, convertido
Yo en Tí viviera, el alma desmayada
En dulzura anegada!

De D. Alberto Lista y Aragon

A LA MUERTE DE JESUS ⁽¹⁾

¿Y eres Tú el que, velando
La excelsa majestad en nube ardiente,
Fulminaste en Siná? y el ímpio bando,
Que eleva contra Tí la osada frente,
¿Es el que oyó medroso
De tu rayo el estruendo fragoroso?
Mas ora abandonado
¡Ay! pendes sobre el Gólgotha, y al cielo
Alzas, gimiendo, el rostro lastimado:
Cubre tus bellos ojos mortal velo,

(1) Sus poesías: Madrid, 1837.

Y, su luz extinguida,
En amargo suspiro das la vida.

Así el amor lo ordena;
Amor, más poderoso que la muerte:
Por él de la maldad sufre la pena
El Dios de las virtudes; y, leon fuerte,
Se ofrece al golpe fiero
Bajo el vellon de cándido cordero.

¡Oh víctima preciosa,
Ante siglos de siglos degollada!
Aún no ahuyentó la noche pavorosa
Por vez primera el alba nacarada,
Y, hostia del amor tierno,
Moriste en los decretos del Eterno.

¡Ay! ¡quién podrá mirarte,
Oh paz, oh gloria del culpado mundo!
¿Qué pecho empedernido no se parte
Al golpe acerbo del dolor profundo,
Viendo que en la delicia
Del gran Jehová descarga su justicia?

¿Quién abrió los raudales
De esas sangrientas llagas, amor mio?
¿Quién cubrió tus mejillas celestiales
De horror y palidez? ¿cuál brazo impío
Á tu frente divina
Ciñó corona de punzante espina?

Cesad, cesad, crüeles:
Al Santo perdonad, muera el malvado:

Si sois de un justo Dios ministros fieles,
Caiga la dura pena en el culpado:
Si la impiedad os guia,
Y en la sangre os cebais, verted la mia.

Mas ¡ay! que eres Tú solo
La víctima de paz que el hombre espera.
Si del oriente al escondido polo
Un mar de sangre criminal corriera,
Ante Dios irritado,
No expiacion, fuera pena del pecado.

Que no, cuando del cielo
Su cólera en diluvios descendia,
Y á la maldad que dominaba el suelo
Y á las malvadas gentes envolvía,
De la diestra potente
Depuso Sabaoth su espada ardiente.

Venció la excelsa cumbre
De los montes el agua vengadora:
El sol, amortecida la alba lumbré,
Que el firmamento rápido colora,
Por la esfera sombría
Cual pálido cadáver discurría;

Y no el ceño indignado
De su semblante descogió el Eterno.
Mas ya, Dios de venganzas, tu Hijo amado,
Domador de la muerte y del averno,
Tu cólera infinita
Extinguir en su sangre solicita.

¿Oyes, oyes cuál clama:

Padre de amor, por qué me abandonaste?

Señor, extingue la funesta llama,

Que en tu furor al mundo derramaste:

De la acerba venganza,

Que sufre el justo, nazca la esperanza.

¿No veis cómo se apaga

El rayo entre las manos del Potente?

Ya de la muerte la tiniebla vaga

Por el semblante de Jesus doliente:

Y su triste gemido

Oye el Dios de las iras complacido.

Vén, ángel de la muerte:

Esgrime, esgrime la fulmínea espada,

Y el último suspiro del Dios fuerte,

Que la humana maldad deja expiada,

Suba al sólio sagrado,

Do vuelva en Padre tierno al indignado.

Rasga tu seno ¡oh tierra!

Rompe ¡oh templo! tu velo. Moribundo

Yace el Criador; mas la maldad aterra,

Y un grito de furor lanza el profundo:

Muere.... gemid, humanos,

Todos en Él pusísteis vuestras manos.

¡Dios ya, Dios de venganzas, te llamo!

¡Rompe el velo de la tierra y del cielo!

¡Tu cólera infunde!

¡Extingue en su sangre solitaria!

De Fr. Pedro Malon de Chaide, Agustino

LA MAGDALENA EN LA RESURRECCION ⁽¹⁾

Óyeme, dulce Esposo,
Vida del alma que en la tuya vive,
Y alienta el congojoso
Pecho, do se recibe
La pena que el amor en mi alma escribe.

Perdite yo, dolida
Perdí mi corazon junto contigo.
Pues dí, Bien de mi vida,
No estando acá conmigo,
¿Cómo podré vivir si no te sigo?

Vuélveme, dulce Amado,
El alma que me llevas con la tuya,
Ó lleva el cuerpo helado
Con ella, pues es suya,
Ó haz que tu presencia no me huya.
¿Por qué, mi Bien, te escondes?

Vuelve á mí, que te llamo y te deseo.
Mas ¡ay! que no respondes,
Y, como no te veo,
El dia me es oscuro y el sol feo.

¡Oh Luz serena y pura!

(1) *Libro de la conversion de la Magdalena*: Alcalá de Henares, 1596.

¡Oh Sol de resplandor que alegra el Cielo!

¡Oh Fuente de hermosura!

Si pisas nuestro suelo,

Véate y de mis ojos quita el velo.

Pero si las estrellas

Con inmortales pies mides agora,

Atiende á mis querellas,

Y el alma que te adora

La lleva para Tí, pues en Tí mora.

Y á mi cuerpo cansado

Cerca de tu sepulcro da reposo;

Pues si no está á tu lado,

El cielo más hermoso

Le será oscuro, triste y congojoso.

¡Oh fuerte piedra dura,

Do se depositó el rico tesoro

De la carne más pura

Que vió el sol, por quien lloro!

¿Cómo guardaste mal tan fino oro?

Que si á Dios tiene el Cielo,

Tú tambien en tu seno le encerraste;

Pues dí, mármol de hielo,

¿Cómo no te abrasaste

Cuando con tanto fuego te encontraste?

Y ya que le tenias,

¿Cómo á tan mal recaudo le pusiste,

Que aún apénas tres dias

Guardar no le supiste,

Para no ver jamas el bien que viste?

Mas ¡ay! ¿de quién me quejo,

Debiéndome quejar de mi cuidado?

¡Yo soy la que le dejo;

Pues no bien custodiado

Me aparté dél, y así me le han robado!

Acabe de mi vida los despojos

Quien acabó mi gloria.

Muerte, ¿por qué detienes el cuchillo?

Que ménos es sufrillo;

Pues más que tú me mata esta memoria.

¡En tan crudo y amargo sentimiento

Deshaz esta lazada!

Irá el alma á buscar su dulce Esposo.

¡Ay rato congojoso!

¿Qué hará sin su bien mi alma cansada?

¡Oh, qué hará tan triste y desolada,
Sino morir viviendo!

¡Oh ángeles! si veis mi dulce Amado,

Ora esté recostado

Junto á las claras fuentes, ó durmiendo

La siesta al medio dia,

Allá en la jerarquía

Suprema de la Gloria,

Gozando la victoria

Que en este oscuro suelo ha merecido:

Ora esté de los ángeles ceñido:

Ora en aquellos prados celestiales,
De lirios coronado,
Veais que las hermosas flores pisa:
Cuando por la divisa
Echeis de ver que Él es mi dulce Amado,
Contadle paso á paso
El fuego en que me abraso,
Que nace de su ausencia,
Y sola su presencia
Puede curar mi mal:
Que no me huya,
Si no quiere que el alma se destruya.

Del Maestro Fr. Luis de Leon

EN LA ASCENSION DEL SEÑOR (1)

¿Y dejas, Pastor Santo,
Tu grey en este valle hondo, oscuro,
Con soledad y llanto,
Y Tú, rompiendo el puro
Aire, te vas al inmortal seguro?
¿Los ántes bienhadados
Y los agora tristes y afligidos,
Á tus pechos criados,
De Tí desposeidos,

(1) Sus obras: Madrid, 1631.

¿A dó convertirán ya sus sentidos?
¿Qué mirarán los ojos,
Que vieron de tu rostro la hermosura,
Que no les sea enojos?
Quien oyó tu dulzura,
¿Qué no tendrá por sordo y desventura?
Aqueste mar turbado
¿Quién le pondrá ya freno? ¿quién concierto
Al viento fiero airado,
Estando Tú encubierto?
¿Qué norte guiará la nave al puerto?
¡Ay! nube envidiosa
¿Aun de este breve gozo, ¿qué te aquejas?
¿Dó vuelas presurosa?
¡Cuán rica tú te alejas!
¡Cuán pobres y cuán ciegos ¡ay! nos dejas!

De D. Juan de Jáuregui

TRADUCCION DEL HIMNO DE LA IGLESIA

VENI SANCTE SPIRITUS, ETC.⁽¹⁾

Vén, deidad suprema,
Espíritu Santo,
Y á la tierra envia
De tu luz los rayos.

(1) De sus Rimas: Sevilla, 1618.

Padre de los pobres,
De riquezas franco,
Cuya lumbre ilustra
Corazones mansos.

Singular consuelo,
Refrigerio grato,
Y huésped del alma
Dulce y regalado.

Vén, descanso alegre
Para los trabajos,
Del calor refresco,
Y solaz del llanto.

Vén, lumbre divina,
Penetra abrasando
Nuestros corazones,
Íntimo regalo.

Sin tu luz el hombre
Pierde el sér humano,
Pues su vida es muerte
De continuos daños.

Riega Tú lo estéril,
Lava lo manchado,
Y nuestras heridas
Sana con tus manos.

La aspereza ablanda,
Calienta lo helado,
Y los pasos rige
Del descaminado.

Concede á tus fieles,
Que en tí confiamos,
De tus siete Dones
El tesoro sacro.

Dános Tú virtudes
Con mérito, y dános
Saludable muerte,
Y eterno descanso.

De D. José María Roldan

A LA VENIDA DEL ESPIRITU SANTO ⁽¹⁾

¡Qué divino esplendor el alto Cielo
En viva luz enciende!
Arde Olimpo; la llama brilladora,
Cual lluvia desparcida, en presto vuelo
Por las auras sonoras se desprende.
De ardientes globos se corona el muro
De Salén y Sion: las cimas dora
Á Palestina infiel su fulgor puro.

Canta ¡oh mi lira! Tu sublime acento
Penetre la alta esfera:
Himnos canta á Jehová vivificante,
Que hoy de los cielos baja en raudó viento
Y resonante llama. Su carrera

(1) *Correo Literario* de Sevilla.

Anduvo sobre el trueno y torbellino:
De ciencia y vida, y de valor triunfante,
Llenó el orbe su Espíritu divino.

«Murió, dijo Salén: fenezca el nombre
De ese Cristo fingido.

Su grey perezca: cual arista leve
Al fuego puesta acabe su renombre.»

¡Contra el Santo, Sion! El cuello erguido,
Sinedrio (1) alzó la voz, y nuevo ensayo
Dicta contra el Excelso; y el aleve
Así provoca el vengativo rayo.

Mas ¿quién contra Jehová? Del alto trono,
Do con diestra extendida

Sacó los orbes de la oscura nada,
Vió de Mória la cumbre; el fiero encono
De sus príncipes vió. Despavorida

La humilde grey se oculta y enmudece.
Vióla el potente Dios, y desvelada

La faz en dulce lumbre resplandece.

Lumbre que eterno amor vierte, inflamado
En el inmenso seno,

Y el esplendor de su semblante aviva.

Depone el rayo en su furor alzado

Y al gremio triste inclina el rostro lleno
De ternura y amor. «Pequeña grey,
Alienta, dice, y triunfa: eterno viva

(1) El magisterio judío.

Tu nombre, Esposa fiel del almo Rey.»

Habló el Padre, y del pecho viva llama

Súbito nace fuera,

Y el ancho cielo llena de ambrosia.

Sereno el viento de su luz se inflama,

Y la tierra en mil brillos reverbera.

Arde de Pedro la mansion dichosa

En vellones de luz. ¡Salén impia!

¡Ay! sólo cegó á tí su lumbre hermosa.

Las vírgenes, en gozo arrebatadas,

Del hondo pecho, hirviente

En fuego celestial, sacros loores

Al alto Númen cantan inspiradas.

El ternezuelo niño balbuciente

Refiere su vision al justo anciano,

Que feliz ya penetra sin errores

De la salud del mundo el grande arcano.

En medio la infiel turba alzado Pedro

Ensalza la victoria

Del ungido de Dios, y cuál vencida

Yace la fiera Parca, y torna arredro (1)

Su descarnada faz. Dice la gloria

Del que sentado en la celeste cumbre,

En todo igual al Padre, nueva vida

Manda á su pueblo en fulgurante lumbre.

¡Cuál su lenguaje, oh Dios! Oyóle el griego,

(1) Atrás ó detrás.

Y en sonos no aprendidos
Los misterios entiende, que el linaje
Maldice de Jacob, en ira ciego:
Le oyó el romano; oyóle el que floridos
Los prados huella del Ofir arabio:
Y el orbe entero al Dios rinde homenaje,
Que anuncia en lenguas mil el sacro labio.

Del Maestro Fr. Luis de Leon

LA VIDA DEL CIELO

Alma region luciente,
Prado de bienandanza, que ni al hiel,
Ni con el rayo ardiente
Fallece; fértil suelo,
Producidor eterno de consuelo.

De púrpura y de nieve,
Florida la cabeza, coronado,
Á dulces pastos mueve,
Sin honda ni cayado,
El buen Pastor en tí su hato amado.

Él va, y en pos dichosas
Le siguen sus ovejas, do las pace
Con inmortales rosas,
Con flor que siempre nace,
Y cuanto más se goza, más renace.

Y dentro á la montaña

Del alto bien las guia, y en la vena
Del gozo fiel las baña,
Y les da mesa llena,
Pastor y pasto Él solo y suerte buena.

Y de su esfera cuando
Á cumbre toca altísimo subido
El sol, Él, sesteando
De su hato ceñido,
Con dulce son deleita el santo oído.

Toca el rabel sonoro
Y el inmortal dulzor al alma pasa,
Con que envilece el oro,
Y ardiendo se traspasa,
Y lanza en aquel bien libre de tasa.

¡Oh son, oh voz; siquiera
Pequeña parte alguna descendiese
En mi sentido, y fuera
De sí el alma pusiese,
Y toda en tí, oh amor, la convirtiese!

Conocería donde
Sesteas, dulce Esposo, y desatada
Desta prision á donde
Padece, á tu manada
Viviré junta, sin vagar errada.

Del mismo

NOCHE SERENA

Cuando contemplo el cielo
De innumerables luces adornado,
Y miro hácia el suelo
De noche rodëado,
Y en sueño y en olvido sepultado;
El amor y la pena
Despiertan en mi pecho un ánsia ardiente,
Despiden larga vena
Los ojos hechos fuente,
Oloarte, y digo al fin con voz doliente:
Morada de grandeza,
Templo de claridad y hermosura,
El alma que á tu alteza
Nació ¿qué desventura
La tiene en esta cárcel baja, oscura?
¿Qué mortal desatino
De la verdad aleja así el sentido,
Que de tu bien divino
Olvidado, perdido,
Sigue la vana sombra, el bien fingido?
El hombre está entregado
Al sueño, de su suerte no cuidando,
Y con paso callado
El cielo, vueltas dando,

Las horas del vivir le va hurtando.
¡Oh, despertad, mortales,
Mirad con atencion en vuestro daño!
Las almas inmortales,
Hechas á bien tamaño,
¿Podrán vivir de sombras y de engaño?
¡Ay! levantad los ojos
Á aquella celestial eterna esfera;
Burlaréis los antojos
De aquesta lisonjera
Vida, con cuanto teme y cuanto espera.
¿Es más que un breve punto
El bajo y torpe suelo, comparado
Con este gran trasunto,
Do vive mejorado
Lo que es, lo que será, lo que ha pasado?
Quién mira el gran concierto
De aquestos resplandores eternos,
Su movimiento cierto,
Sus pasos desiguales
Y en proporcion concorde tan iguales:
La luna cómo mueve
La plateada rueda, y va en pos de ella
La luz do el saber llueve (1),
Y la graciosa estrella
De amor la sigue reluciente y bella:

(1) Mercurio.

Y cómo otro camino
Prosigue el sanguinoso Marte airado,
Y el Júpiter benigno,
De bienes mil cercado,
Serena el cielo con su rayo amado:

Rodéase en la cumbre
Saturno, padre de los siglos de oro;
Tras él la muchedumbre
Del reluciente coro
Su luz va repartiendo y su tesoro.

¿Quién es el que esto mira,
Y precia la bajeza de la tierra,
Y no gime y suspira,
Y rompe lo que encierra
El alma, y de estos bienes la destierra?

Aquí vive el contento;
Aquí reina la paz; aquí, asentado
En rico y alto asiento
Está el amor sagrado,
De glorias y deleites rodéado.

Inmensa hermosura
Aquí se muestra toda, y resplandece
Clarísima luz pura
Que jamás anochece:
Eterna primavera aquí florece.

¡Oh campos verdaderos!
¡Oh prados con verdad frescos y amenos!
¡Riquísimos mineros!

¡Oh deleitosos senos!
¡Repuestos valles, de mil bienes llenos!

Del mismo

A FELIPE RUIZ

¿Cuándo será que pueda
Libre de esta prision volar al cielo,
Felipe, y en la rueda
Que huye más del suelo
Contemplar la verdad pura sin duelo?

Allí á mi vida junto,
En luz resplandeciente convertido,
Veré distinto y junto
Lo que es, y lo que ha sido,
Y su principio propio y escondido,
Entonces veré cómo
La soberana mano echó el cimiento
Tan á nivel y plomo,
Do estable y firme asiento
Posee el pesadísimo elemento.

Veré las inmortales
Colunas do la tierra está fundada,
Las lindes y señales
Con que á la mar hinchada
La Providencia tiene aprisionada:

Por qué tiembla la tierra,
Por qué las hondas mares se embravecen:
Dó sale á mover guerra
El cierzo, y por qué crecen
Las aguas del Océano y decrecen:
De dó manan las fuentes,
Quién ceba y quién bastece de los rios
Las perpétuas corrientes:
De los helados frios
Veré las causas, y de los estios:
Las soberanas aguas
Del aire en la region quién las contiene;
De los rayos las fraguas;
Dó los tesoros tiene
De nieve Dios; y el trueno dónde viene.
¿No ves cuando acontece
Turbarse el aire todo en el verano?
El dia se ennegrece,
Sopla el Gállego (1) insano,
Y sube hasta el cielo el polvo vano:
Y entre las nubes mueve
Su carro Dios, ligero y reluciente,
Horrible son conmueve,
Relumbra fuego ardiente,
Treme la tierra, humíllase la gente:

(1) Noroeste, viento de travesía entre Poniente y Norte.

La lluvia baña el techo,
Envían largos ríos los collados:
Su trabajo deshecho,
Los campos anegados
Miran los labradores espantados.

Y de allí levantado
Veré los movimientos celestiales,
Ansí el arrebatado
Como los naturales,
Las causas de los hados, las señales.

Quién rige las estrellas
Veré, y quién las enciende con hermosas
Y eficaces centellas:
Por qué están las dos Osas
De bañarse en el mar siempre medrosas.

Veré este fuego eterno,
Fuente de vida y luz, dó se mantiene;
Y por qué en el invierno
Tan presuroso viene:
Quién en las noches largas le detiene.

Veré sin movimiento,
En la más alta esfera, las moradas
Del gozo y del contento,
De oro y de luz labradas,
De espíritus dichosos habitadas.

De D. Juan de Jáuregui

PARAFRASIS DEL SALMO CXXXVI:

SUPER FLUMINA BABILONIS, ETC.

En la ribera undosa
Del Babilonio rio
Los fatigados miembros reclinamos,
Y allí, con faz llorosa,
Junto á su márgen frio
Con lágrimas sus ondas aumentamos.
Entónces de los ramos
De los silvestres sauces suspendimos
Las cítaras y arpas, do solia
Alentar sus enojos algun dia
Alegre el corazon, quando vivimos
En tí, Jerusalem; mas la memoria
De tu asolado imperio,
Y el duro cautiverio
En que trocamos hoy la antigua gloria,
Nos despojó del regocijo y canto
Para entregarnos al afan y al llanto.

Allí, por más tristeza,
La escuadra victoriosa
Que nos condujo en miseras prisiones,
Templada su fiereza,
Nos preguntó piadosa
Por nuestras dulces rimas y canciones,

Y con blandas razones
Nos animaba á repetir algunas;
Mas respondimos con ajeno intento:
«¿Cómo dará señal de algun contento
Quien se ve reducido á tal fortuna?
¿Cómo cantar podremos himnos santos
En region extranjera,
Do la Deidad primera
Es ofendida? ¿Entre enemigos tantos
De aquel Señor á cuya gloria aspira
Nuestro piadoso canto y nuestra lira?»
Sacra ciudad, que adoro,
Si acaso yo olvidare
Este dolor que tu memoria pide;
Si al cántico sonoro
Y al plectro me aplicare,
Ántes mi diestra el movimiento olvide.
La lengua, que divide
De la voz el acento y la cadencia,
Se pame y hiele, á mi garganta asida,
Si á todo canto alegre preferida
No fuere mi tristeza por tu ausencia;
Sólo fijando en la memoria mia
Tus muros encumbrados,
Que yacen hoy postrados,
Y las felices horas de alegría
Que en tí perdí, que en tí gocé primero,—
Y alguna vez recuperar espero.

Pues fuiste el ofendido,
Acuérdate indignado,
Señor, del ímpio y bárbaro Idumeo
Cuando cayó rendido
Tu pueblo, y el osado
Contrario obtuvo su marcial trofeo:
Que en odio del Hebreo
Instigaba sus huestes, y decía:
«Asolad, asolad desde el cimiento
Sus homenajes.» ¡Oh rencor sangriento!
Dichoso el que á tus ojos algun día,
Fiera Babel, con semejante estrago
Y merecida pena
Ha de vengar la ajena,
Y el que ha de dar á tu soberbia pago
Y quebrantar con furias semejantes
En las peñas tus míseros infantes.

De D. Ventura de la Vega

IMITACION DE LOS SALMOS ⁽¹⁾

¡Ay! no vuelvas, Señor, tu rostro airado
Á un pecador contrito!
Yo abandoné, de lágrimas bañado,

(1) *Obras poéticas*: París, 1866.

La senda del delito.

Y en Tí humilde ¡oh mi Dios! la vista clavo,
Y me aterra tu ceño,
Como fija sus ojos el esclavo
En la diestra del dueño.

Que en dudas engolfado, hasta tu esfera
Se alzó mi orgullo ciego,
Y cayó aniquilado cual la cera
Junto al ardiente fuego.

Si en profano laud lanzó mi boca
Torpes himnos al viento,
Yo estrellaré, Señor, contra una roca
El impuro instrumento.

¡Levántate del polvo, arpa sagrada,
Henchida de armonía!
¡Y tú, por el perdon purificada,
Levántate, alma mía!

Y yo también, al despuntar la aurora
Y por el ancho mundo
Cantemos de la diestra vencedora
El poder sin segundo.

Te cantaré ¡oh mi Dios! cuando te plugo

Bajo tu amparo y guía
Á Israel acoger, que bajo el yugo
De Faraon gemia.

Del tirano en el pecho diamantino
Pusiste fiero espanto.
Tembló: tu brazo conoció divino:
Soltó tu pueblo santo.

El mar lo vió y huyó: de enjuta arena
Ancha senda le ofrece:
Síguelo Faraon....—La mar serena
Lo traga y desaparece.

Viólo el Jordan, y huyó: monte y collado,
Cual tierno corderillo,
Saltaron de placer: el risco alzado
Cual suelto cabritillo.

¡Oh mar! ¿por qué tus aguas dividiste
Y á Faraon tragaste?
¿Por qué, humilde Jordan, retrocediste?
Monte ¿por qué saltaste?

Ante el Dios de Jacob tembló la tierra:
Las trompetas sonaron:
¡Paróse el sol, y Gabaon se aterra:
Y los tuyos triunfaron!

Y brotaste, Señor, de piedra dura
Agua en mansa corriente;
Y aplacó de tu pueblo su dulzura
Allí la sed ardiente.

«Canta, Israel, al Justo, al Fuerte, al Santo,
Al que enjugó tu lloro:
Acompañe la cítara tu canto
Y el tímpano sonoro.»

Lánzase al hondo mar, con mente ciega,
Osado el marinero,
Y pide al polo el que la mar le niega
Ya borrado sendero.

Huye á tu voz el céfiro süave;
Y el hondo mar turbando
Cruzan los vientos, y la triste nave
Combaten rebramando.

Ya sube al firmamento; ya desciende
Al abismo horroroso;
Ruge el trueno; veloz el aire hiende
Tu rayo fragoroso.

Gime el nauta y te implora, y aplacado
Lo miras con ternura.—
¡El vendaval es céfiro: el hinchado

Mar tranquila llanura!

«Canta, Israel, al Justo, al Fuerte, al Santo,
Al que enjugó tu lloro:

Acompañe la cítara tu canto
Y el tímpano sonoro.»

Los tiranos del mundo en liga impía
Para el mal se adunaron,
Y á la incauta Israel «¡Dios nos envía!»
Desde el solio gritaron.

Y entre sí concertados: «Fiera lucha
Al justo renovemos:
Blasfememos, que Dios no nos escucha:
Dios no ve: degollemos.»

Dijeron; y no son.—Suraza impía
Cual humo se deshizo.—
¿No oirá quien dió el oído? ¿no vería
El que los ojos hizo?

«Canta, Israel, al Justo, al Fuerte, al Santo,
Al que enjugó tu lloro:
Acompañe la cítara tu canto
Y el tímpano sonoro.»

Los impíos tus casas allanaron

De uno al otro horizonte,
Y con hachas sus puertas destrozaron,
Como leña del monte.

Los fuertes que se alzaban, cual montaña
Que á las nubes se eleva,
Desaprecieron como débil caña
Que el huracan se lleva.

Los robustos de *Edón*, y los tiranos
De *Moáb*, ¿qué se hicieron?
¡El Señor los miró, y abrió sus manos,
Y al abismo se hundieron!

«Canta, Israel, al Justo, al Fuerte, al Santo,
Al que enjugó tu lloro:
Acompañe la cítara tu canto
Y el tímpano sonoro.»

Del Colector de estas composiciones (1)

AL SALVADOR

(IMITACION DE ISAIAS)

No será ya el desierto, cual solia,

(1) No por nuestra voluntad, sino á las repetidas instancias de varios amigos, nos atrevemos á insertar aquí la presente composicion, y lo haremos de alguna

Mansion de la tristeza;
Y sí de estable paz y de alegría
Que á renacer empieza.

Blanda caerá sobre su ardiente seno
La lluvia bienhechora,
Y de eterna virtud y vida lleno
El llanto de la aurora.

Al brotar en la cándida mañana
Esmeraldas y flores,
Subirá envuelta en nube de oro y grana
Rica esencia de olores.

Del Libano la gloria retratada
Presentarán los montes,
Y el candor de Sion, en la alborada,
Los claros horizontes.

Convidando al placer y á la ventura,
Aun el árido suelo
Ostentará lozano la hermosura
Del Saron y el Carmelo.

De contento sin fin llenen la tierra

otra, en la ingenua y segura creencia de que no han
de ser tan dignas de figurar en esta Coleccion como
las que para ella hemos elegido.

Acordados cantares:
De gozo salte la empinada sierra;
Conmuévanse los mares.

Con férvido entusiasmo las naciones
Convóquense á un acento,
Que hienda las altísimas regiones
En las alas del viento:

Y, doblando su trémula rodilla,
Mientras el ángel canta,
La luz adoren, que en los cielos brilla,
Del Sol que se levanta.

Alentad, pusilánimes, alzando
Vuestra marchita frente:
Ya esparce en torno su murmurio blando
De las gracias la fuente:

Y, depuesta la espada vengadora
Que estremece al profundo,
Vendrá velado en la naciente aurora
El Salvador del mundo.

Será en luz la ignorancia convertida,
En blanda lluvia el hielo,
El duro espinoso en flor, la muerte en vida,
La tierra en nuevo cielo.

Arroyos bullidores de agua pura,
Cual argentadas calles,
Del seno herido de la roca dura
Bajarán á los valles.

Ya miro al árbol, que hasta el suelo inclina
Sus relucientes pomas;
Miel de su tronco verterá la encina
Sobre las altas lomas.

El tigre y el leon, su instinto fiero
Trocando en mansedumbre,
Alegres triscarán con el cordero
Desde el llano á la cumbre.

En medio de los orbes ancha senda
Se abrirá á los mortales,
Donde la luz de la justicia extienda
Sus rayos divinales.

No manchará jamas aquel camino
Del pecador la huella:
Del crimen el despecho es el destino,
La execracion su estrella.

Se alzará la virtud, que es paz del alma,
Como flor sin espinas,
Ó cual frondosa y elegante palma

En risueñas colinas.

Senda de la dulcísima esperanza,
Embeleso del justo,
¿Quién tu reposo á desterrar alcanza
Con el dolor ó el susto?

Á Sion por allí los redimidos
Subirán con anhelo,
Por ángeles radiantes conducidos,
En portentoso vuelo.

La música celeste y la del mundo
Mezclarán su armonía:
Sepulte para siempre el iracundo
Ceño la raza impía.

Romperá el Salvador, cual Padre tierno,
De la culpa los lazos,
Y hará que el cetro del oscuro Averno
Caiga roto en pedazos.

CANCIONES Y ODAΣ HEROICAS

De Fernando de Herrera

A LA PÉRDIDA DEL REY D. SEBASTIAN ⁽¹⁾

Voz de dolor y canto de gemido
Y espíritu de miedo, envuelto en ira,
Hagan principio acerbo á la memoria
De aquel día fatal, aborrecido,
Que Lusitania mísera suspira
Desnuda de valor, falta de gloria:
Y la llorosa historia
Asombre con horror funesto y triste,
Dende el áfrico Atlante y seno ardiente
Hasta do el mar de otro color se viste;
Y do el límite rojo del Oriente
Y todas sus vencidas gentes fieras
Ven tremolar de Cristo las banderas.
¡Ay de los que pasaron confiados
En sus caballos y en la muchedumbre
De sus carros en tí, Libia desierta!

(1) Sus versos: Sevilla, 1619.

Y en su vigor y fuerzas engañados
No alzaron su esperanza á aquella cumbre
De eterna luz; mas con soberbia cierta
Se ofrecieron la cierta
Vitoria; y sin volver á Dios sus ojos,
Con yerto cuello y corazon ufano
Sólo atendieron siempre á los despojos;
Y el Santo de Israel abrió su mano,
Y los dejó, y cayó en despeñadero
El carro y el caballo y caballero.

Vino el dia crüel, el dia lleno
De indinacion, de ira y furor, que puso
En soledad y en un profundo llanto
De gente y de placer el reino ajeno.
El cielo no alumbró, quedó confuso
El nuevo sol, preságo de mal tanto;
Y con terrible espanto
Los visitó el Señor sobre sus males
Para humillar los fuertes arrogantes;
Y levantó los bárbaros no iguales,
Que, con osados pechos y constantes,
No busquen oro, mas con hierro airado
La ofensa venguen y el error culpado.

Los ímpios y robustos indinados
Las ardientes espadas desnudaron
Sobre la claridad y hermosura
De tu gloria y valor; y no cansados
En tu muerte, tu honor todo afearon,

Mezquina Lusitania sin ventura;
Y con frente segura
Rompieron sin temor, con fiero estrago,
Sus armadas escuadras y braveza.
La arena se tornó sangriento lago,
La llanura con muertos aspereza:
Cayó en unos vigor, cayó desnudo;
Mas en otros desmayo y torpe miedo.

¿Son éstos por ventura los famosos,
Los fuertes, los beligeros varones
Que conturbaron con furor la tierra;
Que sacudieron reinos poderosos;
Que domaron las hórridas naciones;
Que pusieron desierto en cruda guerra
Cuanto el mar Indo encierra,
Y soberbias ciudades destruyeron?
¿Dó el corazon seguro y la osadía?
¿Cómo así se acabaron y perdieron
Tanto heróico valor en solo un día,
Y léjos de su patria derribados
No fueron justamente sepultados?

Tales ya fueron éstos, cual hermoso
Cedro del alto Líbano, vestido
De ramos, hojas, con excelsa alteza;
Las aguas lo criaron poderoso,
Sobre empinados árboles crecido,
Y se multiplicaron en grandeza
Sus ramos con belleza;

Y extendiendo sus hojas, se anidaron
Las aves que sustenta el grande cielo;
Y en su tronco las fieras engendraron,
Y hizo á mucha gente umbroso velo:
No igualó en celsitud y hermosura
Jamás árbol alguno á su figura.

Pero elevóse con su verde cima
Y sublimó con presuncion su pecho,
Desvanecido todo y confiado,
Haciendo de su alteza sólo estima:
Por eso Dios lo derribó deshecho,
Á los ímpios y ajenos entregado,
Por la raíz cortado:
Que opreso de los montes arrojados,
Sin ramos y sin hojas y desnudo,
Huyeron de él los hombres espantados,
Que su sombra tuvieron por escudo:
En su ruína y ramos, cuantas fueron,
Las aves y las fieras se pusieron.

Tú, infunda Libia, en cuya seca arena
Murió el vencido reino lusitano
Y se acabó su generosa gloria,
No estés alegre y de ufanía llena
Porque tu temerosa y flaca mano
Hubo sin esperanza tal victoria,
Indina de memoria:
Que si el justo dolor mueve á venganza
Alguna vez el español coraje,

Despedazada con aguda lanza
Compensarás muriendo el hecho ultraje,
Y Luco amedrentado, al mar inmenso
Pagará de africana sangre el censo.

Del Maestro Fr. Luis de Leon

PROFECIA DEL TAJO

Folgaba el rey Rodrigo
Con la hermosa Cava en la ribera
Del Tajo, sin testigo;
Y el pecho sacó fuera
El rio, y le habló de esta manera:
En mal punto te goces,
Injusto forzador, que ya el sonido
Oyo ya, y las voces,
Las armas y el bramido
De Marte, de furor y ardor ceñido.
¡Ay! ¡esa tu alegría
Qué llantos acarrea! y esa hermosa,
Que vió el sol en mal día,
Á España ¡ay! ¡cuán llorosa,
Y al cetro de los godos cuán costosa!
Llamas, dolores, guerras,
Muertes, asolamientos, fieros males
Entre tus brazos cierras;
Trabajos inmortales

Á tí y á tus vasallos naturales:

Á los que en Constantina

Rompen el fértil suelo, á los que baña

El Ebro, á la vecina

Sansueña, á Lusitania,

Á toda la espaciosa y triste España.

Ya dende Cádiz llama

El injuriado Conde, á la venganza

Atento y no á la fama,

La bárbara pujanza,

En quien para tu daño no hay tardanza.

Oye, que al cielo toca

Con temeroso son la trompa fiera

Que en África convoca

El moro á la bandera,

Que al aire desplegada va ligera.

La lanza ya blande

El árabe crüel, y hiere el viento

Llamando á la pelea:

Innumerable cuento

De escuadras juntas veo en un momento.

Cubre la gente el suelo,

Debajo de las velas desaparece

La mar, la voz al cielo

Confusa y vária crece,

El polvo roba el día y le oscurece.

¡Ay! que ya presurosos

Suben las largas naves: ¡ay! que tienden

Los brazos vigorosos
Á los remos y encienden
Las mares esrumosas por do hienden.

El Eolo derecho
Hinche la vela en popa, y larga entrada,
Por el Hercúleo Estrecho,
Con la punta acerada
El gran padre Neptuno da á la armada.

¡Ay triste! ¿y aún te tiene
El mal dulce regazo? ¿ni llamado
Al mal que sobreviene
No acorres? ¿ocupado
No ves ya el puerto á Hércules sagrado?

Acude, corre, vuela,
Traspasa el alta sierra, ocupa el llano,
No perdones la espuela,
No des paz á la mano,
Menea fulminando el hierro insano.

¡Ay cuánto de fatiga,
Ay cuánto de dolor está presente
Al que viste loriga,
Al infante valiente,
Á hombres y caballos juntamente!

Y tú, Bétis divino,
De sangre ajena y tuya amancillado,
Darás al mar vecino
¡Cuánto yelmo quebrado!
¡Cuánto cuerpo de nobles destrozado!

El furibundo Marte
Cinco luces las haces desordena
Igual á cada parte;
La sexta ¡ay! te condena
¡Oh cara patria! á bárbara cadena.

De D. Manuel José Quintana

A MELENDEZ ⁽¹⁾

¡Gloria al grande escritor á quien fué dado
Romper el sueño y vergonzoso olvido
En que yace sumido
El ingenio español, donde confusas,
Sin voz y sin aliento,
Se hunden y pierden las sagradas musas.

Alto silencio en la olvidada España
Por todas partes extendió su manto,
Cuando tu hermoso canto
Resonando ¡oh Melendez! de repente,
De orgullo y gozo llena,
Se vió á tu patria levantar la frente.

Tal en la noche de los siglos, densas
Crecer las nieblas de ignorancia viendo
Natura, y saeudiendo
El ocio letargoso en que yacía,

(1) Sus poesías: Madrid, 1821.

Dijo: que Homero sea,
Y Homero nace, y resplandece el día.

Bellos como la luz, tersos y puros,
Bien como el fondo del etéreo cielo,
Gratos aún más que el vuelo
Del céfiro sonante en el estío,
Cuando las hojas mueve,
Y templá el rayo en delicioso frío;

Tus armoniosos versos á raudales
Del manantial fecundo se arrebatan,
Do fieles se retratan
Las flores y los árboles del suelo,
Las sierras enriscadas,
Las bóvedas espléndidas del cielo.

¡Cisnes del Pindo! amable Anacreonte;
Tú que de estro y amor miéntas vivías,
Mísera Safo, ardías,
Y tú, divino Píndaro, que elevas
En tu atrevido acento
Con tu nombre clarísimo el de Tebas;

Volad hácia las playas de Occidente,
Desde la cumbre de Helicon divino,
Y ved el gran destino
Con que se ensoberbece el suelo iberio,
Mirando en su poeta
Vuestra alta gloria y vuestro dulce imperio.

Ornan las gracias su celeste lira
Cuando el canto de amor en ella suena;

Y apacible y serena
La belleza en sus versos vencedores
Se goza retratada,
De rayos coronada y resplandores.

Seguidle luego á los amenos campos,
Á la abundosa y apacible vega
Que el claro Tormes riega;
Y al escuchar su pastoral acento
Ved florecer las rosas,
Reir el prado, embebecerse el viento.

¿Mas dó su musa rápida se esconde?
¿Dónde se eleva? Á su ambicioso pecho
El orbe vino estrecho
Y al éter se encumbró: gozosa mira
Bajo de sí á las nubes,
Y el campo inmenso del espacio gira.

¡Vosotros solos, númenes del canto,
Le seguiréis! Desde el fanal de Apolo
Al rutilante polo
Todo lo abarca en su inmortal porfía,
Y de fulgor se llena,
Y torrentes de lumbre al mundo envía.

De D. José María Heredia (Cubano)

AL HURACÁN⁽¹⁾

Huracan, huracan, venir te siento,
Y en tu soplo abrasado
Respiro entusiasmado
Del Señor de los aires el aliento.

En las alas del viento suspendido
Vedle rodar por el espacio inmenso,
Silencioso, tremendo, irresistible
En su curso veloz. La tierra en calma
Siniestra, misteriosa,
Contempla con pavor su faz terrible.
¿Al toro no mirais? El suelo escarban
De insoportable ardor sus piés heridos:
La frente poderosa levantando,
Y en la hinchada nariz fuego aspirando,
Llama la tempestad con sus bramidos.

¡Qué nubes! ¡qué furor! El sol, temblando,
Vela en triste vapor su faz gloriosa,
Y su disco nublado sólo vierte
Luz fúnebre y sombría,
Que no es noche ni día....
¡Pavoroso color, velo de muerte!
Los pajarillos tiemblan y se esconden

(1) Sus poesías, tomo I: Habana, 1837.

Al acercarse el huracan bramando,
Y en los lejanos montes retumbando
Le oyen los bosques, y á su voz responden.

Llega yá.... ¿No le veis? ¡Cuál desenvuelve
Su manto aterrador y majestoso!...

¡Gigante de los aires, te saludo!...

En fiera confusion el viento agita

Las orlas de su parda vestidura....

¡Ved.... en el horizonte

Los brazos rapidísimos enarca,

Y con ellos abarca

Cuanto alcanzo á mirar de monte á monte!

¡Oscuridad universal!... ¡Su soplo

Levanta en torbellinos

El polvo de los campos agitado!...

En las nubes retumba despeñado

El carro del Señor, y de sus ruedas

Brota el rayo veloz, se precipita,

Hiere y aterra al suelo,

Y su lívida luz inunda el cielo.

¡Qué rumor! ¡Es la lluvia! Desatada

Cae á torrentes, oscurece el mundo,

Y todo es confusion, horror profundo.

Cielo, nubes, colinas, caro bosque,

¿Dó estais?... Os busco en vano:

Desparecisteis.... La tormenta umbría

En los aires revuelve un océano

Que todo lo sepulta....

Al fin, mundo fatal, nos separamos:

El huracan y yo solos estamos.

¡Sublime tempestad! ¡cómo en tu seno,

De tu solemne inspiracion henchido,

Al mundo vil y miserable olvido

Y alzo la frente de delicias lleno!

¿Dó está el alma cobarde

Que teme tu rugir?... Yo en tí me elevo

Al trono del Señor: oigo en las nubes

El eco de su voz; siento á la tierra

Escucharle y temblar. Ferviente lloro

Desciende por mis pálidas mejillas,

Y su alta majestad trémulo adoro.

Del mismo

AL NIAGARA

Templad mi lira, dádmela, que siento

En mi alma estremecida y agitada

Arder la inspiracion. ¡Oh! ¡cuánto tiempo

En tinieblas pasó, sin que mi frente

Brillase con su luz! Niágara undoso,

Tu sublime terror sólo podria

Tornarme el don divino que ensañada

Me robó del dolor la mano impía.

Torrente prodigioso, calma, calla

Tu trueno aterrador: disipa un tanto

Las tinieblas que en torno te circundan,
Déjame contemplar tu faz serena,
Y de entusiasmo ardiente mi alma llena.
Yo digno soy de contemplarte: siempre,
Lo comun y mezquino desdeñando,
Ansié por lo terrífico y sublime.
Al despeñarse el huracan furioso,
Al retumbar sobre mi frente el rayo,
Palpitando gocé: ví al Océano,
Azotado por anstro proceloso,
Combatir mi bajel, y ante mis plantas
Vórtice (1) hirviente abrir, y amé el peligro.
Mas del mar la fiereza
En mi alma no produjo
La profunda impresion que tu grandeza.
Serenos corres, majestoso; y luégo,
En ásperos peñascos quebrantado,
Te abalanzas violento, arrebatado,
Como el destino irresistible y ciego.
¿Qué voz humana describir podría
De la sirte rugiente
La aterradora faz? El alma mia
En vago pensamiento se confunde
Al mirar esa férvida corriente,
Que en vano quiere la turbada vista
En su vuelo seguir al borde oscuro

(1) Torbellino de agua, remolino de viento.

Del precipicio altísimo: mil olas,
Cual pensamiento rápidas pasando,
Chocan, y se enfurecen,
Y otras mil y otras mil ya las alcanzan,
Y entre espuma y fragor desaparecen.

¡Ved! ¡llegan, saltan! El abismo horrendo
Devora los torrentes despeñados:
Crúzanse en él mil iris, y asordados
Vuelven los bosques el fragor tremendo.
En las rígidas peñas
Rómpe-se el agua: vaporosa nube,
Con elástica fuerza,
Llena el abismo, en torbellino sube,
Gira en torno, y al éter
Luminosa pirámide levanta,
Y, por sobre los montes que la cercan,
Al solitario cazador espanta.

Más ¿qué en tí busca mi anhelante vista
Con inútil afán? ¿Por qué no miro
Alrededor de tu caverna inmensa
Las palmas ¡ay! las palmas deliciosas
Que en las llanuras de mi ardiente patria
Nacen del sol á la sonrisa, y crecen,
Y, al soplo de las brisas del Occéano,
Bajo un cielo purísimo se mecen?

Este recuerdo á mi pesar me viene....
Nada ¡oh Niágara! falta á tu destino,
Ni otra corona que el agreste pino

Á tu terrible majestad conviene.
La palma, y mirto, y delicada rosa
Muelle placer inspiren y ocio blando
En frívolo jardín: á ti la suerte
Guardó más digno objeto, más sublime.
El alma libre, generosa, fuerte,
Viene, te ve, se asombra,
El mezquino deleite menosprecia
Y aún se siente elevar cuando te nombra.
¡Omnipotente Dios! En otros climas
Vi mónstruos execrables,
Blasfemando tu nombre sacrosanto,
Sembrar error y fanatismo impío,
Los campos inundar en sangre y llanto,
De hermanos atizar la infanda guerra,
Y desolar frenéticos la tierra.
Vilos y el pecho se inflamó á su vista
En grave indignacion. Por otra parte
Vi mentidos filósofos, que osaban
Escrutar tus misterios, ultrajarte,
Y de impiedad al lamentable abismo
Á los míseros hombres arrastraban.
Por eso te buscó mi débil mente
En la sublime soledad: ahora
Entera se abre á Ti; tu mano siente
En esta inmensidad que me circunda,
Y tu profunda voz hiere mi seno
De este raudal en el eterno trueno.

¡Asombroso torrente!
¡Cómo tu vista el ánimo enagena,
Y de terror y admiracion me llena!
¿Dó tu origen está? ¿Quién fertiliza
Por tantos siglos tu inexhausta fuente?
¿Qué poderosa mano
Hace que al recibirte
No rebose en la tierra el Océano?
Abrió el Señor su mano omnipotente,
Cubrió tu faz de nubes agitadas,
Dió su voz á tus aguas despeñadas,
Y ornó con su arco tu terrible frente.
Ciego, profundo, infatigable corres,
Como el torrente oscuro de los siglos,
Á la insondable eternidad.... ¡A! hombre
Huyen así las ilusiones gratas,
Los florecientes dias,
Y despierta al dolor!... ¡Ay! agostada
Yace mi juventud, mi faz marchita,
Y la profunda pena que me agita
Ruga mi frente, de dolor nublada.
¡Niágara poderoso!
¡Adios! ¡adios! Dentro de pocos años
Ya devorado habrá la tumba fria
Á tu débil cantor.... ¡Duren mis versos
Cual tu gloria inmortal! ¡Pueda piadoso,
Viéndote algun viajero,
Dar un suspiro á la memoria mia!

Y al abismarse Febo en Occidente,
Feliz yo vuela do el Señor me llama;
Y al escuchar los ecos de mi fama
Alce en las nubes la radiosa frente.

De D. Julian Romea

LA TORRE DE TAVIRA ⁽¹⁾

CADIZ.—JULIO DE 1846

¡Sagrado mar, cuyo rugido atruena
Al romperte á mis pies en choque rudo,
Oye mi voz, que temblorosa suena:
Occéano inmortal, yo te saludo!

Déjame que asombrado y sin aliento,
Al verme junto á ti débil y solo,
Contemple ese vaiven que, turbulento,
Partiendo de mis pies llegará al polo.

Déjame contemplar tanta grandeza,
Y esa profundidad, y esas anchuras:
Da tiempo á que conciba en mi pobreza
La extension de esas líquidas llanuras:

¡Y cómo con tal impetu rodaron
Esas qué, ayer tal vez, pujantes olas
En las playas antípodas sonaron,
Y azotan hoy las costas españolas!

(1) La conservamos autógrafa, con otras varias de tan ilustre autor.

¡Qué grande erés, oh mar! ¿Cómo es posible
Que así contenga de tus ondas vagas
Esa playa el empuje irresistible?
¿Cómo la tierra en tu furor no tragas?

La mano del Señor, sola ella puede
Tener así tus ímpetus á raya:
Por ella el mundo á tu chocar no cede
Y en la tremenda lucha no desmaya.

¡Triste bramido que incesante gime!
¡Prodigiosa extension en que me pierdo!
¡Soledad melancólica y sublime,
Que de la eternidad traes un recuerdo!

Al verte con tal pompa ataviado
Á tí me postro con respeto mudo:
Con la frente desnuda, y humillado,
Occéano inmortal, yo te saludo.

Y permíteme ya que la mirada
De tu soberbia majestad retire,
Y un instante mi mente fatigada
Ese horizonte en derredor admire.—

¡Cuán bello el sol, cuán bello hácia el Poniente
Entre celajes de arrebol declina!
¡Cuán amoroso la encendida frente
En las espumas de la mar reclina!

Á su postrera luz allí diviso
Playas que fueron de la rica España
En otros tiempos, cuando el cielo quiso,
Y hoy gozan fuero de nacion extraña.

Allí el Guadalquivir, que poderoso
Sobre arenas doradas va rodando,
Y altivo y sosegado, y caudaloso,
Los campos de la Bética regando.

Y entre los montes á su curso abiertos,
Y recostado en su encantada orilla,
Besando viene los hermosos huertos
De las moriscas Córdoba y Sevilla.

Y hace, por no dejarlos, mil descansos
Entre sus juncos y sus ovas lacias,
Á la sombra que dan á sus remansos
Los bosques de naranjos y de acacias.

Y ostentando la rica vestidura
Que tejieron sus palmas y olivares,
Se extiende en la magnífica llanura
Y con marcha triunfal entra en sus mares.

Allí la humilde Palos, que piadosa
Abrigó al hombre cuyo ingenio claro
La hazaña consumó más portentosa,
De Isabel la Católica al amparo.

La vieja Europa le escuchó mofando;
La inmensa idea su desprecio excita;
Y las columnas de Hércules mostrando,
«*Non plus ultra*, infeliz,» ronca le grita.

Pero él la burla de su edad sufriendo,
Con el instinto de su fe profundo,
Del claustro de la Rábida saliendo,
Se arroja al mar y le conquista un mundo.

Allí del Guadalete la corriente,
Que de la alta Jerez los campos baña,
Donde los hijos del desierto ardiente
Rudos pisaron el poder de España.

Cayeron entre horrores infinitos
Príncipes, nobles y pecheros, todos:
De Rodrigo y Witiza los delitos
El Dios del mundo castigó en los godos.

Mas no perdió del todo sus laureles
La triste España en su mortal desmayo;
Que de Cantabria entre los hijos fieles
La Cruz del Redentor alzó Pelayo.

Y ante esa Cruz, que al musulman aterra,
Las tierras rescatando una por una,
Tras siete siglos de obstinada guerra
Vuelve al desierto la africana luna.

¡Playa de Trafalgar! El alma mia,
Cuando esa arena ensangrentada miro,
Á tus ilustres mártires envia
Un recuerdo de amor en un suspiro.

Ilustres, sí; porque si allí vencidos
Cayeron, al marchar hácia la gloria,
Fué porque alguna vez no van unidos
El heroico valor y la victoria.

¡Salve, Tarifa; sempiterna valla
Al empuje feroz del sarraceno,
Que áun ve con miedo escrito en tu muralla
«Alonso Pérez de Guzman el Bueno!»

Si á los meros Julian, tu puerta abriendo,
Entrada dióles expedita y ancha,
Sobre tus mismas torres, combatiendo,
Alonso de Guzman lavó tu mancha.

¿Quién vence al pueblo donde nace un hombre
Que, siempre en el deber sus ojos fijos,
Idolatrando del honor el nombre,
Primero que faltar mata á sus hijos?

¡Eterna gloria al que tan alta hazaña
Llevar á cabo en su heroismo pudo:
Al que tal timbre, en ocasion tamaña,
Con sangre propia dibujó en su escudo!

Y una lágrima el alma enternecida
Dé tambien al dolor de aquella madre
Que vió caer al hijo de su vida
Al propio acero de su propio padre.

Más allá Gibraltar.... Pero ¿qué veo?
¿Quién sus muros altísimos defiende?
¡Cual dueño de legítimo trofeo
El Léopardo inglés su garra extiende!

¿Y es cierta, es cierta, es cierta mengua tanta?
¡Sí; en el fuerte, en los muros, en la villa
Una bandera extraña se levanta,
Que aquel no es tu pendon, noble Castilla!

¿Y no reparas, dime, pobre España,
Que es ese trapo que en tu suelo ondea
Sello ominoso que tu frente empaña,
Llaga asquerosa que tu rostro afea?

¿Dónde está, vive Dios, potente y fiero
El León español? ¿Dó su estandarte,
Que siempre audaz se desplegó ligero
De una parte del mundo á la otra parte?

¡Arroja esa bandera, patria mia!
¡Venid sobre ella, y su altivez sucumba,
Triunfos de la Goleta y de Pavia,
Corona de Bailén, glorias de Otumba!

¡Y tú, Cruz de Pelayo victoriosa,
En Covadonga del alarbe espanto!
¡Laureles de las Navas de Tolosa!
¡Palmas de San Quintín y de Lepanto!

¿Dó están tus hijos, inmortal Sagunto?
¿Dónde los tuyos, inclita Numancia?
Dónde los bravos que arrollaron junto
En Roncesvalles el poder de Francia?

¿No hay hombres ya de aquellos que arrostraron
De otro hemisferio los ardientes soles?
¿Dó están los que en Bizancio pelearon?
¿No hay valientes aquí? ¿No hay ya españoles?

¡Oh! ¡basta! ¡El corazón en santa ira
Siento abrasarse, y en despecho hirviente,
De la vergüenza que el ultraje inspira,
El honroso carmin sube á la frente!

¡Contempla, España, lo que vas ganando,
Y á mirar vuelve lo que vas perdiendo:
Mira esa choza vil que se va alzando
Y el templo mira allí que se va hundiendo!

Sin ruedas ni vapor tus carabelas,
Cortando del Atlántico la espuma,
Trajeron á tus pies, bajo sus velas,
El cetro de Atahualpa y Motezuma.

Y te acataban Albión, la Galia;
Flotaba tu pendon sobre los Andes;
Eras señora de la hermosa Italia;
Temida en Roma, obedecida en Flandes.

Y Murillo y Velazquez te ensalzaban;
Y la Europa escuchaba con respeto,
Cuando en lira inmortal nobles cantaban
Rojas y Calderon, Lope y Moreto.

Mira á tu alrededor, ¡oh España! mira
De ese adelante pretendido el fruto:
Junto á tu gloria, que anhelante espira,
Llanto y discordias, y miseria y luto.

De D. José de Espronceda

AL SOL ⁽¹⁾

Pára y óyeme ¡oh Sol! yo te saludo
Y estático ante tí me atrevo á hablarte:
Ardiente como tú mi fantasía,
Arrebatada en ánsia de admirarte,
Intrépidas á tí sus alas guía.

(1) Sus poesías: Madrid, 1840.

¡Ojalá que mi acento poderoso
Sublime resonando,
Del trueno pavoroso
La temerosa voz sobrepujando,
¡Oh Sol! á tí llegara
Y en medio de tu curso te parara!

¡Ah! si la llama que mi mente alumbra
Diera también su ardor á mis sentidos,
Al rayo vencedor que los deslumbra,
Los anhelantes ojos alzaría,
Y en tu semblante fúlgido atrevidos
Mirando sin cesar los fijaría.
¡Cuánto siempre te amé, Sol refulgente!
¡Con qué sencillo anhelo,
Siendo niño inocente,
Seguirte ansiaba en el tendido cielo,
Y estático te vía
Y en contemplar tu luz me embebecía!

De los dorados límites de Oriente,
Que ciñe el rico en perlas Océano,
Al término sombrío de Occidente
Las orlas de tu ardiente vestidura
Tiendes en pompa, augusto soberano,
Y el mundo bañas en tu lumbre pura.
Vivido lanzas de tu frente el día,
Y, alma y vida del mundo,
Tu disco en paz majestuoso envía
Plácido ardor fecundo,

Y te elevas triunfante,
Corona de los orbes centellante.

Tranquilo subes del zenit dorado
Al regio trono en la mitad del cielo,
De vivas llamas y esplendor ornado,
Y reprimes tu vuelo:

Y desde allí tu fúlgida carrera
Rápido precipitas,
Y tu rica, encendida cabellera
En el seno del mar trémulo agitas,
Y tu esplendor se oculta,
Y el ya pasado día
Con otros mil la eternidad sepulta.

¡Cuántos siglos sin fin, cuántos has visto
En su abismo insondable desplomarse!
¡Cuánta pompa, grandeza y poderío
De imperios populosos disiparse!
¿Qué fueron ante tí? Del bosque umbrío
Secas y leves hojas desprendidas,
Que en círculo se mecen,
Y al furor de Aquilon desaparecen.

Libre tú de la cólera divina,
Viste anegarse el universo entero,
Cuando las aguas por Jehová lanzadas,
Impelidas del brazo justiciero,
Y á mares por los vientos despeñadas,
Bramó la tempestad: retumbó en torno
El ronco trueno y con temblor crujieron

Los ejes de diamante de la tierra:
Montes y campos fueron
Alborotado mar, tumba del hombre.
Se estremeció el profundo;
Y entónces tú, como señor del mundo,
Sobre la tempestad tu trono alzabas,
Vestido de tinieblas,
Y tu faz engreías,
Y á otros mundos en paz resplandecías.

Y otra vez nuevos siglos
Viste llegar, huir, desvanecerse
En remolino eterno, cual las olas
Llegan, se agolpan y huyen de Océano,
Y tornan otra vez á sucederse;
Mientras inmutable tú, solo y radiante
¡Oh Sol! siempre te elevas,
Y edades mil y mil huellas triunfante.

¿Y habrás de ser eterno, inextinguible,
Sin que nunca jamas tu inmensa hoguera
Pierda su resplandor, siempre incansable,
Audaz siguiendo tu inmortal carrera,
Hundirse las edades contemplando,
Y solo, eterno, perenal, sublime,
Monarca poderoso dominando?
Nó, que tambien la muerte,
Si de léjos te sigue,
No ménos anhelante te persigue.

¡Quién sabe si tal vez pobre destello

Eres tú de otro sol que otro universo
Mayor que el nuestro un día
Con doble resplandor esclarecía!

Goza tu juventud y tu hermosura
¡Oh Sol! que cuando el pavoroso día
Llegue que el orbe estalle y se desprenda
De la potente mano
Del Padre Soberano,
Y allá á la eternidad también descienda;
Deshecho en mil pedazos, destrozado
Y en piélagos de fuego
Envuelto para siempre y sepultado,
De cien tormentas al horrible estruendo,
En tinieblas sin fin tu llama pura
Entonces morirá: noche sombría
Cubrirá eterna la celeste cumbre:
¡Ni aún quedará reliquia de tu lumbre!

De D. Narciso Campillo y Correa

AL CARDENAL CISNEROS

ODA

De los cielos la hermosa primavera
Baja trayendo gérmenes de vida,
Y de la tierra por los hondos senos
Los infunde y propaga. Arde la esfera

De resplandor y júbilo vestida,
Los aires vibran de armonías llenos,
Los días son serenos,
Las noches son de amores
Y el campo todo es flores.
Así en los pueblos, al sonar su hora,
Todo gérmen se agita y engrandece,
Brillan las artes y la ciencia crece,
El oro cunde y el valor se honora;
De Roma así las águilas volaban,
El orbe sujetando á su destino,
Y absortas las naciones contemplaban
Alzarse sin rival el sol latino.

España, noble España, patria mia,
¿Es verdad que opulenta y grande fuiste,
Cuna del genio, amor de la victoria?
¿Que te alumbraba infatigable día?
¿Que de otro mundo tú la puerta abriste
Para llenarlo de tu nombre y gloria,
Asombrando á la historia?
Sí, que entónces vivían
Los que inmortal te hacían.
¡Pudiera yo cantarlos! ¡Oh Isabela,
Gran reina al par que santa! ¡Oh fé cristiana,
Que las columnas de Hércules allana
Al choque de la osada carabela!
¡Oh Gonzalo, oh Mendoza! ¡Oh corazones

En la fortuna y la desgracia enteros!
¡Oh sabios que envidiaron las naciones!
¡Oh colosal figura de Cisneros!

No de los siglos la veloz corriente
La arrastra ni la borra; mas serena
Ella resiste al tiempo y al olvido.
Con la edad va creciendo, cedro ingente
Donde el aura del monte blanda suena
Y las aves del cielo buscan nido.
De oscuro hogar nacido
Con luz brilla su nombre:
En su pecho de hombre
Palpitó un corazon nunca turbado
Por las mudanzas de la varia suerte:
Y llevó con vigor de atleta fuerte
Sayal de monje, mitra de prelado,
Laurel de fundador, sabio y guerrero,
Penitente cilicio, odios profundos,
Alta la Cruz y refrenado el clero
Y poderoso el cetro de ámbos mundos.

¿Dónde cobró tan gigantesco brio?
¿En qué nuevo Jordan templó su alma
Como espada al combate aperecida,
El pecho de varon sereno y frio,
Igual en la borrasca y en la calma,
La firme voluntad jamás rendida?

¡Oh soledad querida,
Fervientes oraciones,
Austeras reflexiones,
Vosotras lo sabeis! Vosotras solas,
Faro y pan del espíritu cristiano,
Á quien asaltan con furor en vano
Del mar del mundo las revueltas olas;
Lo sabe el claustro, que á las veces guarda
Genios potentes en su oculto seno,
Como los velos de la nube parda
Cubren del sol el resplandor sereno.

Mas la nube se rasga y el sol brilla,
Y de Cisneros la virtud secreta
Junto al solio mayor deslumbra y crece.
El orbe admiracion y amor Castilla
Tributaron á aquel pálido asceta,
Que entre héroes gigante se aparece
Y todo lo engrandece.
Lleno de patriotismo,
Se olvida de sí mismo,
Sólo ambiciona el bien, y el bien difunde:
Predica, enseña, y derramando el oro,
Del alto Pirineo al mar sonoro
Toma el arte valor, la ciencia cunde:
Álzala en Alcalá templo y morada,
Y levanta al humano pensamiento,
Con su Biblia Políglota Sagrada,

Eterno y portentoso monumento.

Y á la cabeza de española hueste
Pasa el hercúleo Estrecho, y en su tumba
Pelayo y los Alfonsos se alegraron.
Severo vengador, caudillo y preste,
Tras él la voz de las batallas zumba
Y ante él los fuertes de África temblaron.
¿Por qué no le imitaron?
¿Qué maléfica estrella
Allí borró su huella?
De Cárlos y Felipes los pendones
No en holandés ni italiano cielo
Debieron desplegar su osado vuelo;
Mas del África ardiente en las regiones,
Donde hoy lucieran del saber la llama,
La fe de Cristo, el arte y la cultura
Desde el Atlas, soberbio con su altura,
Al tormentoso mar que dobló Gama.

Luégo empuña con firme y hábil mano
Del Estado las riendas, y supera
En arte de reinar los mismos reyes.
Nó, no parece octogenario anciano
Quien á los nobles con audacia fiera
Á la obediencia rinde y pone leyes
Como á tímidas greyes.
Y al cabo, entristecido,

De ingratitud herido,
Vuelve á lo alto sus cansados ojos
La luz buscando del eterno día,
Y en un suspiro postrimero envía
Á Dios el alma, al suelo sus despojos
Y á la futura edad su nombre y gloria
Para que en bronce y mármoles los grabe.
¡Feliz el pueblo que en su pátria historia
Gigantes tiene y venerarlos sabe!

Del Colector de estas composiciones

LA TEMPESTAD

Dadme la lira que Osian pulsaba
Sobre rocas, á orillas del torrente,
Cuando con son armónico paraba,
Bardo sin par, la tempestad rugiente.
Dadme su inspiracion; y la voz mia,
Alzándose hasta el cielo,
Podrá seguir de la tormenta umbría
El espantable y portentoso vuelo,
Y en medio de la esfera
Parar tambien su rápida carrera.
¡Qué confusion! El vendaval se lanza,
Coronado de furias, á la tierra,
Y en su paso destruye cuanto alcanza
Y hace temblar á la robusta sierra.

Perdidos ya sus cándidos vellones,
Y de rojiza lumbre circundadas,
Vénse enlutar mil nubes agrupadas
De repente las fúlgidas regiones.
Al fin estallan, y del hondo seno
Arrojan al espacio ennegrecido
Ardientes rayos al crujir del trueno,
Que, por confusos ecos repetido,
Pavoroso y sin límites resuena,
Y las tierras y el cielo de horror llena.
¡Se altera el mar! Entre la espesa bruma
Sus ondas bramadoras,
En montañas, doquier, de hirviente espuma
Traspasaron la orilla aterradoras.
En el vecino y anchuroso campo
Furiosas arrancaron,
Cual débiles arbustos,
Sobre colinas y empinados montes
Los colosales cedros,
Que altivos y pomposos exornaron
Del desierto los vastos horizontes.
Potentes en su seno sepultaron
La roca por los siglos respetada,
Que allí contra cien rocas despeñada,
Para ostentar que muere cuanto nace,
Fragorosa luchando se deshace.
Desde el profundo asiento removido,
Con frente audaz las altas nubes toca

El piélago soberbio, y su bramido
Á la deshecha tempestad provoca.
Los rayos á millares
Con la copiosa lluvia se desprenden:
Las aguas son ya fuego;
Volcánico torrente la onda brava,
Que incierta gira hasta apagarse luégo,
Lanzando en vez de espuma ardiente lava,
Tórnase en humo el proceloso viento,
Y, extendidos espacios coronando,
En encendida hoguera el firmamento.
Las naves opulentas,
Que el dilatado mar atravesaron
Y el fin de sus orillas saludaron,
Despreciando el furor de cien tormentas,
De tesoros henchidas,
Al huracan que ruje sucumbieron,
Y, por montes de arena compelidas,
Á las barras profundas removieron.
El mástil elevado,
Que otro tiempo se alzó robusto pino,
Rey de los bosques en su edad lozana,
Mírase destrozado,
Y que vaga sin rumbo y sin destino
Á merced de los vientos:
De las velas inútiles fragmentos,
Por doquiera esparcidos,
Tan sólo ven mis ojos,

Y entre rabiosa espuma mil despojos.

Tal vez cuando alentaba

De filial amor al puro fuego,

Y en los maternos brazos presagiaba

Presta ventura y plácido sosiego,

El marino infeliz quejóse en vano

Del rigor de la suerte;

Que el vendaval, con su pujante mano,

Lo sepultó en las sombras de la muerte.

Nadie oyó su gemido,

Nadie escuchó su llanto:

Por eso con acento dolorido

Anhele alzar á su memoria un canto,

Que exêcre *enruelto en ira* los rigores

Del mar y de los vientos bramadores.

¡Arrecia el huracan! ¡Oh! con los mares

Hierve tambien la arena

De los últimos vados arrancada (1).

Ora se escuchan fúnebres cantares,

Que entona triste la gentil sirena,

En los altos escollos elevada;

Ora la tromba (2) impetüosa brama,

Y en remolino denso

Los espacios inunda:

(1) Virgilio.

(2) Porción de agua que, atraída por los vapores condensados de la atmósfera, se eleva en el mar en forma de cono.

Ora de los relámpagos la llama
Surca las aguas cual volcan inmenso,
Dejando por doquier huella profunda;
Ya parece que el cielo
Hunde en el mar su encapotado velo.

¡Sublime tempestad! Tu voz temida,
Que cual grito de muerte se difunde,
En mi postrado sér mágica infunde
Entusiasmo á la par que aliento y vida.
Áun más que á tu furor temo al impío
Furor de las pasiones,
Que arrancan de los tristes corazones
La dulce paz con desusado brio.
Al pasar de tu carro alcé mi frente
Para mirarte impávido y sereno,
Y eras tú del Señor el carro ardiente,
Y el eco de su voz el ronco trueno.
Te adoré, te adoré; pulsé mi lira,
Y si despues del fervoroso canto
Aún palpita mi pecho, y aún suspira,
¡Fué suspiro de amor, y no de espanto!

SEVILLA, 1847.

ODAS MORALES Y FILOSOFICAS

De Fray Luis de Leon

LA VIDA DEL CAMPO

¡Qué descansada vida
La del que huye el mundanal rüido,
Y sigue la escondida
Senda por donde han ido
Los pocos sabios que en el mundo han sido!
Que no le enturbia el pecho
De los soberbios grandes el estado,
Ni del dorado techo
Se admira, fabricado
Del sabio moro, en jaspes sustentado.
No cura si la fama
Canta con voz su nombre pregonera;
Ni cura si encarama
La lengua lisonjera
Lo que condena la verdad sincera.
¿Qué presta á mi contento
Si soy del vano dedo señalado,
Si en busca de este viento

Ando desalentado

Con ánsias vivas, con mortal cuidado?

¡Oh monte! ¡Oh fuente! ¡Oh rio!

¡Oh secreto seguro deleitoso!

Roto casi el navío,

Á vuestro almo reposo

Huyo de aqueste mar tempestuoso.

Un no rompido sueño,

Un día puro, alegre, libre quiero;

No quiero ver el ceño

Vanamente severo

De á quien la sangre ensalza, ó el dinero.

Despiértenme las aves

Con su cantar sabroso no aprendido;

No los cuidados graves

De que es siempre seguido

El que al ajeno arbitrio está atenido.

Vivir quiero conmigo,

Gozar quiero del bien que debo al cielo

Á solas, sin testigo,

Libre de amor, de celo,

De ódio, de esperanza, de recelo.

Del monte en la ladera

Por mi mano plantado tengo un huerto,

Que, con la primavera,

De bella flor cubierto,

Ya muestra en esperanza el fruto cierto.

Y, como codiciosa

Por ver acrecentar su hermosura,
Desde la cumbre airosa
Una fontana pura
Hasta llegar corriendo se apresura.
Y luego sosegada,
El paso entre los árboles torciendo,
El suelo de pasada
De verdura vistiendo
Y con diversas flores va esparciendo.
El aire el huerto orea,
Y ofrece mil olores al sentido;
Los árboles menean
Con un manso ruido
Que del oro y del cetro pone olvido.
Ténganse su tesoro
Los que de un falso leño se confían:
No es mío ver el lloro
De los que desconfían
Cuando el cierzo y el ábrego porfían.
La combatida antena
Cruje, y en ciega noche el claro día
Se torna: al cielo suena
Confusa vocería,
Y la mar enriquecen á porfía.
Á mí una pobrecilla
Mesa, de amable paz bien abastada,
Me basta, y la vajilla
De fino oro labrada

Sea de quien la mar no teme airada.

Y miéntras miserable-

Mente se están los otros abrasando

Con sed insaciable

Del peligroso mando,

Tendido yo á la sombra esté cantando.

Á la sombra tendido,

De yedra y lauro eterno coronado,

Puesto el atento oído

Al son dulce, acordado,

Del plectro sábiamente meneado.

De D. Juan Melendez Valdés

PROSPERIDAD APARENTE DE LOS MALOS

Enmedio de su gloria así decia

El pecador:—En vano

Tender puede el Señor su débil mano

Sobre la suerte mia.

Á las nubes mi frente se levanta

Y en el cielo se esconde.

¿Dónde está el justo? ¿Las promesas dónde

Del Dios que humilde canta?

Hiel es su pan, y miel es mi comida,

Y espinas son su lecho.

¿Con su inútil virtud qué fruto ha hecho?

Insidiemos su vida.

Á hierro por mis hijos sean taladas
Sus casas y heredades,
Y ellos mi ínclita fama á las edades
Lleven más apartadas.

Que el nombre de los buenos como nube
Se deshace en muriendo;
Sólo el del poderoso va creciendo
Y á las estrellas sube.

Gaiga, caiga en mis redes su simpleza.—
Él habló, yo pasaba;
Mas al tornar, por verle, la cabeza,
Ya no hallé dónde estaba.

Su gloria se deshizo; sus tesoros
Carbones se volvieron;
Sus hijos al abismo descendieron;
Sus risas fueron lloros.

La confusion y el pasmo en su alegría
Los pasos le tornaron,
Y entre los lazos mismos le enredaron
Que al bueno prevenia.

Del injusto opresor esta es la suerte;
No brillará su fuego,
Y andará entre tinieblas, como ciego,
Sin que á salvarse acierte.

La muerte le amenaza, los disgustos
Le esperan en el lecho;
Contino un áspid le devora el pecho;
Contino vive en sustos.

Amanece, y la luz le da temores;
La noche en sombras crece,
Y á solas, del Averno le parece
Sentir ya los horrores.

Dará huyendo del fuego en las espadas;
El Señor le hará guerra,
Y caerán sus maldades á la tierra
Del cielo reveladas.

Porque del bien se apoderó inhumano
Del huérfano y viuda,
Le roerá las entrañas hambre aguda
Y huirá el pan de su mano.

Su edad será marchita como el heno;
Su juventud florida
Caerá cual rosa del granizo herida
Enmedio el valle ameno.

Tal es, gran Dios, del pecador la suerte,
Pero al justo que fia
En tu promesa y por tu ley se guía,
Jamás llega la muerte.

Sus años correrán cual bullicioso
Arroyo en verde prado;
Y cual fresno á sus márgenes plantado
Se extenderá dichoso.

De D. Javier de Búrgos

A LICINIO

TRADUCCION DE LA ODA X
DEL LIBRO II DE LAS POESÍAS DE HORACIO, QUE EMPIEZA
Rectius vives Licini, etc. (1)

Nó, no engolfada vaya
Siempre tu nao enmedio el Ponto undoso,
Ni la insegura playa,
Al sañoso huracan cauto temiendo,
Vayas siempre rayendo,
Si quieres ser, Licinio, venturoso.

El que en su medianía
Preciosa se complace afortunado,
No la miseria impía
Prueba que aflige á la pajiza choza,
Y el sóbrio no se goza
En el potente alcázar envidiado.

Al pino más erguido
Con más frecuencia el Aquilon combate;
La alta torre con ruido
Se desploma mayor: con mayor saña
De gigante montaña
El rayo asolador la cumbre bate.

(1) *Las Poesías de Horacio traducidas en versos castellanos*: Madrid, 1820.

Otra distinta suerte
Teme en el bien; en la desgracia espera
Siempre el ánimo fuerte:
Lanza á la tierra Jove sempiterno
El aterido invierno,
Y torna en pos la dulce primavera.

No si abruma hoy penosa
La adversidad, abrumará mañana;
Su musa silenciosa
Tal vez alienta Apolo con la lira;
No siempre ardiendo en ira
Ajusta al arco la saeta insana.

En desgracia importuna
Firme te muestra, y, si ventura anhelas,
Cuando de la fortuna,
¡Oh Licinio! te sople y del contento
Muy favorable el viento,
Recoge cuerdo las hinchadas velas.

No porque falte ahora
El bien, ha de durar siempre la pena,
Porque Apolo tal hora
Despierta la dormida musa, y suena
Al son de dulce lira;
Tal, duras flechas con el arco tira.

Tú, pues, con pecho fuerte
Haz rostro á la fortuna miserable,
Y en la dichosa suerte,
Cuando soplaré el viento favorable,

Recoge con buen tiento
Las velas llenas de favor, que es viento.

Del Colector de estas composiciones

A MI QUERIDO AMIGO

D. GABRIEL GARCIA TASSARA
EN 1850

¿Por qué á orillas del regio Manzanares
Tu cítara enmudece,
Y el eco de tus férvidos cantares
Callado se adormece?

¿Por qué tu voz, que vigorosa un día
Despertó al sacro Herrera,
Y del Bétis las olas detenía,
No cruza la ancha esfera?

¿Por qué en alas del genio, dón de dónes
Que debiste á natura,
No subes de las célicas regiones
Hasta la inmensa altura?

Suene atrevido tu sublime acento,
Y avívese la llama
De entusiasmo y amor y sentimiento
Que el noble pecho inflama.

Ensaya, amigo, del terrible Dante
El cantar sobrehumano,
Y de Ossian el plectro resonante
Diestra pulse tu mano.

¿No ves alzados junto á horrenda pira
La perfidia y el dolo,
Y á la venganza y la implacable ira
Tronar de polo á polo?

Codicia y ambicion y cruda guerra,
Que abortara el Averno,
Los mónstruos son que inundan á la tierra
De luto sempiterno.

Conjúralos doquier: doquier se agitan
Con sórdido egoismo,
Y á gentes contra gentes precipitan
Al borde del abismo.

Fatídico fulgor lanza su estrella,
Su aliento impura saña;
Y, donde imprimen su ominosa huella,
La sangre el suelo empaña.

Así en reciente conmocion al Sena
Y al Tíber mancillaron,
Y de la Europa, con rencor de hiena,

El seno desgarraron.

Su fatal grito de la tumba oscura

Evocó fieros manes,

Y de preñados bronce con presura

Pavorosos volcanes.

Inflamados aún los horizontes

Se ven, y el valle umbrío

Es triste fosa de tajados montes

Al anárquico brio.

El genio de las artes, sobre escombros,

En vano con lamentos

Busca los que hasta el cielo alzó en sus hombros,

Eternos monumentos.

El alcázar, el templo, el ara santa,

De Dios excelso trono,

Cayeron ¡ay! bajo la inmunda planta

Del sacrilego encono.

De entre el polvo levanta condolida

Minerva sus laureles,

Que al par hollaron en veloz corrida

Infantes y corceles.

De la ignorancia en brazos mostró el crimen,

Cual sierpe, su cabeza,
Y aún lastimadas de su furia gimen
Virtud, gloria y nobleza.

Entre sollozos mil cundió el estrago
Aun á los quietos lares;
De humo y de llamas remolino aciago
Surcó tierras y mares.

Opaca sombra, que siniestra dura
Cual funerario velo,
Del espacio robó la lumbre pura
Al vacilante suelo.

¿Y dó entre nubes de bonanza el faro
Consolador se ostenta?

¿Dónde el puerto feliz que brinde amparo
En tan sin par tormenta?

¿Dó contra el rayo que amenaza al mundo
Habrà firme guarida?

¿Dónde en un cáos tan hórrido y profundo
La senda de la vida?

¿Quién á la opresa humanidad la mano
Tenderá sobre el lecho

De punzantes espinas, en que insano
La arrojó su despecho?

«¡Tan sólo el Cristianismo!» allá en la esfera
Voz prepotente clama;
Y suspenden los astros su carrera,
Y acrecientan su llama.

«¡Tan sólo el Cristianismo!» repitieron
Los orbes conmovidos,
Y de altísimas cítaras se oyeron
Insólitos sonidos.

¡El Cristianismo! En torno de él convoca
¡Oh vate! á las naciones:
Señala en él la inexpugnable roca
Contra viles pasiones.

El himno entónces de la *paz*, que ansías,
Penetre el firmamento,
De Ezequiel renovando y de Isaías
El profético acento.

Y bajará la *paz*, que el hombre espera,
Coronada de soles,
Que inmensos bañen la creacion entera
En nuevos arreboles.

La alma virtud le prestará su escudo
Y sus invictos brazos:
De la discordia hostil el hierro agudo

Presto caerá en pedazos.

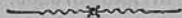
Sentido amor, cual centro donde mane
El eternal reposo,
Á lo que fué con lo presente hermane
En lazo misterioso.

Canta ese lazo fraternal ¡oh amigo!
Y sus preciados bienes;
Que grata Iberia, de tu afan testigo,
Lauros dará á tus sienes:

Y há tiempo que la musa castellana
Por tus cantos suspira,
Y con rosas y mirtos engalana
Tu pindárica lira.

Si seguirte no puedo, de las flores
Que por el Bétis crecen
Juntas recibirás con mis loores
Las que más lo enaltecen:

Y acaso verdes y fragantes hojas
De las que guarda ufano
Para cubrir de Herreras y Ríojas
El plectro soberano.



ODAS FESTIVAS

EROTICAS

De Gaspar Gil Polo

CANCION DE NEREA ⁽¹⁾

En el campo venturoso
Donde con clara corriente
Guadalaviar hermoso,
Dejando el suelo abundoso,
Da tributo al mar potente;
Galatea desdeñosa,
Del dolor que á Lycio daña,
Iba alegre y bulliciosa
Por la ribera arenosa
Que el mar con sus ondas baña.
Entre la arena cogiendo
Conchas y piedras pintadas,

(1) Primera parte de *La Diana enamorada*: cinco libros, que prosiguen los siete de Jorge Monte Mayor: Valencia, 1564.

Muchos cantares diciendo,
Con el son del ronco estruendo
De las ondas alteradas,
Junto al agua se ponía,
Y las ondas aguardaba,
Y en verlas llegar huía;
Pero á veces no podía,
Y el blanco pie se mojaba.

Lycio, al cual en sufrimiento
Amador ninguno iguala,
Suspendió allí su tormento,
Mientras miraba el contento
De su polida zagala.

Mas cotejando su mal
Con el gozo que ella habia,
El fatigado zagal,
Con voz amarga y mortal,
Desta manera decia:

—Ninfa hermosa, no te vea
Jugar con el mar horrendo,
Y aunque más placer te sea,
Huye del mar, Galatea,
Como estás de Lycio huyendo.

Del Bachiller Francisco de la Torre (1)

Sale de la sagrada
Cipro la soberana ninfa Flora,
Vestida y adornada
Del color de la aurora
Con que pinta la tierra, el cielo dora.
De la nevada y llana
Frente del levantado monte arroja
La cabellera cana
Del viejo invierno, y moja
El nuevo fruto en esperanza y hoja.
Deslízase corriendo
Por los hermosos mármoles de Paro,
Las alturas huyendo,
Un arroyuelo claro
De la cuesta beldad, del valle amparo.
Corre bullendo y salta,
Y, codiciosamente procurando
Adelantarse, esmalta
De plata el cristal blando
Con la espuma que cuaja golpéando.
Viste y ensoberbece
Con diferentes hojas la corona

(1) Poesías que publicó D. Francisco de Quevedo Villegas. Edición de Velazquez: Madrid, 1753. (1)

De plantas y florece
Las que raro perdona
Furioso rayo de la ardiente zona.
El regalado aliento
Del bullicioso Céfiro, encerrado
En las hojas, el viento
Enriquece y el prado;
Éste de flor, y aquél de olor amado.
Toda brota y extiende
Ramas, hojas y flor: arde la rosa,
La vid enlaza y prende
Al olmo y la hermosa
Yedra sube tras ella presurosa.
Yo, triste, el cielo quiere
Que yerto invierno ocupe el alma mia,
Y que si rayo viere
De aquella luz del día,
Furioso sea y no como solía.

De D. Estéban Manuel de Villegas

AL CÉFIRO ⁽¹⁾

Dulce vecino de la verde selva,
Huésped eterno del Abril florido,
Vital aliento de la madre Vénus,

(1) Sus *Eróticas*: Nágera, 1617.

Céfiro blando;

Si de mis ansias el amor supiste,
Tú, que las quejas de mi voz llevaste,
Oye, no temas, y á mi ninfa dile,

Dile que muero.

Filis un tiempo mi dolor sabía,
Filis un tiempo mi dolor lloraba,
Quísome un tiempo; mas agora temo,
Temo sus iras.

Así los dioses con amor paterno,
Así los cielos con amor benigno
Nieguen al tiempo, que feliz volares,
Nieve á la tierra.

Jamas el peso de la nube parda,
Cuando amanece en la elevada cumbre,
Toque tus hombros, ni su mal granizo
Hiera tus alas.

ANACREONTICAS

De D. José del Castillo y Ayensa

LA PALOMA ⁽¹⁾

Amable palomilla,
¡Ay! ¡ay! ¿de dónde vuelas?

(1) *Anacreonte, Safo y Tirteo, traducidos del griego, en prosa y verso: Madrid, 1832.*

¿De dónde por los aires
Caminas tan ligera?

¡Qué fragantes aromas
Espiras y goteas!

¿Quién eres, di, quién eres,
Y qué cuidados llevas?

—Mandóme Anacreonte
Que á su Batilo fuera,
Al muchacho tirano
Que á todos hoy sujeta.

Compróme de Dione
Por una cantinela;
Desde entónces le sirvo
En cosas de gran cuenta.

Hora, cual ves, le llevo
Á Batilo estas letras,
Y ha dicho que me haria
Libre cuando volviera.

Mas quedará su esclava,
Aunque me diere suelta;
Que vagar no me place
Por montes y por selvas:

Ni andar de rama en rama
Posándome y hambrienta,
Manteniéndome sólo
De las frutillas secas;

Cuando con pan ahora,
Que en sus manos me muestra

Y yo se lo arretrato,
Mi dueño me alimenta;

Y del vino que él bebe
Me da también que beba;
Y ya que estoy beoda,
Le bailo con mil fiestas:

Y le hago sombra luego
Con mis alitas tiernas;
Y en su lira me pone
Para que en ella duerma....

Todo lo sabes, véte;
Pues más que la corneja,
Con tu pregunta, amigo,
Me has hecho ser parlera.

Del mismo

LA PRIMAVERA

Mira cómo, apareciendo
Alegre la primavera,
Las Gracias rosas producen,
Las ondas el mar serena.

Mira ya nadar el ánsar,
Caminar la grulla lenta,
Y el sol que salió brillante,
Las nubes huyendo prestas.

Luce el trabajo del hombre,

Creciendo la sementera;
Baco racimos corona,
La oliva su esquilmo ostenta:
Y en las nacientes ojillas,
Y en los tallos que las llevan,
Con dulce amor apegado
Florido el fruto se muestra.

Del mismo

DE LA ROSA

Con la primavera,
Que adornan guirnaldas,
Cantemos la rosa,
Cantemos, muchacha.

La rosa, que ofrece
Á dioses el ámbar,
Al hombre delicia
Y ornato á las gracias.

De amor y de flores
La estacion llegada,
Á Vénus recrea
La rosa galana.

Asunto es la rosa
De todo el que canta,
Porque es de las musas
La flor más amada.

Es dulce entre espinas
Probar á cortarla:
Más dulce en las manos
Olerla cortada.

De fiestas, convites
Y báquicas danzas
La luz es la vida,
Las rosas el alma.

¿Sin rosas que hubiera?
¿Rosados no llaman
Los brazos de ninfas,
Los dedos del alba?

Y aquellos que sabios
Pregona la fama,
Al cuerpo de Vénus
Rosado proclaman.

De cualquier dolencia
La rosa nos sana;
Su aroma en la tumba
Nuestros restos guarda.

Al tiempo la rosa
Detiene y contrasta;
Vejez no le quita
De jóven fragancia.

Diréte su origen:
En la espuma blanca
Del mar, cuando Cipria
Nació rociada;

Cuando del cerebro
Júpiter sacaba

La diosa guerrera,
La terrible Palas;

Entonces produjo
La primera planta
Del rosal divino
La tierra emulada.

Y porque naciera
La rosa, derraman
Su néctar los dioses
Y en néctar lo bañan;

Y entre las espinas
Salió con jactancia
La flor de Liceo,
La rosa preciada.

De D. Estéban Manuel de Villegas

Ya de los altos montes
Las encumbradas nieves
Á valles hondos bajan
Desesperadamente.
Ya llegan á ser rios
Las que ántes eran fuentes,
Corridas de ver mares
Los arroyuelos breves.

Ya las campañas secas
Empiezan á ser verdes,
Y porque no beodas,
Aguadas enloquecen.
Ya del Liceo monte
Se escuchan los rabeles,
Al paso de las cabras
Que Títiro defiende.
Pues ea, compañeros,
Vivamos dulcemente,
Que todas son señales
De que el verano viene.
La cantimplora salga,
La cítara se temple,
Y beba el que bailare,
Y baile el que bebiere.

De D. Nicolás Fernandez de Moratin

EL ARROYO

Vagaba por los montes
Un arroyuelo humilde,
Jamás acostumbrado
Á salir de su linde.
Viniéronle deseos
De ver el mar horrible,
Movido de las cosas

Que de él la fama dice;
Y, con ocultos pasos,
Entre espadaña y mimbres
Hizo que por el valle
Sus aguas se deslicen.
Ya que llegó á la orilla,
Que las ondas embisten,
Los peligros le asustan,
Los golfos y las sirtes.
Y cuando ver creía
Palacios de viriles,
Y en trono de corales
Neptuno y Anfititre;
Halló las bramadoras
Tempestades terribles,
Cadáveres y tablas
De naves infelices.
Atrás volver el paso
Quiso, pero lo impiden
Erizados peñascos,
Montes inaccesibles.
Sin amparo en la tierra,
El de los cielos pide;
¿Hubo marinos dioses
Que él no invocase humilde?
Pero, á su ruego sordos,
La súplica no admiten;
Que haber suele ocasiones

En que el llanto no sirve.
Así sucede al hombre
Que su quietud despide,
Y á los vicios se entrega
Que halagüeños le brinden.
Que al verse aprisionado
Entre pasiones viles,
Salir intenta cuando
Salir ya es imposible.

ELEGIAS

De Francisco de Rioja

CANCION

A LAS RUINAS DE ITALICA

Estos, Fabio, ¡ay dolor! que ves ahora
Campos de soledad, mustio collado,
Fueron un tiempo Itálica famosa:
Aquí de Cipion la vencedora
Colonia fué: por tierra derribado
Yace el temido honor de la espantosa
Muralla, y lastimosa
Reliquia es solamente
De su invencible gente.
Sólo quedan memorias funerales
Donde erraron ya sombras de alto ejemplo:
Este llano fué plaza, allí fué templo;
De todo apénas quedan las señales:
Del gimnasio y las termas regaladas
Leves vuelan cenizas desdichadas;
Las torres que desprecio al aire fueron

Á su gran pesadumbre se rindieron.

Este despedazado anfiteatro,
Ímpio honor de los dioses, cuya afrenta
Publica el amarillo jaramago,
Ya reducido á trágico teatro,
¡Oh fabula del tiempo! representa
Cuánta fué su grandeza, y es su estrago.
¿Cómo en el cerco vago
De su desierta arena
El gran pueblo no suena?
¿Dónde, pues fieras hay, está el desnudo
Luchador? ¿Dónde está el atleta fuerte?
Todo desapareció, cambió la suerte
Voces alegres en silencio mudo:
Mas aún el tiempo da en estos despojos
Espectáculos fieros á los ojos,
Y miran tan confuso lo presente,
Que voces de dolor el alma siente.

Aquí nació aquel rayo de la guerra,
Gran padre de la patria, honor de España,
Pío, felice, triunfador Trajano,
Ante quien muda se postró la tierra
Que ve del sol la cuna, y la que baña
El mar, tambien vencido, gaditano.
Aquí de Elio Adriano,
De Teodosio divino,
De Silio peregrino
Rodaron de marfil y oro las cunas.

Aquí ya de laurel, ya de jazmines
Coronados los vieron los jardines
Que ahora son zarzales y lagunas:
La casa para el César fabricada,
¡Ay! yace de lagartos vil morada.
¡Casas, jardines, Césares murieron,
Y aún las piedras quede ellos se escribieron!

Fabio, si tú no lloras, pon atenta
La vista en luengas calles destruidas,
Mira mármoles y arcos destrozados,
Mira estatuas soberbias, que violenta
Némesis derribó, yacer tendidas,
Y ya en alto silencio sepultados
Sus dueños celebrados.

Así á Troya figuro,
Así á su antiguo muro,
Y á tí, Roma, á quien queda el nombre apenas
¡Oh patria de los dioses y los reyes!
Y á tí á quien no valieron justas leyes,
Fábrica de Minerva, sábia Aténas;
Emulacion ayer de las edades,
Hoy cenizas, hoy vastas soledades:
Que no respetó el hado, no la muerte,
¡Ay! ni por sábia á tí, ni á tí por fuerte.

Mas ¿para qué la mente se derrama
En buscar al dolor nuevo argumento?
Basta ejemplo menor, basta el presente;
Que aún se ve el humo aquí, se ve la llama,

Áun se oyen llantos hoy, hoy ronco acento.
Tal genio, ó religion, fuerza la mente
De la vecina gente,
Que refiere admirada
Que en la noche callada
Una voz triste se oye que, llorando,
Cayó Itálica, dice; y lastimosa,
Eco reclama *Itálica* en la hojosa
Selva que se le opone resonando,
Itálica, y el claro nombre oído
De *Itálica*, renuevan el gemido
Mil sombras nobles de su gran rüina:
Tanto áun la plebe á sentimiento inclina.

Esta corta piedad que, agradecido
Huésped, á tus sagrados manes debo,
Te doy y consagro, ¡oh *Itálica* famosa!
Tú, si el lloroso don han admitido
Las ingratas cenizas de que llevo
Dulce noticia asaz, si lastimosa,
Permíteme piadosa,
Usura á tierno llanto,
Que vea el cuerpo santo
De Geroncio, tu mártir y prelado:
Muestra de su sepulcro algunas señas,
Y cavaré con lágrimas las peñas
Que ocultan su sarcófago sagrado.
Pero mal pido el único consuelo
De todo el bien que airado quitó el cielo:

Goza en las tuyas sus reliquias bellas
Para envidia del mundo y las estrellas.

De D. Francisco Nuñez y Díaz

LAS RUINAS DE ITALICA⁽¹⁾

Campos desiertos, pueblo inmenso un día,
Decid á Tirsi en esos restos vagos
De todo lo mortal la suerte impía.

¡Ay ilustres estragos!

¿Cómo desmoronadas

Yacen columnas, lares, templo augusto,

Dioses y aras sagradas

Al corvo arado del gañan robusto?

¡Ay, cuál vacila y tiembla al paso rudo

Del buey, cuál se desploma al leve viento

La muralla que el choque hender no pudo

Del ariete violento!

Eco, tú en las arenas

De ese circo aplaudiste sus victorias;

Hora, triste resuenas:

«Yace Itálica;» aquí yacen sus glorias.

¡Padre Bétis! De fieras es guarida

La patria de los dioses soberana,

(1) *Bosquejo de Itálica, ó apuntes para su historia*, por D. Justino Matute y Gaviria: Sevilla, 1827.

Por todo el orbe inmenso esclarecida.
Cuando tú á la romana
Púrpura en alta quilla,
Siguiéndole el gran pueblo, al César viste
Partir desde tu orilla,
¡Cuán vano el ancho seno entumeciste!

¡Tristes memorias, pálidas señales
Que el tiempo adrede nos dejó celoso
De su poder! ¿Á dó tus penetrales,
Trajano glorioso,
Fueron? ¿Dó el Capitolio?
¿Dó las carrozas y el clamor lozano,
Que lleva al sacro solio
Por luenga calle al Cónsul soberano?

Ya todo se rindió, todo, al destino
Mortal: en vano sombras mil, cuidosas
Aún de renombre eterno, al peregrino
Las huellas cautelosas
Tuercen; que la vil suerte
Este postrer honor les niega ávara,
Y oscura niebla vierte
En los rostros que un tiempo en luz bañara.

No ya retumban por el vago muro
De inmenso pueblo gritos fervorosos,
Al mirar estrecharse al pecho duro
Los atletas briosos:

Tan sólo el eco suave (1)
De la flauta, que llora en las vecinas

Selvas el caso grave
De Itálica, resuena en las ruínas;
Ó si Diana cubre la llanura
De verdes lumbres, ya el luciente giro
Terminando del bosque en la espesura,
Escúchase el suspiro
Del pastor, que á la aurora,
El pecho de mil sombras asaltado,
En su recinto implora,
En pobre aprisco de la noche instado.

De sombras mil que en las ruínas crecen
De Itálica, tristísimos lamentos
Óyense, que de ejércitos parecen,
Y relinchar violentos,
Y correr los caballos,
Y del fuego que abrasa un eminente
Alcázar, los estallos;
Tal es la fama en la vecina gente.

¡Oh ley en lo mortal nunca violada!
Tirsi, tú que á vivir eternamente
Aspiras, por virtud de alto alcanzada,
Orlar debes tu frente;
Que alma virtud tan sola
De lo caduco y grave y corrompido
Al varon acrisola,
Y lo hace claro y libre del olvido.

Así del gran Fernando la memoria
Del tiempo superó la inmensa cumbre,

Del hispalense muro la victoria
Le baña en clara lumbre;
Y ensalza á Hermenegildo
El mismo alcázar que le vió postrado,
Y el lauro á Leovigildo
De eterna infamia es y sombra orlado.

De D. Juan Nicasio Gallego

EL DOS DE MAYO

*Animus meminisse horret, luctuque refugit.
VIRG. EN.*

NOCHE, lóbrega noche, eterno asilo
Del miserable que esquivando el sueño
Profundas penas en silencio gime,
No desdeñes mi voz; letal beleño
Presta á mis sienes, y en tu horror sublime
Empapada la ardiente fantasía,
Da á mi pincel fatídicos colores
Con que el TREMENDO DIA
Trace al fulgor de vengadora tea,
Y el odio irrite de la patria mia,
Y escándalo y terror al orbe sea.
¡Dia de execración! La destructora
Mano del tiempo le arrojó al Averno;
Mas ¿quién el sempiterno
Clamor con que los ecos importuna
La madre España en enlutado arreo

Podrá atajar? Junto al sepulcro frio,
Al pálido lucir de opaca luna,
Entre cipreses fúnebres la veo;
Trémula, yerta y desceñido el manto,
Los ojos moribundos
Al cielo vuelve, que le oculta el llanto;
Roto y sin brillo el cetro de dos mundos
Yace entre el polvo, y el león guerrero
Lanza á sus pies rugido lastimero.

¡Ay, que cual débil planta
Que agosta en su furor horrible viento,
De víctimas sin cuento
Lloró la destruccion Mántua afligida!
Yo ví, yo ví su juventud florida
Correr inerte al huésped ominoso;
Mas ¿qué su generoso
Esfuerzo pudo? El pérfido caudillo
En quien su honor y su defensa fia
La condenó al cuchillo.
¿Quién ¡ay! la alevosía,
La horrible asolacion habrá que cuente,
Que, hollando de amistad los santos fueros,
Hizo furioso en la indefensa gente
Ese tropel de tigres carniceros?
Por las henchidas calles
Gritando se despeña
La infame turba que abrigó en su seno.
Rueda allá rechinando la cureña,

Acá retumba el espantoso trueno,
Allí el jóven lozano,
El mendigo infeliz, el venerable
Sacerdote pacífico, el anciano
Que con su arada faz respeto imprime,
Juntos amarra su dogal tirano.
En balde, en balde gime,
De los duros satélites en torno,
La triste madre, la afligida esposa
Con doliente clamor: la pavorosa
Fatal descarga suena,
Que á luto y llanto eterno las condena.

¡Cuánta escena de muerte! ¡Cuánto estrago!
¡Cuántos ayes doquier! Despavorido
Mirad ese infelice
Quejarse al adalid empedernido
De otra cuadrilla atroz. — ¡Ah! ¿que te hice? —
Exclama el triste en lágrimas deshecho.
— Mi pan y mi mansion partí contigo,
Te abrí mis brazos, te cedí mi lecho,
Templé tu sed, y me llamé tu amigo:
¿Y hora pagar podrás nuestro hospedaje
Sincero, franco, sin doblez ni engaño,
Con dura muerte y con indigno ultraje? —
¡Perdido suplicar! ¡Inútil ruego!
El mónstruo infame á sus ministros mira,
Y, con tremenda voz, gritando ¡fuego!
Tinto en su sangre el desgraciado espira.

Y en tanto ¿dó se esconden,
Dó están, ¡oh cara Patria! tus soldados,
Que á tu clamor de muerte no responden?
Presos, encarcelados
Por jefes sin honor, que haciendo alarde
De su perfidia y dolo
Á merced de los vándalos te dejan;
Como entre hierros el leon, forcejan
Con inútil afan. Vosotros sólo,
Fuerte Daoiz, intrépido Velarde,
Que osando resistir al gran torrente
Dar supísteis en flor la dulce vida
Con firme pecho y con serena frente;
Si de mi libre musa
Jamás el eco adormeció á tiranos,
Ni vil lisonja emponzoñó su aliento,
Allá del alto asiento
Á que la accion magnánima os eleva,
El himno oid que á vuestro nombre entona,
Mientras la fama alígera le lleva
Del mar de hielo á la abrasada zona.
Mas ¡ay! que en tanto sus funestas alas
Por la opresa metrópoli tendiendo,
La yerma asolacion sus plazas cubre,
Y al áspero silbar de ardientes balas,
Y al ronco son de los preñados bronce
Nuevo fragor y estrépito sucede.
¿Oís cómo rompiendo

De moradores tímidos las puertas,
Caen estallando de los fuertes gonces?
¡Con qué espantoso estruendo
Los dueños buscan que medrosos huyen!
Cuanto encuentran destruyen,
Bramando, los atroces foragidos,
Que el robo infame y la matanza ciegan.
¿No veis cuál se despliegan
Penetrando en los hondos aposentos
De sangre, y oro, y lágrimas sedientos?

Rompen, talan, destrozan
Cuanto se ofrece á su sangrienta espada.
Aquí matando al dueño se alborozan,
Hieren allí su esposa acongojada:
La familia asolada
Yace espirando, y con feroz sonrisa
Sorben voraces el fatal tesoro.
Suelta, á otro lado, la madeja de oro,
Mustio el dulce carmin de su mejilla
Y en su frente marchita la azucena,
Con voz turbada y anhelante lloro,
De su verdugo ante los pies se humilla
Tímida vírgen, de amargura llena;
Mas con furor de hiena,
Alzando el corvo alfanje damasquino,
Hiende su cuello el bárbaro asesino.

¡Horrible atrocidad!... ¡Treguas, oh Musa,
Que ya la voz rehusa,

Embargada en suspiros, mi garganta!
Y en ignominia tanta
¿Será que rinda el español bizarro
La indómita cerviz á la cadena?
Nó, que ya en torno suena
De Pálas fiera el sanguinoso carro,
Y el látigo estallante
Los caballos flamígeros hostiga.
Ya el duro peto y el arnés brillante
Visten los fuertes hijos de Pelayo.
Fuego arrojó su ruginoso acero:
¡Venganza y guerra! resonó en su tumba;
¡Venganza y guerra! repitió Moncayo;
Y al grito heroico que en los aires zumba
¡Venganza y guerra! claman Turia y Duero.
Guadalquivir guerrero
Alza al bélico son la régia frente,
Y del Patron valiente
Blandiendo altivo la nudosa lanza,
Corre gritando al mar ¡guerra y venganza!
¡Oh sombras infelices
De los que aleve y bárbara cuchilla
Robó á los dulces lares!
¡Sombras inultas que en fugaz gemido
Cruzaís los anchos campos de Castilla!
La heroica España, en tanto que al bandido
Que á fuego y sangre, de insolencia ciego,
Brindó felicidad, á sangre y fuego

Le retribuye el don, sabrá piadosa
Daros solemne y noble monumento.
Allí en padron crüento
De oprobio y mengua, que perpétuo dure,
La vil traicion del déspota se lea,
Y altar eterno sea
Donde todo español al mónstruo jure
Rencor de muerte que en sus venas cunda
Y á cien generaciones se difunda.

HIMNOS

De D. Manuel María de Arjona

A JESUS PUESTO EN EL SEPULCRO

I

¡Oh serafines!
¡Oh coro excelso!
¡Cantad victorias
Á Jesus muerto!
Goce mi amado
Triunfos eternos;
Pues destruido
Deja el Averno.
De amor herido
Yace mi dueño;
Y amor espira
Cadáver yerto.

II

Venciste ¡oh muerte!
Por tu desgracia,

Porque ese golpe
Rompió tu espada.

Murió el pecado,
Pues por tu causa
Fué á la inocencia
La muerte dada.

Y murió, ¡oh Padre!
Ya tu venganza;
Pues en el Justo
Quedó saciada.

III

Junto á tu huesa,
Redentor mio,
Súbite nacen
Rosas y lirios.

¡Oh, qué halagüeño,
Oh, qué benigno
Tornas al Padre,
De gloria henchido!

Y en el sepulcro
Pálido y frio,
Eres la vida
Del Cielo mismo.

De D. Francisco Martinez de la Rosa (1).

CORO.

¡Al Dios de Sabaoth honor y gloria!
Cantemos su poder y su bondad:
Al débil da la palma y la victoria;
Confunde la altivez y la maldad:

Tú diste luz al vasto firmamento,
Su aliento al mundo, su lindero al mar,
Su trono al sol, sus alas diste al viento;
Los cielos ves bajo tus pies rodar.

CORO.

¡Al Dios de Sabaoth honor y gloria! etc.

Tu diestra vierte el aura y el rocío;
Conduce el trueno, el rayo en tempestad:
Da pompa á Mayo, y mieses al Estío,
Riqueza á Octubre, á Enero majestad.

CORO.

¡Al Dios de Sabaoth honor y gloria! etc.

Sonó tu acento, y descubrióse el mundo;

(1) Sus poesías: Madrid, 1833.

Tus obras llenas de tu gloria están:

La tierra, el aire, el fuego, el mar profundo
Augusta muestra de tu ciencia dan.

CORO.

¡Al Dios de Sabaoth honor y gloria! etc.

Cual fuerte cedro encúmbrese el potente;
Su altiva cima al cielo toca ya:

Igual á Tí proclámase insolente;
Moviste el labio.... ¿en dónde, en dónde está?

CORO.

¡Al Dios de Sabaoth honor y gloria! etc.

Estalla y cruje un polo y otro polo
Al dar el Ángel la postrer señal:

Quedó el sepulcro despoblado y solo;
Revivió el polvo y se tornó inmortal.

CORO.

¡Al Dios de Sabaoth honor y gloria! etc.

¡Jehová!.. ¡Jehová!.. Los cielos se estremecen;
Cercado está de fuego y majestad:

Mil siglos, mil, á un soplo desaparecen....
El tiempo fué: nació la eternidad.

CORO.

¡Al Dios de Sabaoth honor y gloria!
Cantemos su poder y su bondad:
Al débil da la palma y la victoria;
Confunde la altivez y la maldad.

Del Colector de estas composiciones

A NUESTRO PADRE JESUS NAZARENO

QUE CON EL TÍTULO DEL GRAN PODER SE VENERA EN LA PARROQUIA
DE SAN LORENZO DE SEVILLA (1)

*¿Quién dirá los portentos,
Señor, de tu grandeza,
Dónde glorioso empieza,
Dó acaba tu poder?*

I

Los ángeles tu hechura
Para adorarte fueron,
Y en tu rostro encendieron

(1) Fué escrito en 1854, por encargo de la Hermandad, para ponerse en música por el distinguido y acreditado maestro Eslava. Aquella devotísima Imágen, según el parecer de los inteligentes, es una de las obras más acabadas del inmortal escultor Juan Martinez Montañés.

De su amor el volcan.

¡Cuán férvidos loores

En tu alabanza entonan!

¡Cuán ardientes pregonan

Por dó tus ecos van!

¿Quién etc.

II

Produjo tu palabra

Estrellas á millares,

Las tierras y los mares

En pasmosa extension.

Hablaste, y el sol gira

En el inmenso espacio;

Cual fúlgido topacio

Corona la creacion.

¿Quién etc.

III

Alzóse de la nada

El hombre por tu acento,

Su vida fué tu aliento

Y su gracia tu luz.

Si la execrable culpa

Manchó su pura frente,

Amoroso y clemente

Le salvaste en la Cruz.

¿Quién etc.

IV

Sobre tus hombros ántes,
Mansísimo Cordero,
Pesa el rudo Madero,
Altar de tu oblacion.

Te befa así el impío,
Y séllase tu labio:
Responden al agravio
Miradas de perdon.

¿Quién etc.

V

Taladra tu cabeza
Vil corona de espinas,
Y al Gólgota caminas
Con vacilante pie.

Sangre de mil heridas
Anubla tu faz bella,
Sangre imprime tu huella
Que el deicida no ve.

¿Quién etc.

VI

Cien veces te contemplo
Sobre peñas caído,
De nuevo dolorido,
¡Oh Santo de Israël!

Al fin sobre el Calvario
Tu majestad se ostenta,
Y de expiacion crüenta
Apuras ¡ay! la hiel.

¿Quién etc.

VII

El último suspiro,
Que allí exhalaras tierno,
Satisfizo al Eterno
Y su rayo apagó.

Tu muerte fué victoria
Contra Satán impío,
Que al mundo á su albedrío
Gozoso encadenó.

¿Quién etc.

VIII

Recobrada su herencia
Por Tí miran tus hijos,
Y, en Tí los ojos fijos,
Te adoran Salvador.

Y así tambien te aclaman
Los mundos prosternados,
De tu gloria asombrados
Y llenos de tu amor.

¿Quién etc.

Del mismo

PARA CANTARSE, CON MÚSICA DEL MAESTRO ESLAVA, EN EL QUI-
NARIO QUE AL SANTÍSIMO CRISTO DE LA CONVERSION DEL
BUEN LADRON Y NUESTRA SEÑORA DE MONSERRATE CON-
SAGRA SU REAL É ILUSTRE COFRADÍA DE NAZARENOS
DE SEVILLA.

*Tu mirada, Señor, que penetra
Tierra y cielo, en abismos profundos,
Que da luz y da vida á mil mundos,
Del buen Dimas mudó el corazon.*

Él sumiso la voz te dirige
Desde el tosco madero en que alienta,
Y en amargos suspiros ostenta
El que abriga, punzante dolor.

Tú, que escuchas benigno y ensalzas
Del contrito el vehemente gemido,
Por sus fervidas preces movido
Le otorgaste tu gracia y amor.

Tu mirada, Señor, que penetra etc.

De la Cruz salvadora pendiente,
Aquejado de intensos dolores,
Circüido de sombras y horrores
Que atrajera la culpa crüel;

No desoyes á Dimas, que anhela
Más allá del sepulcro otra suerte,
Y le ciñes propicio en su muerte

Con el lauro del justo la sien.

Tu mirada, Señor, que penetra etc.

«Hoy, le dices, conmigo dichoso

Los fulgores verás de mi gloria;

Hoy los himnos oirás de victoria,

Que en sus atrios entona Sion.»

Las opacas tinieblas rasgando,

Baja súbito plácida lumbre,

Que del Gólgota envuelve la cumbre

Á los ecos del alto perdon.

Tu mirada, Señor, que penetra etc.

¿Quién, Señor, con debidos loores

Cantará tus piedades sin cuento,

De tu amor inefable el portento,

Al morir por el hombre en la Cruz?

Del buen Dimas el labio te exalta,

Todo el orbe te adora y bendice,

Y á los siglos futuros predice

Alma paz, sempiterna salud.

Tu mirada, Señor, que penetra etc.

No rechaces, Señor, nuestros votos,

Á tu grey cual á Dimas perdona;

Que tu sangre vertida la abona,

Y en Ti busca su centro y su fin.

Á torrentes descendan tus dones,

Tu clemencia cual blando rocío,
Desde el sólio do hollaste al impío
Que rebelde se alzó contra Tí.

Tu mirada, Señor, que penetra etc.

Y Tú, Madre feliz, que tus ruegos
Á los ayes de Dimas uniste,
Y con él á tu Amado pediste
El que ansiara reposo eternal;
Hoy acoge la súplica ardiente
Que tu pueblo postrado te envia,
Y consigue en merced ¡oh María!
Que no pierda el Eden celestial.

Tu mirada, Señor, que penetra etc.

Del mismo

Á MARÍA SANTÍSIMA DEL ROSARIO

EN LOS MISTERIOS GOZOSOS Y DOLOROSOS DE ÉSTE

PARA SU NOVENA

EN LA IGLESIA PARROQUIAL DE STA. CATALINA, DE SEVILLA,

EN 1876, POR ENCARGO DE AQUELLA HERMANDAD.

*Vuestro Rosario, Señora,
Con vivo amor ensalcemos;
Que en sus Misterios tenemos
Vuestra excelencia sin fin.*

El que en los mundos no cabe,
Que levantó de la nada,
Aquí tuvo por morada
Vuestro seno virginal.

En él miróse encarnado
Con su infinita grandeza,
De vuestra intacta pureza
Don de dones sin igual.

Vuestro Rosario, Señora, etc.

Para redimir al hombre,
Humanado el Verbo Eterno,
De vuestro claustro materno,
Inmenso en gracias, nació.

Ante Él huyeron las sombras
De la fiera culpa insana,
Como al sol de la mañana
Las que la noche tendió.

Vuestro Rosario, Señora, etc.

Por vuestro Rosario santo
Nos dirigimos al templo,
Do encontrásteis dando ejemplo
Al que anhelásteis hallar.

Ante su infinita ciencia
Allí la humana se humilla,
Como pobre fuentecilla
Ante el insondable mar.

Vuestro Rosario, Señora, etc.

Al Huerto de las Olivas
Traspórtase nuestra mente,
Y en oracion reverente
Postrado ve al Redentor,
De sangre y sudor cubierto,
En congoja sobrehumana,
Al presentir ya cercana
Su aterradora pasion.

Vuestro Rosario, Señora, etc.

De un Apóstol la perfidia,
Su prision entre sayones,
Los desprecios y baldones
Sentimos de plebe infiel:
Y que prisásteis, Señora,
La calle de la Amargura
Al par suyo, con ternura,
Y que caísteis con Él.

Vuestro Rosario, Señora, etc.

Descubrimos el Calvario
Velado en oscura niebla,
Y que de ingratos se puebla,
De tigres manada vil;
Mientras crüeles verdugos
Enclavan en un madero
Al Ungido, al fiel Cordero
Que va inocente á morir.

Vuestro Rosario, Señora, etc.

Con Vos ¡ay! nos aterramos
Cuando en el postrer momento
Exhálase aquel aliento
Que diera á los orbes sér.

Veneramos de rodillas
El crüento sacrificio,
Y á Vos ante aquel suplicio
Bebiendo toda su hiel.

Vuestro Rosario, Señora, etc.

Cuando la fúnebre losa
Cubre ya su Cuerpo Santo,
Con el vuestro nuestro llanto
Mézclase en fiero dolor;

Si en soledad pavorosa
Vuestro corazon se oprime
Como tórtola que gime,
En ella estamos con Vos.

Vuestro Rosario, Señora, etc.

Mas ¡oh! de vuestro semblante,
Que es de la hermosura el cielo,
De letal tristeza el velo
Con gozo vemos caer.

Ya resucita glorioso,
Entre radiantes fulgores,
El que entre nieblas y horrores
Postró al sañudo Luzbel.

Vuestro Rosario, Señora, etc.

Cruzando inmensos espacios,
Vémosle subir al Padre,
Y á Vos, como tierna Madre,
Seguirle en mares de luz.

Ya en el Empíreo sentado,
En el trono de los tronos,
Escucha fêrvidos tonos
Del arcángel y el querub.

Vuestro Rosario, Señora. etc.

Luégo el Espíritu Santo
Baja entre níveos albores,
Y, con místicós ardores,
Abrasa el mundo en amor.

Huyó á sus hondas cavernas
La gentil filosofía:
Todo respira alegría
De la Cruz bajo el pendon.

Vuestro Rosario, Señora, etc.

Á tan sublimes regiones
Vuestro Rosario nos lleva,
Nos conforta y nos eleva
Sobre el aura mundanal.

Del pecado en los embates
Es nuestro escudo y egida;
En la muerte nuestra vida,
Prez de ventura eternal.

Vuestro Rosario, Señora, etc.

De D. Juan Bautista de Arriaza (1)

CORO.

¡Día terrible, lleno de gloria,
Lleno de sangre, lleno de horror;
Nunca te ocultes á la memoria
De los que tengan patria y honor!

Este es el día que con voz tirana
Ya sois esclavos, la ambicion gritó;
Y el noble pueblo que lo oyó, indignado,
Muertos, sí, dijo, pero esclavos nó.

El hueco bronce, asolador del mundo,
Al vil decreto se escuchó tronar:

Mas el puñal, que á los tiranos turba,
Aun más tremendo comenzó á brillar.

• ¡Ay, cómo viste tus alegres calles,
Tus anchas plazas, infeliz Madrid;
En fuego y humo parecer volcanes,
Y hacerse campos de sangrienta lid!

La lealtad y la perfidia armada,
Se vió aquel día con furor luchar;
Volviendo el pueblo generosa guerra
Por la que aleve le asaltó en su hogar.

¿Y á quién afrentas proponeis, tiranos?
¿Á quién al miedo imagináis rendir?

(1) *Poesías Patrióticas*: Madrid, 1815.

¿Al fiel DAOIZ, al leal VELARDE,
Que nunca saben sin honor vivir?

El mundo aplaude su respuesta hermosa:
Tender el brazo al tronador metal,
Morir hollando sus contrarios muertos,
Y ser de gloria á su nacion señal.

Temblando vimos al frances impío,
Que en cien batallas no turbó la faz,
De tanto jóven, que, sin armas, fiero,
Entre las filas se le arroja audaz.

Víctimas buscan sus airadas manos,
Mas el error les arrancó el puñal;
Y ¡ay! que si el dia fué funesto y duro,
Aun más la noche se enlutó fatal.

¡Noche terrible al angustiado padre
Buscando el hijo que en su hogar faltó!
¡Noche crüel para la tierna esposa,
Que yermo el lecho de su amor se halló!

¡Noche fatal, en que preguntan todos,
Y á todos llanto por respuesta dan!
Noche en que truena de la Parca el fallo,
Y ¡ay! dicen todos, *¡quiénes morirán!*

Sensibles hijas de la hermosa Iberia,
Pues sois modelos de filial piedad,
Los ojos, llenos de ternura y gracia,
Volved en llanto á la infeliz ciudad:

Ved á la muerte nuestros caros hijos
Entre verdugos el traidor llevar;

Y el odio preste á vuestros ojos rayos,
Si de dolor ya no podeis llorar.

Esos que veis, que maniatados llevan
Al bello Prado, que el placer formó,
Son los primeros corazones grandes
En que su fuego libertad prendió.

Vedlos cuán firmes á la muerte marchan,
Y el noble ejemplo de morir nos dan;
Sus cuerpos yacen en sangrienta pira,
Sus almas libres al Empíreo van.

Por mil heridas sus abiertos pechos,
Oid cuál gritan con horrenda voz:
«Venganza, hermanos; y la madre España
Nunca sea presa del frances feroz.»

Entre las sombras de tan triste noche
Este gemido se escuchó vagar:
«Gozad en paz ¡oh del suplicio gloria!
Que aún brazos quedan que os sabrán vengar»

CORO.

¡Noche terrible, llena de gloria,
Llena de sangre, llena de horror;
Nunca te ocultes á la memoria
De los que tengan patria y honor!

De D. José Maria Heredia.

AL SOL

ESCRITO EN EL OCEANO

En los yermos del mar, donde habitas,
Alza ¡oh Musa! tu voz elocuente:
Lo infinito circunda tu frente,
Lo infinito sostiene tus pies.
Vén: al bronco rugir de las ondas
Une acento tan fiero y sublime,
Que mi pecho entibiado reanime,
Y mi frente ilumine otra vez.

Las estrellas en torno se apagan,
Se colora de rosa el Oriente,
Y la sombra se acoge á Occidente
Y á las nubes lejanas del Sur:

Y del Este en el vago horizonte,
Que confuso mostrábase y denso,
Se alza pórtico espléndido, inmenso,
De oro, púrpura, fuego y azul.

¡Vedle ya!... Cual gigante imperioso
Alza el SOL su cabeza encendida....
¡Salve, padre de luz y de vida,
Centro eterno de fuerza y calor!

¡Cómo lucen las olas serenas
De tu ardiente fulgor inundadas!
¡Cuál sonriendo las velas doradas
Tu venida saludan, oh SOL!

De la vida eres padre: tu fuego
Poderoso renueva este mundo:
Aun del mar el abismo profundo
Mueve, agita, serena tu ardor.

Tuyas son las llanuras: tu fuego
De verdura las viste y de flores,
Y sus brisas y blandos olores
Feudo son de tu noble poder.

Aun el mar te obedece: sus campos
Abandona huracan inclemente,
Cuando en ellos reluce tu frente
Y la calma se mira volver.

Tuyas son las montañas altivas
Que saludan tu brillo primero,
Y en la tarde tu rayo postrero
Las corona de bello fulgor;

Tuyas son las cavernas profundas,
De la tierra insondable tesoro,
Y en su seno el diamante y el oro
Reconcentran tu plácido ardor.

Áun la mente obedece tu imperio,
Y al poeta tus rayos animan;
Su entusiasmo celeste subliman,
Y le ciñen eterno laurel.

Cuando el éter dominas y al mundo
Con calor vivificas intenso,
Que á mi seno descienes yo pienso
Y alto númen despiertas en él.

¡SOL! Mis votos humildes y puros
De tu luz en las alas envia
Al Autor de tu vida y la mia,
El SEÑOR de los cielos y el mar.

Alma eterna, doquiera respira,
Y velado en tu fuego le adoro:
Si yo mismo ¡mezquino! me ignoro,
¿Cómo puedo su esencia explicar?

Á su inmensa grandeza me humillo:
Sé que vive, que reina y me ama,
Y su aliento divino me inflama
De justicia y virtud en amor.

.



SONETOS

De Fernando de Herrera

A LA VICTORIA DE LEPANTO

Hondo Ponto, que bramas atronado
Con tumulto y terror, del turbio seno
Saca el rostro, de torpe miedo lleno,
Mira tu campo arder ensangrentado:

Y junto en este cerco y encontrado
Todo el cristiano esfuerzo y sarraceno,
Y cubierto de humo y fuego y trueno,
Huir temblando al ímpio quebrantado.

Con profundo murmurio la victoria
Mayor celebra, que jamás vió el cielo,
Y más dudosa y singular hazaña;

Y dí, que sólo mereció la gloria,
Que tanto nombre da á tu sacro suelo,
El jóven de Austria y el valor de España.

De D. Juan de Arguijo

AL GUADALQUIVIR

Tú á quien ofrece el apartado polo,
Hasta donde tu nombre se dilata,
Preciosos dones de luciente plata,
Que envidia el rico Tajo y el Pactolo;

Para cuya corona, como á solo
Rey de los rios, entreteje y ata
Palas su oliva con la rama ingrata,
Que contempla en tus márgenes Apolo;

Claro Guadalquivir, si impetüoso
Con crespas ondas y mayor corriente
Cubrieres nuestros campos mal seguros,

De la mejor ciudad, por quien famoso
Alzas igual al mar la altiva frente,
Respetas humilde los antiguos muros.

De Frey Lope Félix de Vega Carpio

LA VERDAD ⁽¹⁾

Hija del tiempo que en el siglo de oro
Viviste hermosa y cándida en la tierra,
De donde la mentira te destierra
En esta fiera edad de hierro y lloro:

Santa verdad, dignísimo decoro
Del mismo cielo, que tu albor encierra,
Paz de nuestra mortal perpétua guerra
Y de los hombres el mayor tesoro.

Casta y hermosa virgen, que no pudo
Vencer codicia, fuerza ni mudanza,
De un sol eterno lumbré peregrina:

Vida de la opinion, lengua del mundo;
¿Qué podré yo decir en tu alabanza,
Si eres el mismo Dios, verdad divina?

(1) En sus rimas, soneto 159.

De D. Francisco de Quevedo Villegas

CADUCIDAD DE LAS COSAS HUMANAS ⁽¹⁾

Miré los muros de la patria mia,
Si un tiempo fuertes, ya desmoronados,
De la carrera de la edad cansados,
Por quien caduca ya su valentía.

Salíme al campo, ví que el sol hebía
Los arroyos del hielo desatados;
Y del monte quejosos los ganados,
Que con sombras hurtó la luz del día.

Entré en mi casa: ví que amancillada
De anciana habitacion era despojos,
Mi báculo más corto, y ménos fuerte.

Vencida de la edad sentí mi espada,
Y no hallé cosa en que poner los ojos
Que no fuese recuerdo de la muerte.

(1) Sus poesías: Bruselas, 1670.

De Lupercio Leonardo de Argensola

Imágen espantosa de la muerte,
Sueño crüel, no turbes más mi pecho,
Mostrándome cortado el nudo estrecho,
Consuelo sólo de mi adversa suerte.

Busca de algun tirano el muro fuerte,
De jaspe las paredes, de oro el techo;
Ó al rico avaro en el angosto lecho
Haz que temblando con sudor despierte.

El uno vea el popular tumulto
Romper con furia las herradas puertas,
Ó al sobornado siervo el hierro oculto.

El otro sus riquezas descubiertas,
Con llave falsa ó con violento insulto;
Y déjale al amor sus glorias ciertas.

De Bartolomé Leonardo de Argensola

INMORTALIDAD DEL ALMA

Dime, Padre comun, pues eres justo,
¿Por qué ha de permitir tu providencia
Que, arrastrando prisiones la inocencia,
Suba la fraude á tribunal augusto?

¿Quién da fuerzas al brazo que, robusto,
Hace á tus leyes firme resistencia;
Y que el celo, que más las reverencia,
Gima á los pies del vencedor injusto?

Vemos que vibran victoriosas palmas
Manos inícuas; la virtud gimiendo
Del triunfo del injusto regocijo.

Esto decia yo, cuando, riendo,
Celestial ninfa apareció y me dijo:
«¡Ciego! ¿es la tierra el centro de las almas?»

De Francisco de Rioja

A UNA VID

Sube, frondosa vid, y en extendido
Ramo corona la desnuda frente
De este infelice pobo (1), que al corriente
Cristal yace, de honor destituido.

Sube, así no amancille el aterido
Invierno en duro yelo tu excelente
Cima, ni Febo cuando más ardiente
Muestra á tu gloria el rayo embravecido.

Que pues cuando en su lustre florecia,
Te dió el áspero tronco, y dilatado
Seno, donde luciese tu ufanía;

Es razon, sacra vid, que el despojado
Leño verde y de fresca lozanía
Ornes agora en su funesto estado.

(1) Álamo blanco.

De D. Luis de Góngora y Argote

AL SOL ⁽¹⁾

Raya, dorado sol, orna y colora
Del alto monte la lozana cumbre;
Sigue con agradable mansedumbre
El rojo paso de la blanca aurora;

Suelta las riendas á Favonio y Flora,
Y usando, al esparcir tu nueva lumbre,
Tu generoso oficio y real costumbre,
El mar argenta y las campañas dora;

Para que desta vega el campo raso
Borde, saliendo, Flérída de flores;
Mas si no hubiere de salir acaso,

Ni el monte rayes, ornes ni colores,
Ni sigas de la aurora el rojo paso,
Ni el mar argentes, ni los campos dores.

(1) Todas sus obras poéticas, recogidas por don Gonzalo de Hozes y Córdoba: Madrid, 1654.

**Del Padre Pedro de Quirós, de los Clérigos
Menores de Sevilla.**

A ITALICA ⁽¹⁾

Itálica, ¿dó estás? tu lozanía
Rendida yace al golpe de los años.
¿Quién á la luz que dan tus desengaños
En la sombra veloz del tiempo fia?

Cedió tu pompa á la fatal porfia
De tirana ambicion de los extraños;
Mas hizote el ejemplo de tus daños
Libro de sabios, de ignorantes guia.

Mal dije: no humilló tus torres claras
Tiempo, ni emulacion con manos fieras,
Que, á resistirte, de los dos triunfaras.

Tu morir fué deber, que si hoy vivieras,
Ni á tus hijos más lauros les hallaras,
Ni del mundo en el ámbito cupieras.

(1) *Poesías divinas y humanas*: Sevilla, 1656.—
M. S. de la Biblioteca Colombina.—B. 4.^a—448.—29.

De D. Leandro Fernandez de Moratin

LA NOCHE DE MONTIEL⁽¹⁾

¿Adónde, adónde está, dice el Infante,
Ese feroz tirano de Castilla?
Pedro al verle desnuda la cuchilla,
Y se presenta á su rival delante.

Cierra con él, y en lucha vacilante
Le postra y pone al pecho la rodilla:
Beltran (aunque sus glorias amancilla)
Trueca á los hados el temido instante.

Herido el Rey por la fraterna mano,
Jóven espira con horrenda muerte,
Y el trono y los rencores abandona.

No aguarde premios en el mundo vano
La inocente virtud, si da la suerte
Por un delito atroz una corona.

(1) Sus obras: Madrid, 1830.

De D. Juan Pablo Forner (1)

¿Ves, Lauso, desalado un vulgo impío
Correr furioso á la batalla horrenda,
Desnudo, hambriento, y sin que el alma venda
Á esperanzas del propio poderío?

¿Ves tolerar del fatigado estío
La ardiente lumbre al recoger la ofrenda
De las espigas, con audaz contienda,
Tostada plebe en mísero atavío?

¿Ves arados los mares al arrojó
De duras almas, que salvar presumen
Vida y tesoro en frágiles maderos?

Pues, si no lo has, mi Lauso, por enojo,
Tanto afán, tantas vidas se consumen
Para que engorden fatuos altaneros.

(1) Sus obras: Madrid, 1843.

De D. José María Blanco (1)

PODER DEL RECUERDO DE MI AMIGO LISTA

¡Qué me resta, ¡infeliz! si acongojado
En alma y cuerpo, ni descanso un hora
Ofréceme el dolor que me devora,
Ni espera verle mi vejez templado!

Á su inclemencia y á la edad postrado
En vano luce para mí la aurora;
Que no es el brillo con que el orbe dora
Solaz bastante al corazón llagado.

¡Miseró! ¿qué hago aquí? ¿Por qué no sigo
Del sepulcro una voz que dice: «Abierta
Tienes la cárcel en que gimes? vente.»

¿Por qué? pregunto.—Porque tierno amigo
En imagen vivísima á la puerta
Se alza y llorando dice: «Nó; detente.»

(1) Escribió estos versos en la mañana del 12 de Febrero de 1840, en medio de un gran dolor y abatimiento.—Lo copiamos de un autógrafo.

Del Duque de Frias

A CARLOS III

EN EL ANIVERSARIO DE SU MUERTE (1)

No ya sobre dos mundos tu corona
Afirma su poder y resplandece,
Ni respetada nuestra armada ofrece
Al libre viento su volante lona,
Ni la fama marcial nos galardona,
Ni el bélico laurel nos engrandece,
Cuando el bronce español sólo estremece
La tumba comital de Barcelona (2).

Y ¿esta es ¡oh Dios! aquella monarquía,
Que su estandarte tremoló en Otumba,
En San Quintín, Parténope y Pavía?

Vélate ¡oh sombra! en tu gloriosa tumba,
Hoy que al rudo huracán de la anarquía
El trono de cien reyes se derrumba.

(1) *Obras poéticas*: Madrid, 1857.

(2) Este soneto fué compuesto el 13 de Diciembre de 1842, cuando las tropas del gobierno bombardaban á Barcelona insurreccionada.

De D. Juan Nicasio Gallego

A LORD WELLINGTON
EN LA TOMA DE BADAJOZ

Al par del grito universal que llena
De gozo y gratitud la esfera hispana,
Y del manso y ya libre Guadiana
Al caudaloso Támesis resuena;

Tu gloria ¡oh Conde! á la region serena
De la inmortalidad sube, y ufana
Se goza en ella la nacion britana;
Tiembla y se humilla el vándalo del Sena.

Sigue: y despierte el adormido polo
Al golpe de tu espada (1); en la pelea
Te envidie Marte y te corone Apolo;

Y si al triple pendon que al aire ondea
Osa Alecto (2) amagar, tu nombre solo
Prenda de union, como de triunfo, sea.

(1) Alude á que el Emperador de Rusia vacilaba en declararse contra Napoleon.

(2) La primera de las furias infernales.

De D. Juan Eugenio Hartzenbusch

ANTE EL BUSTO DE CALDERON

(1) *con motivo de celebrarse en el teatro Español de Madrid
el aniversario de su muerte.*

Tú, que en acento de desden profundo
Dijiste, al ver la pequeñez humana:

«¡Sueño es la vida, como sueño, vana!
¡Fantástica existencia la del mundo!»

Cuando brillabas, luminar fecundo,
Sol refulgente de la escena hispana,
¿Pudo tener tu mente soberana
Por ilusión tu genio sin segundo?

Desde el Tíber al patrio Manzanares,
Desde el Rhin á los Ándes, mereciste
Universal admiracion y altares;

Y eterna de tu nombre la memoria,
Ella te enseña que decir debiste:

«Todo sueño será ménos mi gloria.»

(1) *Poesías completas. Paris, 1857.*

**De Gabriel de la Concepcion Valdés
(Plácido)**

AL ANIVERSARIO DE LA MUERTE DE NAPOLEON ⁽¹⁾

El águila caudal, dejando el Sena,
Bate sus alas al rayar el día,
Y de los aires la region vacía
Mide veloz con majestad serena.

Baja y tiende la garra en Santa-Elena
Con que la Europa un tiempo estremecía,
Pugnando por alzar la losa fría
Que yerto cubre al vencedor de Jena.

Suspende al fin el mármol atrevida,
Mirando absorta, con turbada frente,
Tanta grandeza en polvo convertida.

Yaunque el estrago de sus triunfos siente,
De *Bonaparte* el nombre al sol levanta,
Su muerte llora y sus victorias canta.

(1) *Poesías completas*: París, 1857.

De D. Juan Arolas

A MURILLO

Al derrumbar de la estrellada cumbre

Aquel que luz del alba se decia,

Y que se alzó al zenit en rebeldía

Ángel bello, entre bella muchedumbre;

El Sumo Sér al llanto y servidumbre

Condenó su altivez y demasia,

Su diadema rompió de pedrería,

Nubló su faz y oscureció su lumbré;

Y al quitarle la pompa de sus galas,

Prendado Adonai de su hermosura,

Tocando los colores de sus alas,

Que émulas son de la esmeralda pura,

«Guardemos (exclamó) tan claro brillo

Para un pincel que tomará Murillo.»

De D. Gabriel García Tassara

AL SOL

El carro de oro y el bridon de llama
Lanzas ¡oh sol! á la celeste cumbre;
Y á torrentes vivífica tu lumbre
Por los mundos que latén se derrama.
En medio el cielo que tu luz inflama
Pareces sostener su pesadumbre,
Y de séres sin fin la muchedumbre
En himnos mil su procreador te aclama.
¡Gigante de los astros! ¡Rey del cielo!
¿Qué extraño ¡oh sol! que el hotentote rudo
Su Dios te implore y tu piedad demande?
Si con la mente ó el sentido el velo
Que le oculta á su Dios rasgar no pudo,
¿Qué obra de Dios adorará más grande?

De D. Salvador Bermudez de Castro.

EN SAN JUAN DE LOS REYES DE TOLEDO⁽¹⁾

Allá en el tiempo en que Colon abría
Nuevo horizonte al esplendor hispano,
El astro del imperio mahometano
Á su ocaso, en Granada, descendía.

Una Reina en sus brazos recogía,
Mártir cautivo, al fuerte castellano,
Y las cadenas suspendió su mano
Sobre estos muros, en ofrenda pia.

Mas ¡oh Isabel! vendieron, como escoria,
Las férreas joyas de tu templo santo,
Réuerdo grande de tu grande historia:
Que, para alzar y deshacer su encanto,
Si tanto pudo tu piadosa gloria,
La barbarie del hombre pudo tanto.

(1) *Ensayos poéticos*: Madrid, 1840.

De D. Antonio Almendros de Aguilar (1)

LA CRUZ

Muere Jesus del Gólgota en la cumbre,
Con amor perdonando al que le hería;
Siente deshecho el corazón María
Del dolor en la inmensa pesadumbre.

Se aleja con pavor la muchedumbre,
Cumplida ya la santa profecía;
Tiembla la tierra, el luminar del día,
Cegando á tal horror, pierde su lumbré.

Se abren las tumbas, se desgarrá el velo,
Y á impulso del amor grande y fecundo
Parece está la Cruz, signo de duelo,

Cerrando augusta con su pie el profundo,
Con la excelsa cabeza abriendo el cielo,
Y con los brazos abarcando el mundo.

(1) *Revista de Granada*, Julio de 1877.

De D. Antonio Ros de Olano.

EL SIMOUN

La soledad lo aborta sin destino
Sobre el páramo inmenso del Desierto;
Á su presencia duélese el mar Muerto,
Y gime triste el campo Palestino.

Con polvorosa crin borra el camino,
Y entre el bochorno el pasajero incierto
Se abate y guarda el hálito, cubierto
Del abrasante, ráudo remolino.

¡Pasó! y el tigre bota en la candente
Arena en que el león ruje erizado,
Y silba y se retuerce la serpiente:

¡Pasó! y en la quietud del despoblado,
La ciudad solitaria del Oriente
Llora con el Profeta su pecado.

De D. Antonio García Gutierrez

AL CARDENAL JIMENEZ DE CISNEROS

CON MOTIVO DE LA GUERRA DE ÁFRICA EN 1859

Si un momento romper te fuera dado
La glacial ligadura de la muerte,
¡Oh ilustre franciscano! ¡de qué suerte
Tu corazón se viera arrebatado!

Vieras nuestro león desmelenado,
Sacudiendo el sopor del sueño inerte,
Caer rugiendo, vengativo y fuerte,
Sobre el tigre del África indomado.

Hoy, renovando timbres de su gloria,
Van de Bullones por la enhiesta falda
Los hijos de Castilla á la victoria;

Y en breve su bandera roja y gualda
Clavarán, invocando tu memoria,
Del Atlas rudo en la breñosa espalda.

De D. Juan José Bueno

A SAN HERMENEGILDO

Vástago ilustre de la goda rama,
En las tinieblas del error yacias;
Mas de Lëandro la enseñanza oías,
Que en tu mente la luz de Dios derrama.
La católica fe tu pecho inflama,
Y de la errónea senda te desvías,
Vences halagos, riesgos desafías
Y el firme labio la verdad proclama.
Árdese en ira el corazon paterno,
Viendo la fe que tu valor pregona,
Y espiras, mártir de renombre eterno;
Mas al par que tu espíritu abandona
El noble tronco, túrbase el infierno
Y en el cielo conquistas la corona.

De D. Ventura de la Vega

A LA TOMA DE TETUAN ⁽¹⁾

¡Musas, alcemos de victoria el canto!
¡España despertó, su honor la inspira,
Y fué el arranque de su noble ira
Del mundo admiracion, de África espanto!
En desagravio, al fin, de ultraje tanto
Tetuan postrada á nuestros pies se mira.
¡Musas, cantad! y al eco de la lira
Reverdezcan los lauros de *Lepanto*.
Sí; que al ver por las ondas del Tirreno
Allá lanzarse en la guerrera popa
Hueste arrojada y adalid sereno,
Y que á sus antros con terror galopa
Roto y vencido el bárbaro agareno....
¡Ya con respeto nos saluda Europa!

(1) *Obras poéticas*: París, 1866.

Del Colector de estas composiciones

I

A DIOS

No hay más que Tú: la tierra, el firmamento,
El sol, que en anchos mares reverbera,
Son, como el hombre y la creación entera,
Ráfagas fugitivas de tu aliento.

De la nada se alzaron á tu acento
Mil mundos, publicando en su carrera
Que otros mil y otros mil formar pudiera
Una palabra tuya, un pensamiento.

Doquier contemplo tu insondable ciencia,
Velada en majestad y en amor puro,
Dando esperanzas al mortal proserito;

Y me pasma que abraza tu existencia
Lo que fué, lo presente, lo futuro,
Y aún más allá.... lo eterno, lo infinito.

II

ETERNIDAD DE DIOS

Cuando al lucir el postrimero día,
Los astros en pavesas convertidos
Rueden, y el mar con hórridos bramidos
Al cáos torne en la region vacía;
Y rota la ancha base do yacia
La tierra, con sus ejes sacudidos,
Vagar se mire en átomos perdidos
Por espacios sin fin en noche umbría;
Y ante un trono de luz final sentencia
Escuchen de la vida ó de la muerte
Los restos de las tumbas animados,
El tiempo acabará, no la existencia
Del Dios que es Inmortal y Santo y Fuerte
Sobre mundos y mundos consumados.

III

EN LA DECLARACION DOGMATICA

DE LA INMACULADA CONCEPCION DE LA SANTISIMA VIRGEN MARIA

Doble su luz el claro firmamento,
Su espuma ricen los extensos mares,
Brote la tierra flores á millares,
Rico en aromas se dilate el viento:

Las naciones convóquense al acento
De concordia y amor, y á los altares
Lleven, con blandas rosas y azahares,
De férvida piedad el sacro aliento;

Que del Pastor universal sonando
Do quier la voz, por el cristiano ansiada,
De la Virgen más pura ensalza el nombre;
Y hoy, á despecho del precito bando,
Aplaudé el orbe todo Inmaculada
Á la que diera un Redentor al hombre.

IV

Á LA NATIVIDAD DE LA SANTÍSIMA VÍRGEN

Canta Sion, y nuncios superiores
Llevan al mar, á la espaciosa tierra,
Á cuantos mundos la creacion encierra
Del Natal más dichoso los loores.

De polo á polo vístense de flores
El hondo valle y la encumbrada sierra,
Mientras las hordas de Satan destierra
Pronto el cielo con nítidos albores.

Son los que esparce, Aurora soberana
Del Sol divino, la sin par María,
Al mostrar hoy su bendecida frente;

Los que ya tornan de la culpa insana
La horrenda noche en bonancible día,
En tierno amor las iras del Potente.

V

A SU GLORIOSA ASUNCION

De aqueste valle de zozobra y llanto
Al Empireo elevándote ¡oh María!
Tierras y mares bañas de alegría,
Y al éter prestas inefable encanto.

Sírvete el sol de esplendoroso manto,
Órlante las estrellas á porfia,
La luna alfombra tu fragante via
Entre nubes de nácar y amaranto.

Alzan los orbes cántico sonoro
Á tu grandeza, augusta Soberana,
Hoy de Sion apetecida Aurora.

Lo repite incesante el almo coro,
Y con júbilo intenso, al verte ufana,
Junto al sόlio de Dios tu sόlio adora.

VI

AL NACIMIENTO DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

¡Gloria al fúlgido Sol que se levanta,
Y, al extender sus rayos salvadores,
Al mundo enciende en místicos amores,
Alienta la virtud, la culpa espanta!

¡Gloria al Señor que de una Virgen santa
Nacer quiso entre cándidos pastores,
Para hundir la soberbia y los errores,
Supremo Rey, con poderosa planta!

Rómpense ya las hórridas cadenas
Que oprobio fueron del Eden perdido,
De rabia ruje el tenebroso Averno.

Súbite acaban heredadas penas,
Y ante la humilde cuna del Ungido
Almos dones sin fin manda el Eterno.

VII

AL SALVADOR EN LA CRUZ

Al ver, Señor, que de la Cruz pendiente
Blando perdonas al feroz deicida,
La lumbre de tus ojos extinguida,
De espinas coronada tu alba frente;

Al contemplar la Imágen del Potente
Con raudales de sangre oscurecida,
Y entre funéreas sombras al que es Vida
De los mundos y Sol indeficiente,

Apágase en mis labios el acento,
Y el corazon, cual nunca desgarrado,
Lanza angustioso lúgubre suspiro;

Mas, cuando al hombre en tu postrer aliento
Salvas de las cadenas del pecado,
Almo consuelo en mi dolor respiro.

VIII

EL VIERNES SANTO

Mientras de luto universal se viste,
Sus galas ocultando, la natura,
Y esconde el sol entre tiniebla oscura,
De pavor lleno, su semblante triste;
Mientras hinchado el mar con furia embiste
Al arduo monte y á la roca dura,
Y en firmísimos ejes mal segura
La tierra apenas su temblor resiste,
Súbito eleva las convulsas manos
Salén absorta al indignado cielo,
Y el pecho hiere en su dolor profundo,
Al ver que entre verdugos inhumanos
Muere en la Cruz, con amoroso anhelo,
Hoy, por el hombre, el Hacedor del mundo.

IX

A UN AMIGO

ANTE EL MONUMENTO DE LA CATEDRAL DE SEVILLA

Tú, que del Bétis hasta el Rhin helado
Maravillas de Europa viste atento,
Dinos si al hispalense Monumento
Los de Germania y Roma han superado.

Bajo góticas cúpulas alzado,
Del arte y de la fe raro portento,
Á la eterna Salén el pensamiento
Lleva en sacra emocion embelesado.

Figura y tipo de sangrienta historia,
Férvidas preces sin cesar recibe,
Y ardientes himnos y piadoso llanto.

Como en trofeo de inmortal victoria,
Allí la augusta Religion escribe:

«*Hosanna* al Redentor, tres veces Santo!»

X

AL SANTISIMO SACRAMENTO

EN LA SOLEMNE FESTIVIDAD DEL CORPUS

Mientras doquier centuplicado suena
El himno universal de la natura
Al Salvador, que baja de la altura
Y el ancho mundo con su gloria llena,
El pueblo fiel de gozo se enajena,
Viendo en solemne triunfo la Hostia pura
Que, prodigio de mística ternura,
Consagrara el Señor en la *gran Cena*.

Y al contemplar feliz que en alimento
Recibe al que las tierras y los mares
Del cáos alzó con poderoso acento,
Palmas le ofrece, votos á millares,
Demanda nueva lumbre al firmamento,
Al serafin su amor y sus cantares.

XI

A SAN LEANDRO

Pastor egregio de la Iglesia hispana,
Lumbre del godo, iman de Recaredo,
Alma de los concilios de Toledo,
Vencedor de la vil secta arriana:

Atleta fuerte de la ley cristiana,
Que al satánico error pusiste miedo,
Yo tu heroísmo enaltecer no puedo
Sin luz suprema y lira sobrehumana.

Mas ya que al mundo en métricos loores
No, cual ansiara, tus virtudes cuente,
Á David emulando y á Isaías,

Ecos de amor, acepta mis clamores,
Y por tí vuelvan á la grey creyente
Los que alcanzaste, bonancibles dias.

XII

A SAN ISIDORO

POR SU ESPECIAL PROTECCION Á SAN FERNANDO

¡Quién al pié de tus aras recibiera
Sublime inspiracion y laud sonoro,
Para ensalzar feliz, grande Isidoro,
La honra que diste á la nacion ibera!

Entónces, como espléndida lumbrera
Te mostrara, y del báculo decoro,
Digno de que en tu aplauso el almo coro
Con sus cantos el tuyo repitiera.

Tambien al mundo con fervor diria,
Que allá desde las célicas regiones
Á Fernando guíaste á la victoria,

Derrocadas por él en solo un dia
Del Koran rudo innúmeras legiones,
Colmo de su valor y de su gloria.

XIII

AL GLORIOSO REY CONQUISTADOR DE SEVILLA SAN FERNANDO

Astro benigno del empero cielo,
Que aquí te alzaste en bonancible día
Para trocar en súbita alegría
De Sevilla infeliz el largo duelo:

Tú, á quien debiera el codiciado suelo
De la hermosa y feraz Andalucía,
Postrada la agarena tiranía,
En almo culto sin igual consuelo;

Disipa con los rayos de tu frente
Las nieblas que el error tender procura,
Con saña vil, sobre la hispana gente.

Y la fe, que salvaste, ilesa y pura
En nuevos lauros su poder ostente,
Íris de paz y de eternal ventura.

XIV

À FERNANDO DE HERRERA

POR SU CANCION A SAN FERNANDO

El sublime cantar ¡oh grande Herrera!
Que consagraras al tercer Fernando,
De la tierra los ámbitos llenando,
Cruzó armonioso la celeste esfera.

El himno ardiente de los triunfos era
Contra las armas del morisco bando,
Que en Sevilla logró ver tremolando
Por luengos siglos su fatal bandera.

Gloria también á tí, cisne divino,
Encanto de la musa castellana,
Por el lauro mejor que orna tu frente.

Siempre será tu acento peregrino
Eco solemne de la fe cristiana,
Trueno que asorde á la precita gente.

XV

A NUESTRO SANTISIMO PADRE PIO IX

Brillas ¡oh Pio! en la moderna historia
Como el sol del espacio en las regiones,
Y emana de las célicas mansiones,
Cual Sucesor de Pedro, tu alta gloria.

Un siglo al otro siglo tu memoria
Legará entre solemnes bendiciones,
Hundidas del Averno las legiones
Bajo tu planta en sin igual victoria.

De la Madre de Dios la pura frente
Por ti nos muestra el lauro soberano,
Que tu grey canta con amor profundo.

No temas, pues; que el rayo del Potente
Obedece á tu voz, y alza tu mano
El cetro de los cetros sobre el mundo.

XVI

AL SOL EN EL ORIENTE

La aurora con su albor y gentileza
Es de tu frente el encendido velo,
Que al fin se rasga, y el Señor de Delo
Al mundo ostenta su inmortal belleza.

Como á rey te saludo: á tu grandeza
De trono sirve y de palacio el cielo,
Y en tu alrededor, girando en rauda vuelo,
Los astros de corona á tu cabeza.

Ellos reciben esplendor y vida
Del ígneo mar en que tu carro de oro
Se agita en ondas de pasmosa lumbre;
Mientras tú, cual centella desprendida
Del alto sólio del Señor que adoro,
Repites ¡Dios! en la celeste cumbre.

XVII

AL MAR EN UNA TEMPESTAD

¡Oh, cuál bramaste! Los crímenes del suelo
Tal vez provoquen tu tremenda ira,
Y asaz cubierto por doquier se mira
De negras nubes fulgurante el cielo.

No acrezcas, nó, el amargo desconsuelo
En que la triste humanidad suspira
Sobre un volcan, que tiembla, que respira
Lava entre flores y aparente hielo.

Mas si el alto poder que el tuyo enfrena,
De la venganza al trueno fragoroso
Tus muros rompe de menuda arena,

Ya que en ronco oleaje impetuoso
Corras do el grito del malvado suena,
No turbes ¡ay! al justo en su reposo.

XVIII

A SANLUCAR DE BARRAMEDA

¿Qué Idalia puede en el confin ibero
Eclipsar, Barrameda, tu hermosura,
Nueva Arcadia en fontanas y verdura,
Y de ancho mar espléndido *Lucero*? (1)

Por rendirte homenajes, placentero
Guadalquivir sus ondas apresura;

Y al tocar el sepulcro, asaz murmura
En tu alabanza el himno postrimero.

Tus techumbres salpica el Océano,
Que ya cerúleo espejo se dilata,
Para que en él admiren tu grandeza;

Ya en tu amor encendido hierve insano,
Y de marisco, espuma y tersa plata
Un trono en sus orillas te adereza.

(1) Nombre que los antiguos daban á Sanlúcar.

XIX

A ISABEL LA CATOLICA

Figura colosal de nuestra historia,
De matronas y reinas gran modelo,
No ya en la tierra, apénas en el cielo
El faro cabe de tu inmensa gloria.

Abismada recuerda la memoria
Tu alta virtud y religioso celo,
De tu espíritu ardiente el rauda vuelo,
Y á cada paso tuyo una victoria.

La morisma á tus pies encadenada,
Entre caudillos mil de heróica gente,
Miras en los harenes de Granada;

Y ante una corte, en sabios floreciente,
Marte en Gonzalo te cedió su espada,
Y un mundo por Colon te da Occidente.

XX

EN EL SEPULCRO DE ARIAS MONTANO

Permite que te ofrezca, gran Montano,
En tu profundo y apacible sueño,
En vez de adelfa ó de letal beleño
Fresco laurel mi temblorosa mano:
Tenue tributo al genio sobrehumano
Que, ya del campo de las ciencias dueño,
Con insólita lumbre y arduo empeño
De altas verdades reveló el arcano.
Así legaste á la nacion ibera
De Ezequiel y David la sacra lira,
Y de entrámbos el fuego y los cantarés.
¡Oh! si me fuese dado, te rindiera,
Más bien que luto en funeraria pira,
Solemne adoración en los altares.

XXI

A ZURBARAN EN SU PATRIA (1)

Al tibio rayo de argentada luna
Álzate ¡oh sombra del pintor de Aquino! (2)
Y de tu hogar señálame el camino,
Si huella el tiempo le ha dejado alguna.
No rechaces mi voz, cual importuna
Al sueño de tres siglos; que el destino,
Por ensalzar tu genio peregrino,
Me llama al suelo do rodó tu cuna.
Con férvida plegaria y con ardiente
Buril, al pie de tu preclaro nombre,
En bronce eterno grabará mi mano:
«Gloria al insigne artista que en su frente,
Para honra y prez del español renombre,
Lleva el laurel de Urbino y de Ticiano.»

(1) Fuente de Cantos, provincia de Badajoz.

(2) Alude al magnífico é incomparable cuadro de Santo Tomás, que preside el primer salón de pinturas del Museo provincial de Sevilla.

XXII

A LA TIERNA MEMORIA

DE D. JUAN DONOSO CORTÉS

MARQUES DE VALDEGAMAS (1)

Guarde en su márgen el dichoso Sena
Al que Europa admiró genio eminente,
Y por quien dobla la abatida frente
España en el dolor que la enajena.
Yace agotada allí la inmensa vena
Del escritor, del místico elocuente,
Que era el orgullo de la ibera gente,
Y aún en la tumba contra el siglo truena.
Cedióle Tulio sus brillantes galas,
Demóstenes su fuego y energía,
Job su ternura, Ezequiel su vuelo:
Prestóle, al fin, la Religion sus alas,
Y cual ciervo sediento en su agonía
Se alzó á la eterna fuente del consuelo.

(1) Se escribió ántes de la traslacion de los restos del señor Donoso á Madrid.

XXIII

A S. A. R. LA SERMA. SRA. INFANTA

D.^a MARIA LUISA FERNANDA

en celebridad de la restauracion de la Rábida en 1855

El templo sacrosanto sucumbia
Do Colon, al partir del suelo hispano
Para surcar el férvido Océano,
Plegaria ardiente al Cielo dirigia.

La estancia en que Marchena le infundia
Vívida fe y aliento sobrehumano,
Presa infeliz de vandalismo iusano,
Bajo escombros estériles yacia.

Pagó así nuestra edad degenerada
De la grande *Isabel* al mensajero,
Al héroe de los héroes sin segundo.

Mas no eterno el baldon; que esta morada
Vuelve á honrar por Lúisa el nombre ibero,
Del genio en prez, descubridor de un mundo.

XXIV

A SS. AA. RR. LOS SERMOS. SRES. INFANTES

DUQUES DE MONTPENSIER

EN 9 DE ABRIL DE 1855

*en que se inauguró la restauracion de la casa de Hernan-Cortés
en Castilleja de la Guesta.*

«Aquí exhaló su postrimer aliento,
Como águila caudal en pobre nido,
El hijo de Beturia (1) esclarecido,
Escudo de su patria y ornamento.

»En este desolado pavimento,
Padron de gloria y de execrable olvido,
El que en Otumba fué rayo temido
Del justo alzóse al encumbrado asiento.»

Á tal clamor, del pueblo en sus pesares,
Los Príncipes augustos de Castilla
Del gran Cortés levantan los hogares;

Y para el genio, de héroes maravilla,
Mirtos piden al Bétis y azahares,
Cantos sin fin á la oriental Sevilla.

(1) Nombre antiguo de Extremadura.

XXV

A MURILLO

Hubo un tiempo feliz, en que ceñía
Hispalis á su sien sacros laureles,
Premio debido á plumas y pinceles
Que al par de Grecia Roma envidiaria.

Entónces, como un genio aparecía
Murillo, que, eclipsando al grande Apéles,
Robó el vario matiz á los vergeles
Y los rayos al sol de Andalucía.

Si más encumbra el vigoroso vuelo,
Copia en Sion del Ángel la belleza,
De la Virgen sin mancha la ternura;
Y acata enardecido el bajo suelo,
Con la bondad, la inaccesible alteza
Que en el semblante del Señor fulgura.

XXVI

A UN AMIGO

POR UNA ODA A LA CREACION

Miéntas gárrulos cantos por doquiera
Óyense al eco de bastardas líras,
Tú, contemplando la creacion, inspiras
Antiguos himnos del sublime Herrera.

De una esfera te lanzas á otra esfera
Y mil mundos y mil absorto miras,
Y aún el soplo vivífico respiras
Que súbito encendió la luz primera:

Ni los tendidos valles y montañas,
Ni el mar, ni el anchuroso firmamento
Se resisten al vuelo de tu mente.

Y, ó del globo escudriñes las entrañas,
Ó del Empíreo escales el asiento,
En todo ves la mano del Potente,

XXVII

A LA MEMORIA DEL EMINENTE ESTADISTA
ESCRITOR Y POETA

D. JAVIER DE BURGOS

¿Por qué implacable nos robó el destino
Al que heredara de Turgot la ciencia,
De Homero el sacro fuego, y la elocuencia
Del grande Tulio y de Maron divino?

Sembrado está de flores el camino
Que recorrió su vasta inteligencia,
Por alcanzar en noble competencia
Los lauros de Melendez y Jovino.

Muéstrase por su afán el culto Horacio
Númen querido del Parnaso ibero:
Por él la historia de esplendor se baña.

Finó su edad; y el extendido espacio
Llena el cántico honroso y lastimero
Que á tan preclaro genio entona España.

XXVIII

A LA TIERNA MEMORIA

DE D. JUAN NICASIO GALLEGO

De las letras clarísima lumbrera,
Honra sin par del pueblo zamorano,
Cisne canoro del Parnaso hispano,
Digno de Grecia y Roma en mejor era;
¿Por qué al embate de la muerte fiera
Cayó contigo el plectro soberano,
Que sonó herido por tu diestra mano,
Cual sonara el de Píndaro y Herrera?
No llevo para ornar tu yerta losa
Flores que allí desparecerá á millares
El coro de las Musas dolorido:
Bástame repetir con voz llorosa
Tus robustos y armónicos cantares,
Para arrancar al mármol un gemido.

XXIX

A S. M. EL REY DON ALFONSO XII

EN SU VENIDA A SEVILLA EN 26 DE MARZO DE 1877

Entrad, Señor, en la ciudad que un día
De Europa fué la renombrada Aténas;
Donde, orlado de mirtos y azucenas,
El genio se ostentó de la poesía:

Do al par el de las Artes difundia
En estas auras puras y serenas
La inspiracion, de que aún se miran llenas,
El fuego que á Murillo enardecia.

Visitad la Basílica grandiosa,
Afrenta del error, de la Fe encanto,
De las creaciones góticas modelo;

Y ante el Sepulcro egregio, en que reposa
Su glorioso Patron, Fernando el Santo,
En bien de España recabad su celo.

XXX

A ITALICA

No podré, cual del Bétis los cantores,
Quirós, Ríoja y el profundo Caro,
Pintar tu soledad y desamparo,
¡Oh víctima de vándalos furores!

No cual ellos con lúgubres colores,
Que ya en bronces, ya en mármoles de Paro
Venzan al tiempo, de tu dicha avaro,
Sabré rendirte insólitos loores.

Mas, si prenda es de amor acerbo luto,
Al contemplar la triste desventura
Que en ominosos hados te ha cabido;

Lágrimas ¡ay! te rendiré en tributo,
Lágrimas de dolor y de amargura,
Y á tus ilustres manes un gemido.

XXXI

A D. JUAN MANUEL ALVAREZ
DIGNIDAD QUE FUÉ DE CAPELLAN MAYOR
EN LA DE SAN FERNANDO DE ESTA CIUDAD

¿Por qué no pulsas tu laud sonoro
Cual del Tajo en las márgenes solias,
Y de nuevo con dulces armonías
Robas la palma al apolíneo coro?

Desplega sobre tí sus alas de oro
La musa de Ezequiel y de Isaías,
Y los manes de Job y Jeremías
Te prestan su riquísimo tesoro (1).

Tambien ufano el Bétis almo ejemplo
Te ofrecerá de bíblicos cantores,
Y de sagrado mirto frescas hojas;

Y ese que admiras, portentoso templo,
De Anfriso (2) guarda para tí las flores,
Y el lauro de Pachecos y Ríojas.

(1) Alude á las excelentes paráfrasis bíblicas de este autor, con especialidad de las *Lamentaciones de Jeremías*.

(2) Don Alberto Lista.

XXXII

EN LA SOLEMNE RETRACTACION QUE HIZO DEL PROTESTANTISMO UN PRESBITERO CATOLICO ESPAÑOL

Ráfaga de los cielos desprendida
Con insólito ardor bañó tu frente,
Y á la region de la verdad tu mente
Tornó y al centro de salud y vida.

Finó la sierpe aviesa y homicida
Que te asediara, al rayo del Potente,
Y hoy con aplauso la española gente
Por tí encarece su ejemplar caida.

Sigue la senda que emprendiste ufano,
Sin que olvides de Pablo el gran modelo,
De los orbes católicos lumbrera;

Y si á cercarte vuelve error insano,
Estréllese en tu fe y heróico celo,
Y otra vez más escarnecido muera.

XXXIII

Á UN POETA DE LA CORTE
EN SU VENIDA Á SEVILLA EN 1854

Canta, Elisio, estas márgenes amenas,
Do brotan sacros mirtos y laureles,
Descollando en purísimos verjeles
Entre fragantes rosas y azucenas.

El ocio estéril rígido condenas,
Las Musas á tu voz responden fieles,
De aquí admiraste plumas y pinceles
Y el fuego de que están las auras llenas.

Émulo aquí de Píndaro divino,
El cantor de Lepanto sin segundo (1)
Conquistó el cetro del Parnaso hispano,

Y compitiendo con el grande Urbino,
Pasmo y orgullo y préz fueron del mundo
Roelas, Zurbarán, Murillo y Cano.

(1) Fernando de Herrera.

XXXIV

A LA TIERNA MEMORIA DE LA SRA. D.^A CECILIA BÖLH DE FABER

insigne novelista y escritora

CONOCIDA POR EL PSEUDONIMO DE FERNAN CABALLERO,
EN 15 DE MAYO DE 1877

¡Con ardor te admiré! Tu pluma de oro
Limpio venero de sentencias era,
Que el alma elevan á la clara esfera,
En que bendice á Dios el almo coro.

Donde están las virtudes y el decoro,
Blason un tiempo de la gente ibera,
Do la Fe con su espléndida bandera,
Allí de tus creaciones el tesoro.

Siempre que de tus obras inmortales
Las páginas recorro enajenado,
Viene la gran Teresa á mi memoria.

Así, al verte partir, vierto á raudales
Lágrimas de dolor, aunque á tu lado
La palma brille de la eterna gloria.

XXXV

AL GUADALETE

Tú, que riegas el campo jerezano,
El más pingüe y feraz de Andalucía,
Dando vigor al que en sus vides cria,
Néctar de dioses, el racimo ufano;

Dime cómo el ejército cristiano
Rendirse pudo á la morisma impía,
Cuando se alzaba con tenaz porfía
El fiero godo, que humilló al romano.

De la tremenda lucha fiel testigo,
Dime dónde los héroes sucumbieron,
Para bañar su fosa con mi llanto;

Y si es verdad que al infeliz Rodrigo
Exánime tus ondas revolvieron,
Su espada oculta y su ominoso manto.

XXXVI

A D. RAFAEL RIVERO

POR SU EXTRAORDINARIA CARIDAD CON EL PUEBLO DE JEREZ
DE LA FRONTERA DURANTE LA INVASION DEL CÓLERA
MORBO EN 1854.

Cuando al campo feraz, que el Lete baña,
Trajo en infectas auras el destino
La hórrida plaga que del Ganges vino
Para yermar á la infeliz España;

Cuando la muerte con violenta saña
Victimas hacinara de continuo,
Implacable dejando en su camino
La indigencia, el dolor que la acompaña,

Te alzas, Rivero, y con heróica mano
Llevas del afligido á los hogares,
En dones de piedad, alto consuelo.

Así tu nombre el pueblo jerezano
En bronces graba y troncos seculares,
Y con él te bendice el almo cielo.

XXXVII

A D.^A GERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA

con motivo de la publicacion

DE SU DEVOCIONARIO RELIGIOSO EN 1867

Para honra y prez del suelo americano
Y de España, que al par tierna te admira,
Un númen celestial tu mente inspira
Y sublime pincel pone en tu mano.

Del grande Heredia, tu feliz hermano,
Por tí el aliento renacer se mira,
Y de Nicasio la sonante lira
Por tí vive y el estro soberano,

Hoy de Moisés y de David renuevas
Las férvidas y altísimas canciones,
De la fe ardiendo en la divina llama;
Y entre raudales de piedad elevas
Á Sion los cristianos corazones,
Mientras el mundo sin cesar te aclama,

ROMANCES

De Frey Lope Félix de Vega Carpio

Á mis soledades voy,
De mis soledades vengo,
Porque para andar conmigo
Me bastan mis pensamientos.
No sé qué tiene el aldea
Donde vivo y donde muero,
Que con venir de mí mismo
No puedo venir más lejos.
Ni estoy bien, ni mal conmigo;
Mas dice mi entendimiento,
Que un hombre que todo es alma
Está cautivo en su cuerpo.
Entiendo lo que me basta,
Y solamente no entiendo
Cómo se sufre á sí mismo
Un ignorante soberbio.
De cuantas cosas me cansan,
Fácilmente me defiendo;

Pero no puedo guardarme
De los peligros de un necio.
Él dirá que yo lo soy,
Pero con falso argumento;
Que humildad y necedad
No caben en un sugeto.
La diferencia conozco,
Porque en él y en mí contemplo,
Su locura en su arrogancia,
Mi humildad en su desprecio.
Ó sabe naturaleza
Más que supo en este tiempo,
Ó tantos que nacen sabios
Es porque lo dicen ellos.
Sólo sé que no sé nada,
Dijo un filósofo, haciendo
La cuenta con su humildad,
Á donde lo más es ménos.
No me precio de entendido,
De desdichado me precio;
Que los que no son dichosos,
¿Cómo pueden ser discretos?
No puede durar el mundo,
Porque dicen, y lo creo,
Que suena á vidrio quebrado
Y que ha de romperse presto.
Señales son del Jüicio
Ver que todos le perdemos,

Unos por carta de más,
Otros por carta de ménos.
Dijeron que antiguamente
Se fué la verdad al cielo:
Tal la pusieron los hombres,
Que desde entónces no ha vuelto.
En dos edades vivimos
Los propios y los ajenos;
La de plata los extraños,
Y la de cobre los nuestros.
¿Á quién no dará cuidado,
Si es español verdadero,
Ver los hombres á lo antiguo
Y el valor á lo moderno?
Dijo Dios que comeria
Su pan el hombre primero
Con el sudor de su cara,
Por quebrar su mandamiento:
Y algunos, inobedientes
Á la vergüenza y al miedo,
Con las prendas de su honor
Han trocado los efectos.
Virtud y filosofía
Peregrinan como ciegos:
El uno se lleva al otro,
Llorando van y pidiendo.
Dos polos tiene la tierra,
Universal movimiento,

La mejor vida el favor,
La mejor sangre el dinero.
Oigo tañer las campanas,
Y no me espanto, aunque puedo,
Que en lugar de tantas cruces
Haya tantos hombres muertos.
Mirando estoy los sepulcros,
Cuyos mármoles eternos
Están diciendo sin lengua
Que no lo fueron sus dueños.
¡Oh, bien haya quien los hizo!
Porque solamente en ellos
De los poderosos grandes
Se vengaron los pequeños.
Á mis soledades voy,
De mis soledades vengo.

De D. Luis de Góngora y Argote

Amarrado al duro banco
De una galera turquesca,
Ámbas manos en el remo
Y ámbos ojos en la tierra;
Un forzado de Dragut
En la playa de Marbella
Se quejaba al ronco son
Del remo y de la cadena;

¡Oh sagrado mar de España,
Famosa playa y serena,
Teatro donde se han hecho
Cien mil navales tragedias!
Pues eres tú el mismo mar
Que con tus crecientes besas
Las murallas de mi patria,
Coronadas y soberbias,
Tráeme nuevas de mi esposa,
Y dime si han sido ciertas
Las lágrimas y suspiros
Que me dice por sus letras.
Porque si es verdad que llora
Mi cautiverio en tu arena,
Bien puedes al mar del Sur
Vencer en lucientes perlas.
Dame ya, sagrado mar,
Á mi demanda respuesta,
Que bien puedes, si es verdad
Que las aguas tienen lenguas.
Pero, pues no me respondes,
Sin duda alguna que es muerta,
Aunque no lo debe ser,
Pues que yo vivo en su ausencia.
Pues he vivido diez años
Sin libertad y sin ella,
Siempre al remo condenado,
Á nadie matarán penas.

En esto se descubrieron
De la religion seis velas,
Y el cómitre mandó usar
Al forzado de su fuerza.

Del mismo

Servía en Oran al Rey
Un español con dos lanzas,
Y con el alma y la vida
Á una gallarda africana,
Tan noble como hermosa,
Tan amante como amada,
Con quien estaba una noche
Cuando tocaron al arma.
Trescientos zenetes eran
Deste rebato la causa;
Que los rayos de la luna
Descubrieron las adargas.
Las adargas avisaron
Á las mudas atalayas,
Las atalayas los fuegos,
Los fuegos á las campanas,
Y ellas al enamorado,
Que en los brazos de su dama
Oyó el militar estruendo
De las trompas y las cajas,

Espuelas de honor le pican,
Y freno de amor le pára;
No salir es cobardía,
Ingratitud es dejalla.
Del cuello pendiente ella,
Viéndole tomar la espada,
Con lágrimas y suspiros
Le dice aquestas palabras:
—Vestíos y salir apriesa,
Que el general os aguarda;
Yo os hago á vos mucha sobra
Y vos á él mucha falta.
Bien podeis salir desnudo,
Pues mi llanto no os ablanda;
Que teneis de acero el pecho
Y no habeis menester armas.—
Viendo el español brioso
Cuánto le detiene y habla,
Le dice así:—Mi señora,
Tan dulce como enojada,
Porque con honra y amor
Yo me quede, cumpla y vaya,
Vaya á los moros el cuerpo,
Y quede con vos el alma:
Concededme, dueño mio,
Licencia para que salga
Al rebato, en vuestro nombre,
Y en vuestro nombre combata.—

De D. Francisco de Quevedo Villegas

Es tan felice mi suerte,
Que no hay cosa mala ó buena
Que, aunque la piense de tajo,
Al revés no me suceda.
De estériles soy remedio,
Pues, con mandarme su hacienda,
Les dará el cielo mil hijos
Por quitarme las herencias.
Para que vean los ciegos
Sáquenme á mí á la vergüenza,
Y para que cieguen todos
Llévenme en coche ó litera.
Como imágen de milagros
Me sacan en las aldeas:
Si quieren sol, abrigado,
Y desnudo, porque llueva.
Cuando alguno me convida
No es á banquetes ni á fiestas,
Sino á los misacantanos,
Para que yo les ofrezca.
De noche soy parecido
Á todos cuantos esperan
Para molerlos á palos,
Y así inocente me pegan.
Aguarda hasta que yo pase
Si ha de caer una teja:

Aciértanme las pedradas,
Las curas sólo me yerran.
Si á alguno pido prestado
Me responde tan á secas,
Que en vez de prestarme á mí
Me hace prestar la paciencia.
No hay necio que no me hable
Ni vieja que no me quiera,
Ni pobre que no me pida,
Ni rico que no me ofenda.
No hay camino que no yerre,
Ni juego donde no pierda,
Ni amigo que no me engañe,
Ni enemigo que no tenga.
Agua me falta en el mar
Y la hallo en las tabernas;
Que mis contentos y el vino
Son aguados donde quiera.
Dejo de tomar oficio
Porque sé, de cosa cierta,
Que en siendo yo calcetero
Andarán todos en piernas.
Si estudiara Medicina,
Aunque es socorrida ciencia,
Porque no curara yo
No hubiera persona enferma.
Quise casarme estotro año
Por sosegar mi conciencia,

Y dábanme en dote al Diablo
Con una mujer muy fea.
Siempre fué mi vecindad
Mal casados que vocean,
Herradores que madrugan,
Herreros que me desvelan.
Si yo camino con fieltro
Se abrasa en fuego la tierra;
Y llevando guardasol
Está ya de Dios que llueva.
Si hablo á alguna mujer
Y la digo mil ternezas,
Ó me pide ó me despide;
Que en mí es una cosa mesma.
En mí lo picado es roto,
Ahorro cualquier limpieza,
Cualquiera bostezo es hambre,
Cualquiera color vergüenza.
Fuera un hábito en mi pecho
Remiendo sin resistencia,
Y peor que besamanos
En mí cualquiera encomienda.
Para que no estén en casa
Los que nunca salen de ella,
Buscarlos yo sólo basta,
Pues con eso estarán fuera.
Si alguno quiere morirse,
Sin ponzoña ó pestilencia,

Proponga hacerme algun bien
Y no vivirá hora y media;
Y á tanto vino á llegar
La adversidad de mi estrella,
Que me inclinó á que adorase
Con mi humildad tu soberbia.
Y viendo que mi desgracia
No dió lugar á que fuera,
Como otros, pretendiente,
Vine á ser tu pretenmuela.
Bien sé que apénas soy algo;
Mas tú, de puro discreta,
Viéndome con tantas faltas
Mi incapacidad sospechas.
Aquesto Fabio cantaba
Á los balcones y rejas
De Aminta, que de olvidarle
Le han dicho que no se acuerda.

De D. José Iglesias de la Casa (1)

Zagaleja, el ser humilde
(Te lo dice quien te quiere)
No lo imagines impropio
De tu beldad floreciente.

(1) Poesías póstumas: Salamanca, 1798.

Con quien ignora los daños
Deja estar las altiveces;
Porque los justos desprecios
Nacen de soberbia siempre.
Cuando más hinchado el río
Á la sorda peña hiere,
Entónces deshecho en llanto
Á besarla el pié desciende.
El ser humilde y discreta
Bien los cielos te conceden;
Pero ser altiva y sábia,
Quien te lo haya dicho miente.
No quieras que al vano pavo
Los ancianos te asemejen;
Ave ruda, que del suelo
Jamás alzarse merece.
El honor que dan los otros,
Vano es, zagala, que pienses
Conseguirlo con tu orgullo,
Que ántes bien lo desmereces.
Del humo de las cabañas
Á no ser altiva aprende,
Que cuanto más alto sube
Mas presto se desvanece.
Misterio de la humildad,
Que cuando así se envilece,
Entónces empieza á alzarse
Orladas de honor las sienes.

Tal la planta que más honda
Echar la raíz pretende,
Alza la florida copa,
Corona de los verjeles.
Así que, zagala hermosa,
Si mi consejo siguieres,
Serás querida de todos,
Bendeciránle las gentes.
Daráte la aldea el nombre
Que tu modestia desprecie;
Y aunque se exceda en tu elogio
No temas, nó, que le pese.
Así cantaba Lisardo
Á los umbrales de Fénix,
Que, cansada de escucharle,
Como quien se agravia, duerme.
Rogáronle otros zagales
Que el cantar en vano deje,
Y él de la ingrata pastora
Se despidió de esta suerte:

Ser reina de la aldea
Quieres, zagala;
*Pues ve que en ser altiva
No logras nada.*

Ser rey de las flores
El girasol quiso,
Y al sol adulando

Encumbróse altivo;
Mas ya ves, que ha sido
Su intencion frustrada:
*Asi que en ser altiva
No logras nada.*

La rosa, al contrario,
Que en un botoncillo
De espinas cercada
Amaba el retiro,
Es quien reina ha sido
Del campo nombrada:
*Asi que en ser altiva
No logras nada.*

De D. Manuel María del Mármol, Sevillano

AL NUEVO PORCHE DE SAN JUAN DE AZNALFARACHE (1)

Aquí sus odiadas lunas
Puso el árabe atrevido,
Despues de poner la planta
Sobre el cuello de Rodrigo.
De aquí á las tendidas vegas
Que corta el undoso rio,
Y al español aherrojado
Lanzaban su triste brillo,

(2) *Su Romancero: Sevilla 1834.*

Aquí se alzó el baluarte
Que al Bétis hizo cautivo,
Cuando ántes libre llevaba
Á la mar sus dones ricos.

Aquí la memoria yace
De gran pueblo esclarecido,
Y el nombre de Aznalfarache
Puso al de Osset en olvido.

¿Y la pompa y la opulencia
Que ostentó por luengos siglos,
Con envidia de los orbes,
El godo, dónde se han ido?

Riquezas, y armas, y trono,
Y fortuna, y nombre, y ritos,
¡Ay! con los siglos se hundieron
De la nada en el abismo.

¡Oh cuánto del veloz tiempo,
Oh cuánto es el poderío!
Ya del árabe tampoco
Hacen memoria estos riscos.

En vez de lanzas enhiestas
Se alzan cipreses sombríos,
Que, si al cielo dan sus puntas,
Á la tierra dan abrigo.

Donde estaban moras tiendas
Está el almendro florido,
Y el ciclamor encarnado,
Y el jazmin, de Vénus hijo.

Los que eran moros adarves
Son vergeles donde al lirio,
Alhelí, rosa y viola
Miel liban los cefirillos.

Entre su verde ramaje
El ruiseñor guarecido,
Ó amores canta en redobles,
Ó celos llora en sus trinos.

Verjas cierran y azoteas
Este encantado recinto,
Que guardaban ántes fosos
Y el alfanje damasquino.

Hiergue á lo léjos el cuello
La prenda de Hércules Tirio,
Hispalis, que ennoblecieran
Peno, romano y fenicio.

La rodean miles pueblos,
La cercan mil caseríos,
Cual en torno á madre tierna
Sus menesterosos hijos.

Al pasar, su pie besando,
Humilde el rey de los rios,
Desparece entre ribazos,
Se pierde en bosques de mirtos.

Sobre los prados, que riega,
Pasta cordero y novillo,
Y el potro, que veloz trota
Entre céspedes y tilos,

Donde la vista se pierdē
Se alzan montañas en circo,
Que visten verdes olivas
Y coronan altos pinos.

Las ninfas, embebecidas,
Moran aquí de contino:
Aquí acude el ciudadano
De cuidados oprimido.

¡Oh verjel, émulo hoy
De las florestas de Gnido,
De las selvas de Amathonta
Y de los jardines ciprios!

¡Salve, tú, seguro albergue,
Y salve, escondido asilo,
Donde mueren los cuidados,
Donde se huyen los peligros!

Bullan allá en las ciudades,
Entre su inmenso gentío,
Afanos aún sin buscarlos,
Dolores aún con huirlos.

En esta tu dulce calma
Descanse el corazon mio,
Y deme el cielo que muera
En tan pacífico sitio.

Respete el avaro tiempo
Confin tan apetecido:
Nunca marchite su mano
Las bellezas de este Elíseo,

LETRILLAS

De D. Luis de Góngora y Argote

—Arroyo ¿en qué ha de parar
Tanto anhelar y subir,
Tú por ser Guadalquivir,
Guadalquivir por ser mar?
—Compañero, en acabar
Sin cádales y sin nombres,
Para ejemplo de los hombres.

Hijo de una pobre fuente,
Nieto de una dura peña,
Á dos pasos los desdeña
Tu mal nacida corriente:
Si tu ambicion lo consiente,
¿En qué imaginas, me dí?
Murmura, y sea de tí,
Pues que sabes murmurar:
Arroyo, ¿en qué ha de parar, etc.

—¿Qué días tienes reposo,

Á qué dias debes sueño?
Si corres tal vez risueño,
Siempre caminas quejoso.
Mucho tienes de furioso,
Aunque no en el tirar cantos,
Y así tropiezas en tantos
Cuando te quíes levantar:
Arroyo, ¿en qué ha de parar, etc.

Si tu corriente confiesa,
Sin intermision alguna,
Que la cabeza en la cuna
Y los piés tiene en la huesa;
¿Qué fatal desdicha es esa
En solicitar tu daño?
¡Pésame que el desengaño
La vida te ha de costar!
Arroyo, ¿en qué ha de parar, etc.

Del Principe de Esquilache (1)

Truécanse los tiempos,
Múdanse las horas,
Unas de placeres,
De pesares otras.

(1) Sus obras en verso: Madrid, 1648.

Y en la primavera
De las más hermosas
Noche son los años,
La niñez aurora.
El árbol florido
Que el cierzo despoja,
Si Enero le agravia,
Mayo le corona.
La callada fuente,
Que murmura á solas,
En verano rie
Y en invierno llora.
Si en prisiones duermen
Las aves sonoras,
Libertad del día
Por los aires gozan.
Si los vientos braman
Y la mar se enoja,
Cuando el alba nace
Descansan las olas.
Si de nieve mira
Cubierta su choza
El pastor que en ella
Guarda ovejas pocas;
Cuando vuelve Mayo,
Que sus pajas dora,
Los copos de nieve
De plata son copas,

La viuda montaña
Sus nevadas tocas
Por las galas trueca
De lirios y rosas.
Y el sol, á quien prenden
Sus pasos las sombras,
Más galan despierta
Por campos de aljófar.
Para todos sale
Desterrando á todas;
Que las sombras huyen
De su luz medrosas.
Silvia, tus cabellos
Y mejillas rojas,
Si el tiempo las pinta
Él mismo las borra.

De D. José Cadalso (1)

El rayo severo
Que Jove vibró
Celébrelo Homero,
Que no lo haré yo.
La sátira fiera
Que Persio escribió,
Cultive el que quiera,

(1) Sus obras: Madrid, 1803.

Que no lo haré yo.

Ercilla con arte,

Que él mismo probó,

Celebre á su Marte,

Que no lo haré yo.

Del mar que el Troyano

Llorando aumentó

Escriba el Mantuano,

Que no lo haré yo.

Pero del dios ciego

Que Vénus parió

Callen todos luégo,

Que bastaré yo.

Del Conde de Noroña

LA DONCELLA ALDEANA⁽¹⁾

¡Qué linda que parece

La rústica doncella

Con la saya de paño,

Mantilla de bayeta,

Un sombrero de paja

Cubriendo su cabeza,

Y á su redondo pecho

Un pañuelo de seda;

Su anchurosa garganta

(1) Sus poesías: Madrid, 1799,

Rodēada de perlas,
Y muchos relicarios
Que con gracia le cuelgan;
Sus cabellos cogidos
Con una gran peineta
De plata, y una cinta
De colores diversas;
La camisa más blanca
Que la nieve, y en ella
Mil flores, mil dibujos
Formados con destreza!
De esta suerte adornada
Y llena de modestia,
Que á veces su semblante
Se enciende y colorēa,
Porque alguno la mira
Más de lo que debiera,
Ó porque ánte las gentes
Sin rubor la requiebran,
Es mejor á mis ojos
Que todas las bellezas
Que en medio de la corte
Su vanidad ostentan.

De D. Manuel Breton de los Herreros

MADRID Y EL CAMPO⁽¹⁾

¡Oh, qué linda es la pradera

Un día de primavera,

Cuando la rosada aurora

Perlas y diamantes llora

Sobre la yerba y la flor!—

Pero la cama es mejor.

¡Cómo es grato entre la sombra,

Pisando la verde alfombra,

Por la verita del río

Caminar al caserío

Del vecino labrador!—

Pero en un coche es mejor.

¡Oh, cómo en estiva siesta

Regocijan la floresta

Fresca, lozana y umbria,

Con su dulce melodía

El mirlo y el ruiseñor!—

La de Rossini es mejor.

¡Oh, qué hermosa es la perdiz

Con su galano matiz,

Volando de ramo en ramo

Hacia el mentido reclamo

(1) Sus obras: Madrid, 1851.

Del astuto cazador!—

Pero en la mesa es mejor.

¡Oh, cómo en la pura fuente,

Bulliciosa y trasparente,

Entre las menudas guijas,

Sin auxilio de botijas

Brinda el agua!...—Sí señor;

Pero un sorbete es mejor.

Si no sopla rudo cierzo,

¡Oh, qué bien sabe el almuerzo

En campiña libre y rasa!...—

Sí por cierto; pero en casa

De mi amigo el Senador

Se almuerza mucho mejor.

Buen provecho á los secuaces

De placeres montaraces;

Mas yo á la corte me atengo;

Que es bueno el campo, convengo:

Delicioso, encantador....

Pero Madrid es mejor.

De D.^a Gertrudis Gomez de Avellaneda

A UNA MARIPOSA ⁽¹⁾

Fugaz mariposa,

Que de oro y zafir

(1) Sus poesías; Madrid, 1850.

Las alas ostentas

Alegre y feliz:

¡Cuál siguen mis ojos

Tu vuelo gentil,

Que al soplo desplegas

Del aura de Abril!

Ya rauda te lanzas

Al bello jardín,

Ya en rápidos giros

Te acercas á mí.

Del sol á los rayos,

Que empieza á lucir,

¡Con cuánta riqueza

Te brinda el pensil!

Sus flores la acacia

Desplega por tí,

Y el clavel fragante

Su ardiente rubí.

Abre la violeta

Su seno turquí,

La anémona luce

Su vario matiz.

Ya libas el lirio,

Ya el fresco alhelí,

Ya trémula besas

El blanco jazmin.

Mas ¡ay! cuán en vano

Mil flores y mil,

Por fijar se afanan
Tu vuelo sin fin.

¡Ay! que ya te lleva
Tu audaz frenesí
Do ostenta la rosa
Su puro carmin.

¡Temeraria, ténte!
¿Dó vas, infeliz?...
¿No ves las espinas
De punta sutil?
¡Torna á tu violeta!
¡Torna á tu alhelí!
¡No quieras ¡incauta!
Clavada morir!



POESIA DIDACTICA

SATIRAS

De Bartolomé Leonardo de Argensola

CONTRA LOS VICIOS DE LA CORTE

FRAGMENTO

Dícesme, Nuño, que en la corte quieres
Introducir tus hijos, persuadido

Á que así te lo manda el ser quien eres:

Que ya la obligacion con que han nacido
Concede á su primera edad licencia
Para que intenten á volar del nido.

Que en los umbrales de la adolescencia,
Poniendo acíbar junto de la leche,
Ó el pedagogo evitas ó su ciencia;

No porque como inútil se deseche,
Sino porque les des la que él no alcanza,
Que al trato humano más les aproveche.

Supuesto, dices, que han de hacer mudanza,
¿Á dónde ocurrirán como á la corte,
Única perfeccion de su crianza?

Si estás resuelto de seguir su norte
Precediendo consulta, no me atrevo
Á estorbarlo, por mucho que te importe.

Mas, si en virtud de otro consejo nuevo
Quisieres ver que el tuyo es peligroso,
Mira cuán sin efugios te lo pruebo.

.

Tienen aquí jurisdiccion expresa
Todos los vicios, y con mero imperio
De ánimos juveniles hacen presa:

Juego, mentira, gula y adulterio,
Fieros hijos del ocio, y aún peores
Que los vió Roma en tiempo de Tiberio,

Y los de sus horribles sucesores:
Las noches de Calígula y de Nero
Son á nuestros portentos inferiores.

De Síbaris el trato hallo severo,
Su juventud viciosa penitente,
Si con la desta corte la confiero.

Aquí es tenido en poco quien no miente,
Quien paga, quien no debe, quien no adula,
Y quien vive á las leyes obediente:

Y admitido al honor, quien disimula
En pacífica piel hambre de fiera,
Que con modesto nombre la intitula.

Pasea el que en su patria no pudiera
Fiarse á su mujer, y por insultos
Quebró los grillos y la cárcel fiera:

Religiosos apóstatas ocultos
En mentiroso traje de seglares,
Sediciosos y autores de tumultos.

De semejantes mónstruos, que á millares
Nuestro teatro universal admite,
De principes amigos familiares,

Los nocturnos solaces del convite
En indecentes casas celebrado;
¿Hay aquí autoridad que los evite?

¡Pues mira tú si un jóven frecuentado
De los tales podrá salir modesto,
Aunque de tres aceros venga armado!

Ninguno fué torpísimo de presto;
Que el agua poco á poco le combate,
Mas cuando acuerda se halla descompuesto.

Andad acá, señor, que es disparate
Estar leyendo, dice un Ganimedes
Destos que andan perdidos á remate;

Si habeis venido á estar entre paredes,
Y á no ser visto, claven esa puerta,
Y pongan campanilla, torno y redes.

Como si no viniese en él cubierta
La más perjudicial, que le embaraza
La vida y la salud le desconcierta.

Salen juntos al Prado, que es la plaza
De armas donde la gran reina de Gnido
La gente alista y sus facciones traza.

Queda el bisoño ya persüadido

Á frecuentar los árboles, saeta
De que, sin que lo sienta, quedó herido.

Los Narcisos lo admiten á la seta,
Que más por randas y almidon suspira
Que por la perdicion de la Goleta.

Luégo que el bozo á dar bigote aspira,
No diré yo si lo arma, ó si lo aflige
Con pegajoso baño de alquitira;

Ríndese á un fiel Acates, que lo rige,
Á cuya risa y voz, que desentona,
Cosa que hubiera de imitar corrige.

Éste á sus meretrices le aficiona,
Y en el error del laberinto ciego
Sin prevencion le empeña y le aprisiona.

Otro en cuevas sacrílegas de juego,
Donde suenan blasfemias exquisitas,
Dignas de celestial vengador fuego.

Parecen mesas bárbaras de scitas,
Y su estruendo el del cimbalo ó tinaja
Donde habitaba el tarentino Architas.

Cállase aquí quien forma la ventaja,
La industria del artífice que juega,
Ó la suerte que yace en la baraja.

Al fin, cualquier novel que se le allega,
Ó le reduce la virtud á ménos,
Ó alguna grave enfermedad le apegas.

.. . . .

Mas básteme mostrar las ocasiones,

Y peligros, que vencen las más veces,
Y el grande riesgo á que tus hijos pones.

Y digo, al fin, que si los aborreces,
Y, no admitiendo el parecer segundo,
Constante en el primero permaneces;

Que si en tu casa hay pozo bien profundo,
Ó alta ventana, allá los precipita:
Que en los castigos no desplace al mundo
Quien por clemencia el más horrendo evita.

EPISTOLAS

De Francisco de Rioja (1)

Fabio, las esperanzas cortesanas
Prisiones son, do el ambicioso muere,
Y donde al más activo nacen canas.

Y el que no las limare ó las rompiere,
Ni el nombre de varon ha merecido,
Ni subir al honor que pretendiere.

El ánimo plebeyo y abatido
Elija en sus intentos temeroso,
Primero estar suspenso que caído:

Que el corazon entero y generoso

(1) Coleccion citada de D. Ramon Fernandez; Madrid, 1797.

Al caso adverso inclinará la frente
Ántes que la rodilla al poderoso.

Más triunfos, más coronas dió al prudente,
Que supo retirarse, la fortuna,
Que al que esperó obstinada y locamente.

Esta invasion terrible é importuna
De contrarios sucesos nos espera
Desde el primer sollozo de la cuna.

Dejémosla pasar, como á la fiera,
Corriente del gran Bétis, cuando airado
Dilata hasta los montes su ribera.

Aquel entre los héroes es contado
Que el premio mereció, no quien le alcanza
Por vanas consecuencias del Estado.

Peculio propio es ya de la privanza
Cuanto de Astrea fué, cuánto regía
Con su temida espada y su balanza.

El oro, la maldad, la tiranía
Del inicuo procede, y pasa al bueno;
¿Qué espera la virtud, ó en qué confía?

Vén y reposa en el materno seno
De la antigua Romúlea, cuyo clima
Te será más humano y más sereno;

Adonde por lo ménos, cuando oprima
Nuestro cuerpo la tierra, dirá alguno:
Blanda le sea, al derramarla encima;

Donde no dejarás la mesa ayuno,
Cuando te falte en ella el pece raro,

Ó cuando su pavon nos niege Juno.

Busca, pues, el sosiego dulce y caro,

Como en la oscura noche, del Egeo

Busca el piloto el eminente faro:

Que si acortas y ciñes tu deseo

Dirás: lo que desprecio he conseguido;

Que la opinion vulgar es devaneo.

Más precia el ruiñeñor su pobre nido

De pluma y leves pajas, más sus quejas

En el bosque repuesto y escondido,

Que agradar lisonjero las orejas

De algun Príncipe insigne, aprisionado

En el metal de las doradas rejas.

¡Triste de aquel que vive destinado

Á esa antigua colonia de los vicios,

Augur de los semblantes del privado!

Cese el ánsia y la sed de los oficios,

Que acepta el don, y burla del intento

El ídolo á quien haces sacrificios.

Iguala con la vida el pensamiento,

Y no te pasarás de hoy á mañana

Ni quizás de un momento á otro momento.

Casi no tienes ni una sombra vana

De nuestra antigua Itálica: ¿y esperas?

¡Oh error perpétuo de la suerte humana!

Las enseñas grecianas, las banderas

Del Senado y romana monarquía

Murieron, y pasaron sus carreras.

¿Qué es nuestra vida más que un breve día,
Do apenas sale el sol, cuando se pierde
En las tinieblas de la noche fría?

¿Qué más que el heno, á la mañana verde,
Seco á la tarde? ¡oh ciego desvarío!

¿Será que de este sueño me recuerde?

¿Será que pueda ver que me desvío
De la vida viviendo, y que está unida
La cauta muerte al simple vivir mio?

Como los rios que en veloz corrida
Se llevan á la mar, tal soy llevado
Al último suspiro de mi vida.

¿De la pasada edad, qué me ha quedado?

¿Ó qué tengo yo á dicha en la que espero,
Sin ninguna noticia de mi hado?

¡Oh si acabase, viendo como muero,
De aprender á morir, ántes que llegue
Aquel forzoso término postrero!

¡Ántes que aquesta mies inútil siegue
De la severa muerte dura mano,
Y á la comun materia se la entregue!

Pasáronse las flores del verano,
El otoño pasó con sus racimos,

Pasó el invierno con sus nieves cano:

Las hojas que en las altas selvas vimos,
Cayeron: ¡y nosotros á porfía

En nuestro engaño inmóviles vivimos!

Temamos al Señor que nos envia

Las espigas del año y la hartura,
Y la temprana lluvia y la tardía.

No imitemos la tierra siempre dura
Á las aguas del cielo y al arado,
Ni á la vid cuyo fruto no madura.

¿Piensas, acaso, tú que fué criado
El varon para el rayo de la guerra,
Para surcar el piélago salado,
Para medir el orbe de la tierra,
Y el cerco donde el sol siempre camina?
¡Oh! ¡quién así lo entiende, cuánto yerra!

Esta nuestra porcion, alta y divina,
Á mayores acciones es llamada,
Y en más nobles objetos se termina.

Así aquella, que al hombre sólo es dada,
Sacra razon y pura me despierta,
De esplendor y de rayos coronada;

Y en la fria region dura y desierta
De aqueste pecho enciende nueva llama,
Y la luz vuelve á arder que estaba muerta.

Quiero, Fabio, seguir á quien me llama,
Y callado pasar entre la gente;
Que no afecto los nombres ni la fama.

El soberbio tirano del Oriente,
Que maciza las torres de cien codos
Del cándido metal, puro y luciente,
Apénas puede ya comprar los modos
Del pecar; la virtud es más barata,

Ella consigo misma ruega á todos.

¡Pobre de aquel que corre y se dilata
Por cuantos son los climas y los mares,
Perseguidor del oro y de la plata!

Un ángulo me basta entre mis lares,
Un libro y un amigo, un sueño breve,
Que no perturben deudas ni pesares.

Esto tan solamente es cuanto debe
Naturaleza al parco y al discreto,
Y algun manjar comun, honesto y leve.

No, porque así te escribo, hagas conceto
Que pongo la virtud en ejercicio,
Que áun esto fué difícil á Epiteto.

Basta, al que empieza, aborrecer el vicio
Y el ánimo enseñar á ser modesto,
Despues le será el cielo más propicio.

Despreciar el deleite no es supuesto
De sólida virtud, que áun el vicioso
En sí propio le nota de molesto.

Mas no podrás negarme cuán forzoso
Este camino sea al alto asiento,
Morada de la paz y del reposo.

No sazona la fruta en un momento
Aquella inteligencia, que mensura
La duracion de todo á su talento:

Flor la vimos primero, hermosa y pura,
Luégo materia acerba y desabrida,
Y perfecta despues, dulce y madura.

Tal la humana prudencia es bien que mida
Y dispense y comparta las acciones
Que han de ser compañeras de la vida.

No quiera Dios que imite estos varones
Que moran nuestras plazas macilentos,
De la virtud infames histriões:

Esos inmundos trágicos, atentos
Al aplauso comun, cuyas entrañas
Son infaustos y oscuros monumentos.

¡Cuán callada que pasa las montañas
El aura, respirando mansamente!

¡Qué gárrula y sonante por las cañas!

¡Qué muda la virtud por el prudente!

¡Qué redundante y llena de rüido
Por el vano, ambicioso y aparente!

Quiero imitar al pueblo en el vestido,
En las costumbres sólo á los mejores,
Sin presumir de roto y mal ceñido.

No resplandezca el oro y los colores
En nuestro trage, ni tampoco sea
Igual al de los dóricos cantores.

Una mediana vida yo posea,
Un estilo comun y moderado,
Que no lo note nadie que lo vea.

En el plebeyo barro mal tostado
Hubo ya quien bebió tan ambicioso
Como en el vaso Múrina preciado:

Y alguno tan ilustre y generoso,

Que usó, como si fuera plata neta,
Del cristal trasparente y luminoso.

Sin la templanza ¿viste tú perfeta
Alguna cosa? ¡oh muerte! vén callada,
Como sueles venir en la saeta;

No en la tonante máquina preñada
De fuego y de rumor, que no es mi puerta
De doblados metales fabricada.

Así, Fabio, me muestra descubierta
Su esencia la verdad, y mi albedrío
Con ella se compone y se concierta.

No te burles de ver cuánto confío,
Ni al arte de decir vana y pomposa
El ardor atribuyas de este brio.

¿Es por ventura ménos poderosa
Que el vicio la virtud? ¿es ménos fuerte?
No la arguyas de flaca y temerosa.

La codicia en las manos de la suerte
Se arroja al mar; la ira á las espadas,
Y la ambicion se rie de la muerte:

¿Y no serán siquiera tan osadas
Las opuestas acciones, si las miro
De más ilustres genios ayudadas?

Ya, dulce amigo, huyo y me retiro
De cuanto simple amé: rompí los lazos:
Vén y verás al alto fin que aspiro,
Ántes que el tiempo muera en nuestros brazos

De D. Leandro Fernandez de Moratin

A D. GASPAR DE JOVELLANOS ⁽¹⁾

Sí: la pura amistad, que en dulce nudo
Nuestras almas unió, durable existe,
Jovino ilustre; y ni la ausencia larga,
Ni la distancia, ni interpuestos montes,
Y proceloso mar que suena ronco,
De mi memoria apartarán tu idea.

Duro silencio á mi cariño impuso
El son de Marte, que suspende ahora
La paz, la dulce paz. Sé que en oscura,
Deliciosa quietud, contento vives:
Siempre animado de incansable celo
Por el público bien, de las virtudes
Y del talento protector amigo.
Estos que formo de primor desnudos,
No castigados de tu docta lima,
Fáciles versos, la verdad te anuncien
De mi constante fe; y el cielo en tanto
Vuélvame presto la ocasion de verte
Y renovar en familiar discurso
Cuanto á mi vista presentó del orbe
La varia escena. De mi patria orilla
Á las que el Sena turbulento baña

(1) Sus poesías: Valencia, 1830.

Teñido en sangre, del audaz britano
Dueño del mar al aterido belga,
Del Rhin profundo á las nevadas cumbres
Del Apenino, y la que en humo ardiente
Cubre y ceniza á Nápoles canora;
Pueblos, naciones visité distintas.
Útil ciencia adquirí, que nunca enseña
Docta leccion en retirada estancia:
Que allí no ves la diferencia suma
Que el clima, el culto, la opinion, las artes,
Las leyes causan. Hallarasla sólo,
Si al hombre estudias en el hombre mismo.

Ya el erudo invierno, que aumentó las ondas
Del Tibre, en sus orillas me detiene,
De Roma habitador. ¡Fuésemme dado
Vagar por ella, y de su gloria antigua
Contigo examinar los admirables
Restos que el tiempo, á cuya fuerza nada
Resiste, quiso perdonar! Alumno
Tú de las Musas y las artes bellas,
Oráculo veraz de la alma historia;
¡Cuánta doctrina al afluyente labio
Dieras, y cuántas, inflamado el númen,
Imágenes sublimes hallarias
En los destrozos del mayor imperio!

Cayó la gran ciudad que las naciones
Más belicosas dominó, y con ella
Acabó el nombre del valor latino:

Y la que osada, desde el Nilo al Bétis,
Sus águilas llevó prole de Marte,
Adornando de bárbaros trofeos
El Capitolio, conduciendo atados
Al carro de marfil reyes adustos,
Entre el sonido de torcidas trompas
Y el ronco aplauso de los anchos foros,
La que dió leyes á la tierra; horrible
Noche la cubre, pereció. Ni esperes
En la que existe descendencia oscura,
Torpe, abatida, del honor primero,
De la antigua virtud hallar señales.
Estos desmoronados edificios,
Informes masas que el arado rompe,
Circos un tiempo, alcázares, teatros,
Termas, soberbios arcos y sepulcros,
Donde (fama es comun) tal vez se escucha,
En el silencio de la sombra triste,
Lamento funeral; la gloria acuerdan
Del pueblo ilustre de Quirino, y sólo
Esto conserva á las futuras gentes
La señora del mundo, ínclita Roma.
¿Esto y no mas, de su poder temido,
De sus artes quedó? ¡Que no pudieron
Ni su virtud, ni su saber, ni unida
Tanta opulencia, mitigar del hado
La ley tremenda ó dilatar el golpe!
¡Ay! si todo es mortal, si al tiempo ceden,

Como la débil flor, los fuertes muros;
Si los bronce y pórfidos quebranta,
Y los destruye, y los sepulta en polvo,
¿Para quién guarda su tesoro intacto
El avaro infeliz? ¿á quién promete
Nombre inmortal la adulacion traidora,
Que la violencia ensalza y los delitos?
¿Por qué á la tumba presurosa corre
La humana estirpe, vengativa, airada,
Envidiosa.... ¿De qué? si cuanto existe,
Y cuanto el hombre ve todo es rüinas?

Todo, que á no volver huyen las horas
Precipitadas, y á su fin conducen
De los altos imperios de la tierra
El caduco esplendor. Sólo el oculto
Númen que anima el universo eterno
Vive, y Él solo es poderoso y grande.

De D. Francisco Martinez de la Rosa

DISCURSO MORAL

SOBRE LA TEMPLANZA DE LOS DESEOS

¿De qué se queja, Arnesto, el débil hombre,
Si su menguada condicion olvida
Y sin límite explaya sus deseos,
Cual turbio mar sin fondo y sin orilla?...

Nace llorando en angustiosa cuna,
Y largo tiempo con afán respira;
Amparando su frágil existencia
De una madre el amor y las caricias:
Como sueño fugaz vuela su infancia,
Sin que acierte á gustar su breve dicha;
Y apenas, ya garzón, saluda ufano
La grata primavera de la vida,
Él propio acorta el término á sus bienes,
Y cuanto toca con su ardor marchita.
De una ilusión en otra, de un delirio
Precipítase en mil; ansía, suspira,
Corre con loco afán, tiende los brazos
Tras una y otra sombra fugitiva;
Y al ir ya á estrechar contra su seno,
La suerte con un soplo la disipa.

Así agota su mísera existencia;
Eternos juzga los veloces días;
Y los granos de arena cuenta ansioso
Que miden los instantes de su vida,
Mientras de males y dolor cargada
La vejez lentamente se avecina;
Y al ir el infeliz á dar un paso,
Abierta ante sus pies la tumba mira.

¿Quién en el mundo, quién, dime uno solo
Que el breve espacio con sus ojos mida,
Y el ímpetu modere y el aliento,
Con la meta fatal siempre á la vista?...

Corren los unos á estrellarse ciegos;
Con gesto y voz aquéllos los animan;
Y otros los siguen, y otros los empujan;
Y todos á la par se precipitan....

¡Labra en arena su ventura el hombre,
Y segura y eterna la imagina;
Sin reparar en la funesta playa
Las rotas naves y recientes ruinas:
Como al pie mismo del Vesubio ardiente
Cercas, hogares, pueblos se fabrican
De otros pueblos con míseros escombros,
Con la tostada lava apénas tibia!

Aunque la ciega suerte muestre acaso
La engañadora faz grata y propicia,
No en tu ilusion presumas, caro Arnesto,
Que disfrute el mortal dicha cumplida:
El goce de los bienes más ansiados,
De otros mayores el afán excita;
Y apénas á una cumbre asciende el hombre,
Otras más altas sobre sí divisa:
Cual el viajero en los fragosos Alpes,
Cien y cien montes trepa con fatiga;
Y cuando sueña el término cercano,
Ve allá en los cielos la nevada cima.

En frágil tabla al piélago sañudo
Se arroja el mercadante: hogar, familia,
Patria, amigos, esposa, hermanos, hijos,
Á la sed de riqueza sacrifica;

Sin que le asombre la distancia inmensa,
El hondo mar, el ignorado clima,
Ni pestilente fiebre que le aguarda
Cual triste nuncio en la fatal orilla.
Llega, corre, se afana, de mil siervos
Rinde el esfuerzo á la mortal fatiga;
De avara acusa el mísero á la tierra,
Y estéril halla la opulenta mina.

Árbitro de la Grecia, en regio trono
El hijo de Filipo se vió un dia;
Y en tan estrechos limites se ahoga,
Y extiende victorioso sus conquistas:
Tiembla á su voz la Europa, tiembla el Asia;
Cien y cien reyes doblan la rodilla;
Y al llegar á los términos del mundo,
Aun halla estrecho el ámbito y suspira.

¿Pero á qué en el torrente de otros siglos
Buscar tanto escarmiento, tanta ruina,
Cuando á mirarlas con los propios ojos
Nos condenó á los dos la suerte impía?
Al abrirlos al sol por vez primera,
Temblaba ya la tierra estremecida;
Y al pasar la niñez en leves juegos,
Á raudales la sangre se vertía;
La juventud en vano lisonjera
Nos brindó con amores y delicias;
Mientras la voz de la afligida patria
Ahogaba en nuestros pechos la alegría,

Y en vez de amenos prados, sólo vimos
Á sangre y fuego yermas las campiñas.

Mas ¿qué fué del mortal que allá en su mente
El destino del orbe revolvía,
Y árbitro de la suerte y la victoria
La tierra un tiempo le aclamó sumisa?
El eco de su nombre llenó el mundo,
Cuando apenas sus pálidas mejillas
El bozo sombreaba; y en los Alpes
Borró las huellas que dejara Aníbal.
Venció, tornó á vencer, domó la Italia:
Llevó despues al Nilo sus insignias;
Y al imperio aspiró del rico Oriente,
Por los tristes desiertos de la Siria.
Mas revolió la vista hácia su patria,
Que desgarraba sus entrañas mismas,
Y el corazon latíéndole en el pecho,
Á su ambicion el lauro pronostica:
Voló, llegó, paró con fuerte diestra
El carro que al abismo ya corria;
Mas le cargó de grillos y cadenas,
Y un monte de trofeos le echó encima.
En su cumbre asentado, vió á sus plantas
Una diadema en sangre humedecida;
Y la recoge audaz, su frente ciñe,
Y á la Europa aterrada leyes dicta....

Búscale ahora, búscale, si puedes,
En el estrecho hogar de estéril isla,

Cual leve punto en el espacio inmenso,
En el seno del piélago perdida....
Míralo, él es, Arnesto: solo, inmóvil
Sobre una roca en la desierta orilla.
¡Quien vió á sus pies postradas cien naciones
Y cien coronas en el polvo hundidas,
Ve crecer y llegar las recias olas,
Que amenazan su planta estremecida;
Y apenas á su mísero sepulcro
Asilo y paz concederán un dia!

POESIA BUCOLICA O PASTORAL

De Garcilaso de la Vega

DE LA EGLOGA TERCERA ⁽¹⁾

TIRRENO, ALCINO

TIRRENO

Flérída, para mí dulce y sabrosa
Más que la fruta del cercado ajeno,
Más blanca que la leche, y más hermosa
Que el prado por Abril de flores lleno;
Si tú respondes pura y amorosa
Al verdadero amor de tu Tirreno,
Á mi majada arribarás primero
Que el cielo nos demuestre su lucero.

ALCINO

Hermosa Fílis: siempre yo te sea
Amargo al gusto más que la retama,
Y de tí despojado yo me vea

(1) Sus obras, con anotaciones de Fernando de Herrera: Sevilla, 1580.

Cual queda el tronco de su verde rama;
Si más que yo el murciélago desea
La escuridad, ni más la luz desama,
Por ver el fin de un término tamaño,
Deste día, para mí mayor que un año.

TIRRENO

Cual suele, acompañada de su bando,
Aparecer la dulce primavera,
Cuando Favonio y Céfiro soplando
Al campo tornan su beldad primera,
Y van artificiosas esmaltando
De rojo, azul y blanco la ribera,
En tal manera á mí, Flérída mia,
Viniendo revercede mi alegría.

ALCINO

¿Ves el furor del animoso viento
Embravecido en la fragosa sierra
Que los antiguos robles ciento á ciento,
Y los pinos altísimos atierra;
Y de tanto destrozo aún no contento
Al espantoso mar mueve la guerra?
Pequeña es esta furia, comparada
Á la de Filis con Alcino airada.

TIRRENO

El blanco trigo multiplica y crece:

Produce el campo en abundancia tierno
Pasto al ganado: el verde monte ofrece
Á las fieras salvajes su gobierno:
Á doquiera que miro me parece
Que derrama la copia todo el cuerno;
Mas se convertirá todo en abrojos,
Si de ello aparta Flérída sus ojos.

ALCINO

De la esterilidad es oprimido
El monte, el campo, el soto y el ganado:
La malicia del campo corrompido
Hace morir la yerba mal su grado:
Las aves ven su descubierto nido
Que ya de verdes hojas fué cercado;
Pero si Filis por aquí tornare,
Hará reverdecer cuanto mirare.

TIRRENO

El álamo de Alcides escogido
Fué siempre, y el laurel del rojo Apolo;
De la hermosa Vénus fué tenido
En precio y en estima el mirto solo;
El verde sauz de Flérída es querido,
Y por suyo entre todos escogiolo;
Doquiera que de hoy más sauces se hallen,
El álamo, el laurel y el mirto callen.

ALCINO

El fresno por la selva en hermosura
Sabemos ya que sobre todos raya,
Y en aspereza y monte de espesura
Se aventaja la verde y alta haya;
Mas el que la beldad de tu figura
Donde quiera mirado, Filis, haya,
Al fresno y á la haya en su aspereza
Confesará que vence tu belleza.

De D. Gaspar Melcher de Jovellancs (1)

IDILIO

AL SOL

Padre del universo,
Autor del claro día,
Brillante Sol, á cuyo
Influjo la infinita
Turba de los vivientes
El sér debe y la vida:
Tú, que rompiendo el seno
Del alba cristalina,
Te asomas en Oriente
Á derramar el día
Por los profundos valles

(1) Sus obras: Madrid, 1846.

Y por las altas cimas;

De cuyo reluciente

Carro, las diamantinas

Y voladoras ruedas

Con rapidez no vista

Hienden el aire vago

De la region vacía:

¡En hora buena vengas

De luces matutinas,

De rayos coronado

Y llamas nunca extintas,

Á henchir las almas nuestras

De paz y de alegría!

La tenebrosa noche

De fraudes, de perfidias

Y dolos medianera,

Se ahuyenta con tu vista

Y busca en los profundos

Abismos su guarida.

El sueño perezoso,

Las sombras, las mentidas

Fantasmas y los sustos,

Su horrenda comitiva,

Se alejan de nosotros,

Y en pos del claro día

El júbilo, el sosiego

Y el gozo nos visitan.

Las horas transparentes,

De clara luz vestidas
Señalan nuestros gustos
Y miden nuestras dichas.

Ó bien brillante salgas
Por las eólicas cimas,
Rigiendo tus caballos
Con las doradas bridas:

Ó ya el luciente carro
Con nuevo ardor dirijas
Al reino austral, de donde
Más luz y fuego vibras:

Ó, en fin, precipitado
Sobre las cristalinas
Occíduas aguas caigas
Con luz más blanda y tibia:

Tu rostro refulgente,
Tu ardor, tu luz divina,
Del hombre serán siempre
Consuelo y alegría.

De D. José Maria Blanco

DAFNIS

IDILIO DE GESSNER, TRADUCIDO LIBREMENTE⁽¹⁾

En medio de una noche del estío
Dafni hasta la cabaña de su amada
Pudo llegar con silencioso paso.

La noche, el bello manto descogido,
Sembraba el cielo de brillantes llamas;
La blanca luz de la naciente luna
Al empezar su plácido camino
Incierta entre las ramas se perdía
Del negro bosque. El prado, el monte, el río
Callados imitaban el reposo
De la naturaleza adormecida.
Sólo se vía en las rizadas ondas
Vibrar el resplandor de las estrellas,
Ó relucir luciérnaga encendida
Girando lenta entre el ramaje oscuro:
Toda otra luz estaba ya apagada.

Dafni, entregado á su amorosa pena,
Sentóse enfrente á la feliz cabaña;
Y fijo en ella el corazon herido,
Cantó así con voz tímida y süave:

(1) *Correo literario de Sevilla*: en la misma ciudad, 1804.—Tomo III.

—Duerme tranquila, amada vida mia,
Dulce como el frescor de la mañana
Pose el sueño en tus ojos. Duerme, ¡oh bella!
Como luciente gota de rocío
Del tierno lirio en las moradas hojas.

Bajad entre los rayos de la luna,
Amables sueñecillos, que contino
Volais entre las risas y los juegos.
Bajad, bajad y en torno á mi pastora
Pintad valles cubiertos de verdura,
Y allí, pastando la menuda yerba,
Corderos muy más blancos que la leche.
Sueñe bañarse en líquido arroyuelo
Bajo fresco enramado de jazmines,
Entretejido al amoroso mirto,
Viéndola sólo las pintadas aves
Y oyendo sola sus alegres cantos:
Luego, saliendo á un prado de azucenas,
Juegue hermanada con las tiernas Gracias,
Que, entrelazando flores á porfía,
Adornen de mi Fili los cabellos,
Besando sus mejillas celestiales.

Llebad á mi zagala, amables sueños,
Á los bellos jardines donde habita
El Dios de Gnido. Allí de los amores
La tropa bulliciosa en torno de ella
Vuele, cual las abejas susurrantes
En derredor de la encarnada rosa.

Unos entre risadas placenteras
Anhelosos conduzcan á sus plantas
Una olorosa y reluciente poma;
Otros entre los pámpanos se pierdan
Buscando el fruto en púrpura teñido,
En tanto que otros mil baten sus alas
Agitando los vástagos florosos
Que embalsamen el aura con perfumes.—

Así Dafni cantó, y hacía su albergue
Se fué con lento paso, lleno el pecho
De ardiente amor y tímida esperanza.
¡Feliz! pues que despierta la pastora
Atenta oyó su canto enternecido,
Y largo rato al claro de la luna
Siguieron al zagal sus bellos ojos.



CUENTOS

De Baltasar de Alcázar (1)

¿Deseais, señor Sarmiento,
Saber en estos mis años,
Sujetos á tantos daños,
Cómo me porto y sustento?

Yo os lo diré en brevedad,
Porque la historia es bien breve,
Y el daros gusto se os debe
Con toda puntualidad.

Salido el sol por Oriente,
De rayos acompañado,
Me dan un huevo pasado
Por agua, blando y caliente;
Con dos tragos del que suelo
Llamar yo néctar divino,
Y á quien otros llaman vino
Porque nos vino del cielo.

(1) Sus poesías: Sevilla, 1856.

Cuando el luminoso vaso
Toca en la meridional,
Distanto por un igual
Del Oriente y del Ocaso,

Me dan asada y cocida
De una gruesa y gentil ave,
Con tres veces del süave
Licor que alegra la vida.

Despues que cayendo viene
Á dar en el mar Esperio,
Desamparando el imperio
Que en este horizonte tiene,

Me suelen dar á comer
Tostadas en vino mulso,
Que el enflaquecido pulso
Restituyen á su ser.

Luégo me cierran la puerta;
Yo me entrego al dulce sueño:
Dormido, soy de otro dueño,
No sé de mí nueva cierta;

Hasta que habiendo sol nuevo
Me cuentan cómo he dormido;
Y así de nuevo les pido
Que me den néctar y huevo.

Ser vieja la casa es esto,
Veo que se va cayendo,
Vóile puntales poniendo
Porque no caiga tan presto.

Mas todo es vano artificio;
Presto me dicen mis males
Me han de faltar los puntales
Y allanarse el edificio.

De D. Francisco de Quevedo y Villegas

LA BODA DE LOS NEGROS

Ví, debe de haber tres dias,
En las gradas de San Pedro,
Una tenebrosa boda,
Porque era toda de negros.

Parecia matrimonio
Concertado en el infierno;
Negro esposo y negra esposa
Y negro acompañamiento.

Hundiase de estornudos
La calle por do volvieron:
Que una boda semejante
Hace dar más que un pimiento.

Iban los dos de las manos,
Como pudieran dos cuervos;
Otros dicen como grajos,
Porque á grajos van oliendo.

Iba afeitada la novia
Todo el tapetado gesto
Con hollin y con carbon

Y con tinta de sombreros.

Llegaron al negro patio
Donde está el negro aposento,
En donde la negra boda
Ha de tener negro efecto.

Era una caballeriza
Y estaban todos inquietos;
Que los abrazaban pulgas
Por perrenques ó por perros.

Á la mesa se sentaron,
Donde tambien les pusieron
Negros manteles y platos,
Negra sopa y manjar negro.

Echóles la bendicion
Un negro veintidoseno,
Con un rostro de azabache
Y manos de terciopelo.

Diéronles el vino tinto,
Pan entre mulato y prieto:
Carbonada hubo por ser
Tizones los que comieron.

Hubo getas en la mesa
Y en la boca de los dueños;
Y hongos por ser la boda
De hongos, segun sospecho.

Trujeron muchas morcillas,
Y hubo algunos que, de miedo,
No las comieron pensando

Se comian á sí mismos.

Cuál por morder del mondongo
Se atarazaba algun dedo,
Pues sólo diferenciaban
En la uña de lo negro.

Mas cuando llegó el tocino
Hubo grandes sentimientos,
Y pringados con pringadas
Un rato se enternecieron.

Acabaron de comer,
Y entró un ministro guineo
Para darles aguamanos
Con un coco y un caldero.

Por tohalla trujo al hombro
Las bayetas de un entierro:
Laváronse y quedó el agua
Para ensuciar todo un reino.

Negros de ellos se sentaron
Sobre unos negros asientos,
Y en voces negras cantaron
Tambien denegridos versos.

Negra es la ventura
De aquel casado
Cuya novia es negra
Y el dote en blanco.



EPITAFIOS

De Autor anónimo

EN EL SEPULCRO DEL CONDE PERO ANSÚREZ EN LA
CATEDRAL DE VALLADOLID.

Lado derecho

«Aquí yace sepultado

Un conde digno de fama;

Un varon muy señalado,

Leal, valiente, esforzado,

Don Pedro Anzúres se llama:

El cual sacó de Toledo,

De poder del rey tirano,

Al rey (1) que, con gran denuedo,

Tuvo siempre el brazo quedo

Al horadarle la mano.

La vida de los pasados

Reprehende á los presentes;

Ya tales somos tornados,

Que el mentarles enterrados

(1) Don Alfonso VI, en 1084

Es ultraje á los presentes:
Porque la fama del bueno
Lastima por donde vuela,
Al bueno con la espüela
Y al perverso con el freno.»

Lado izquierdo

«Este gran conde excelente
Hizo la iglesia Mayor,
Y dotola largamente:
El Antigua y la gran puente,
Que son obras de valor.
San Nicolás y otras tales,
Que son obras bien rëales
Segun por ellas se prueba.
Dejó el hospital de Esgueva
Con otros dos hospitales.
Por esta causa he querido
Que pregone esta escritura
Lo que nos está escondido,
Ya casi puesto en olvido
Dentro de esta sepultura;
Porque en este claro espejo
Veamos cuánta mancilla
Agora tiene Castilla.»

Del M. Fr. Luis de Leon

AL TÚMULO DEL PRÍNCIPE DON CARLOS

Aquí yacen de Carlos los despojos,
La parte principal volvióse al cielo:
Con ella fué el valor, quedóle al suelo
Miedo en el corazon, llanto en los ojos.

Del Licenciado Rodrigo Caro

PARA EL TÚMULO DE ANTONIO DE NEBRIJA EN SU PATRIA.

Traduccion del que escribió en lengua latina Pedro Myrteo (1)

Pensó la muerte acerba
Que con la losa de mi sepultura
Mi fama me cubriera eternamente,
Y engañóse, que viva se conserva:
Que mi gente española agradecida
Me da que vuela de una en otra gente.
Y esta gloria, que al cielo se avecina,
Fué porque con mi estudio he reducido
La Camena latina (2)
De España al dulce, antiguo, patrio nido.
No es menor, gran Fernando, este trofeo
Que el que tú de los moros mereciste,

(1) *Antigüedades de Sevilla*: en la misma ciudad, 1634.

(2) La Musa.

Cuando la Andalucía
Con fuerte brazo á Dios restituiste.

De D. Luis de Góngora

EPITAFIO DE UN ENANO

Yace el gran Bonami, á quien
Será esta piedra no leve,
Que ocupara por lo breve
Una sortija más bien.
De Atropos (1) áun no el desden
En tierra lo postró ajena,
Que un gusano tan sin pena
Se lo tragó, que al enano
Le sobra más del gusano
Que á Jonás de la ballena.

De D. Francisco Martinez de la Rosa

PARA EL SEPULCRO DE UN EMIGRADO

Detente, amigo, y di: *blanda y ligera*
Esta tierra te sea.... si es que puede
Serlo nunca jamás tierra extranjera.

(1) Una de las tres Parcas que fingian los poetas, dicha así porque no sabe volver atrás por ningun ruego.

Del mismo

EN LA TRASLACION DE LOS RESTOS DE D. PEDRO CALDERON

Sol de la hispana escena sin segundo,
Aquí don Pedro Calderon reposa:
Paz y descanso ofrécele esta losa,
Corona el cielo, admiracion el mundo.

De D. Juan Nicasio Gallego

EN EL SEPULCRO DE MELENDEZ EN MOMPPELLER

Traduccion

Aquel, que á su Batilo concedieran
Las Gracias, caramillo sonoro,
Roto en la playa de los Volcas (1) yace.

Mientras repite el Tajo entristecido
Sus blandos versos, dignos de la avena (2)
Sícula y de la lira de Propercio,

Te ruega, oh Ledo (3), á tí, pues más felice
Bañas con frescas ondas esa tumba,
Que tan queridas prendas le conserves.

(1) Nombre que tenian los antiguos habitantes de la parte litoral del Languedoc.

(2) Instrumento músico de que usaban los pastores, y los muchachos le llaman zampona. Hácese de la caña de cebada ó trigo.

(3) Nombre antiguo del rio que pasa junto á Mompeller. Hoy se llama Lez.

De D. Gaspar Bono Serrano (1)

AL SEPULCRO DE MOR DE FUENTES

Descansa en paz, poeta sin ventura,
Honor del Cinca (2), respetable anciano,
Pues el consuelo que buscaste en vano,
Por fin te halaga en pobre sepultura.

El cáliz apuraste de amargura,
Como Ercilla y el Cisne lusitano (3),
Apesar de tu genio soberano
Y noble corazon y vida pura.

Si, perseguido por contraria suerte,
Jamás te ha sonreído la alegría,
Tu bello nombre vivirá en la historia.

Que bondadoso el Ángel de la muerte,
Para baldon de la injusticia impía,
Consagra á la virtud himnos de gloria.

(1) Sus poesías: Madrid, 1863.

(2) Fué natural de Monzon.

(3) Camoens.

MADRIGALES

De Gutierre de Cetina (1)

Cubrir los bellos ojos
Con la mano que ya me tiene muerto,
Cautela fué por cierto
Con que doblar pensásteis mis enojos:
Pero de tal cautela
Harto mayor ha sido el bien que el daño,
Que el resplandor extraño
Del sol mejor se ve miéntras se cela.
Así, pues, sucedió cuando intentásteis
De los ojos cubrir la luz inmensa:
Yo os perdono la ofensa,
Pues cubiertos mejor verlos dejásteis.

(1) Böhl de Faber: *Floresta de Rimas antiguas castellanas*: Hamburgo, 1825.

De Luis Martin de la Plaza (1)

Sobre el verde amaranto y espadaña
Que Guadalhorce baña
Tenía con dorada llave el sueño
Cerrados los dos ojos, claros soles
De mi hermoso dueño,
Y del rostro los rojos arreboles
Con un sudor cubiertos oloroso:
Vídola el cristalino dios del rio,
Y á tierra sale de su albergue undoso
Vestido el cuerpo de ovas y rocío,
Y con helados labios bebe y toca
El delicado aliento de su boca:
El sueño sintió el yelo,
Y abrió los soles del sereno cielo;
Y al dios hecho de escarcha así le ofenden,
Que suena ya su pecho como fragua,
Y teme que los rayos que lo encienden
Lo conviertan en agua;
Y así turbado y ciego
Saltó del agua y escapó del fuego.

(1) *Parnaso Español*: Madrid, 1770.—Tomo IV.

De D. Bernardino de Rebolledo (1)

Negro guante en blanca mano,
Y guarnecida la frente
De una toca transparente
Que cubre el cabello en vano:
Con ademan soberano,
Rostro y talle descubiertos,
Y con agrados inciertos
Alegres ojos y esquivos,
Son para matar los vivos,
No para llorar los muertos.

De D. Francisco Martínez de la Rosa

EL AMOR Y LA MARIPOSA

Rico el matiz, leve el ala,
Como linda mariposa,
Vaga Amor de rosa en rosa,
Mostrando viveza y gala.
Mas si una luz mira ciego,
Vuela, llega, en torno gira,
Se acerca, tócala, espira,
Y consúmese en su fuego.

(1) *Sus Ocios*: Madrid, 1661.

(1) **De D. Gaspar Bono Serrano**

A UNA NIÑA

Crece, niña encantadora,
En florecientes abriles,
Como crece en los pensiles
La rosa, timbre de Flora.
Si desde su misma aurora
Tu hermosura singular
Así comienza á brillar,
Por fin á las Gracias bellas,
Como Febo á las estrellas,
Conseguirás eclipsar.

De D. Manuel Cañete (1)

Para vivir y crecer
Buscan las amantes flores
Del sol los vivos colores,
La lluvia que les da sér.
Yo así codicio obtener
Amor de la ingrata hermosa;
Y su llama generosa
Para mi pecho será
Como la lluvia que da
Vida y frescura á la rosa.

(1) Sus poesías: Madrid, 1859.

EPIGRAMAS

De Juan de Mal-lara

TRADUCCION DE MARCIAL, LIBRO IX, EPÍGRAMA 16:
INSCRIPTIT TUMULO (1)

Donde sus siete maridos
Cloe tiene sepultados,
Para mostrar cuán amados
Le fueron, y cuán queridos,
Ha mandado allí escribir
Que ella les dió sepultura,
Y escribió la verdad pura;
Que ella los hizo morir.

TRADUCCION DE AULO GELIO

El llorar del heredero
Risa es disimulada,
La cara es la disfrazada,
Y el corazon placentero.

TRADUCCION DE MARCIAL: EPÍGRAMA 59

El libro que recitas, Fidentino,

(1) *La Filosofía vulgar*: Lérida, 1621.

Mío es; mas siendo así mal recitado,
Tuyo comienza á ser, y de tí digno.

TRADUCCION DE MARCIAL: EPÍGRAMA 122, LIBRO V

Millan, jamas saldrás de tu pobreza,
Si eres pobre; que en este nuestro tiempo
No dan sino á los ricos la riqueza.

De Baltasar de Alcázar

Revelóme ayer Luisa
Un caso bien de reir:
Quiérotelo, Inés, decir
Porque te caigas de risa:
Has de saber que tu tía....
No puedo de risa, Inés:
Quiero reirme, y.... despues
Lo diré, cuando no ria.

Donde el sacro Bétis baña
Con manso curso la tierra,
Que entre sus muros encierra
Toda la gloria de España,
Reside Inés la graciosa,
La del dorado cabello:
¿Pero á mí qué me va en ello?
Maldita de Dios la cosa.

Del Dr. D. Juan de Salinas (1)

Á UN PREDICADOR QUE PREDICÓ UN SERMON DEL JUICIO

Dí, predicante novel,
Todo juncia y artificio,
¿Cómo en sermon de juicio
Me dejas tan fuera de él?
¿Por qué azolvaste (2) cruel
De mi llanto el arcaduz?
¡Ay! que preñado el testuz
De alegóricas culturas,
No es mover lo que procuras,
Sino parirlas á luz.

De Jacinto Polo de Medina (3)

Tu nariz, con calidad,
Es por su naturaleza
Símbolo de la largueza,
Cifra de la inmensidad.
Primero que tú, Beatriz,
Sale siempre de tu casa,
Y tan adelante pasa
Que ya pasa de nariz.

(1) Sus obras: Sevilla, 1869.

(2) *Azolver*: Cegar, ó tupir con alguna cosa los conductos del agua.

(3) *Obras en prosa y verso*: Madrid, 1726.

Á UN BORRACHO QUE HACÍA COPLAS

Señor Alonso Escudero,
Si mandais para el Parnaso
Alguna cosa, de paso
Hoy se parte un mensajero:
Mas vos iréis más ligero,
Que aunque es áspero Helicon
Subirá vuestra persona
Como tan veloz y activa;
Que por una cuesta arriba
Mejor camina una mona.

De D. Bernardino de Rebolledo

No de severo me arguyas,
Por no haberte referido
Mis obras; que sólo ha sido
Por no escucharte las tuyas.

— — —
Estimacion singular
Este retrato merece,
Y en lo que más se parece
Es en no poder andar.

De D. Nicolás Fernandez de Moratin

LAUDABLE TEMPLANZA

Ayer convidé á Torcuato:

Comió sopas y puchero,

Media pierna de carnero,

Dos gazapillos y un pato.

Dóile vino, y respondió:

—Tomadlo, por vuestra vida,

Que hasta mitad de comida

No acostumbro á beber yo.

CORRECCION OPORTUNA

Anda que con un indiano

Se casa Marica Perez;

Pero es indiano que va,

Que no es indiano que viene.

FILENA DEVOTA

De imposibles Santa Rita

Es abogada; y Filena,

Con devocion muy contrita,

Reza á la santa bendita

Á fin de que la haga buena.

De D. José Iglesias de la Casa, Pro.

Yo ví en París un peinado
De tanta sublimidad,
Que llegó á hacer vecindad
Con el ala de un tejado.

Dos gatos que allí reñían,
Luégo que el peinado vieron,
Á reñir sobre él se fueron
Y abajo no los sentían.

Jamás hallé en diccionario,
Ni otros libros que he leído,
Quien me declare el sentido
De la fe de un secretario.

Esta fe, unos, lo primero
Dicen verdad significa;
Otros que mentira indica;
Y yo digo que dinero.

Majo de zapato blanco
Á ciertos toros salió
Y un zapato se manchó
Contra el puerco pie de un banco.

Él alborotó el meson
Por yeso para limpiarlo,
Y como no pudo hallarlo
No salió á ver la funcion.

Un médico en una calle
El santo suelo besó;
Es decir, que se cayó
De su mula, alta de talle.
Empezábale á zumbiar
La gente que andaba allí;
Y él dijo:—Así como así
Yo me iba luégo á apear.

De D. José Cadalso

El que está aquí sepultado,
Porque no logró casarse,
Murió de pena acabado:
Otros mueren de acordarse
De que ya los han casado.

: Medea á Jason decia:
—¿Habrás quien más diestro sea
En mágica hechicería?—
Y Jason le respondia:
—Yo, que te hechicé, Medea.

De D. Juan Pablo Forner

VIUDA APARENTE
Murió Fermin, y su esposa
Tan presto á Simon se unió,

Que se duda si enviudó.
¡Tanto adoró al que reposa!

COPLERO IMITADOR

Que á Horacio y Anacreon
Imita, porque odas hace,
Pregonando se deshace
En las gacetas Cleon.

No es por cierto desatino,
Que al fin, aunque no pareja,
Puede, por tener oreja,
Llamarse Horacio un pollino.

De D. Gaspar Melchor de Jovellanos

(1) Á UN MAL ABOGADO

Se quejan mis clientes
De que pierden sus pleitos, pero en vano;
Á mí qué se me da, si siempre gano?

Á OTRO QUE GRITABA MUCHO

Ni me fundo en las leyes
Que los sabios de Roma publicaron,
Ni en las que nuestros reyes
Para esplendor de su nacion dejaron;
Mas tengo en los pulmones
Todo el vigor que falta á mis razenes.

Á UN MAL PREDICADOR

Dijiste contra el peinado
Mil cosas enardecido,
Contra las de ancho vestido
Y las de estrecho calzado;
Por eso alguno ha notado
Tu sermón de muy severo;
Pero que se engaña infiero,
Porque, olvidando tu oficio,
Sola la virtud y el vicio
Te dejaste en el tintero.

Del M. Fr. Diego Gonzalez

Á UNA PINTURA CONFUSA DE LA GLORIA (1)

Una rara vision, que representa
Un conjunto de varias confusiones
En color de azafran y de pimienta,
Donde, á costa de muchas atenciones,
Sólo nota la vista más atenta
Manos, patas, cabezas, pies y alones,
¿Por qué motivo se ha de llamar *gloria*?
¿No era mejor llamarla *pepitoria*?

(1) Sus poesías: Madrid, 1805.

De D. Leandro Fernandez de Moratin

Á PEDANCIO

Tu critica majadera
De los dramas que escribí,
Pedancio, poco me altera:
Más pesadumbre tuviera
Si te gustaran á tí.

Á UN MAL BICHO

¿Veis esa repugnante criatura,
Chato, pelon, sin dientes, estevado,
Gangoso, y sucio, y tuerto, y jorobado?
Pues lo mejor que tiene es la figura.

De D. Gregorio de Salas

EPITAFIO PARA UN CABALLERO QUE FUÉ SUMAMENTE
PRÓDIGO (1)

Aquí yace aquel que tuvo
Gran familia, gran boato,
Gran mesa, y hasta las deudas
Más grandes que sus Estados.

Á LA PESADA URNA DE PLATA DE UNA SANTA

Si con tanta plata pesa

(1) *Coleccion de poesias festivas*: Madrid, 1849.

Una mujer siendo santa,
¡Cuánto no pesarán otras
Sin serlo y sin tener plata!

De D. Manuel María del Mármol (1)

Hubo un eclipse una noche,
Y hubo un cierto caballero
Que llevó al Observatorio
Unas damas para verlo.

—Han llegado ustedes tarde—
Al entrar dijo el portero—
Pues se ha acabado el eclipse,
Aunque no hace mucho tiempo.

—El director es amigo,—
Responde el galán,—y espero
Repetir haga el eclipse
Un par de veces lo ménos.

Ante un juez muy narigudo
Leía con grande trabajo,
Por ser la letra menuda,
Un abogado muy chato.

—Que lleven mis anteojos—
Dice el juez—á ese letrado.

(1) *Coleccion de poesías diversas*: Huelva, 1828.

— Señor, — responde muy pronto, —
Ese es trabajo excusado.

No os incomodeis os ruego:

No pueden servir de algo

Si de la nariz que os sobra

No me mandais un pedazo.

De D. Juan Nicasio Gallego

EN EL ÁLBUM DE UN VENTRÍLOCUO

Causa tal placer á todos

Oírte hablar *por la panza*,

Que el público en tu alabanza

Habla despues *por los codos*.

De Plácido

El ciudadano Faustino

Al juez del barrio se queja

Porque dormir no le deja

El burro de su vecino:

Llegó el juez y le previnc

De su falta con bondad;

Pero el de la vecindad

Alega (no sin razon)

Que tambien los burros son

Cargas de la sociedad.

De D. Gaspar Bono Serrano

RESIGNACION HERÓICA

Doña Tecla de Alvarado
Pedia á Dios de continuo
Que volviera á buen camino
Á su esposo extraviado.
Murió muy pronto el marido,
Y ella exclamó con fervor:
—¡Bendito sea el Señor,
Que me da más que le pido!

FRANQUEZA DE TORCUATO

Viendo en una librería
De Víctor Hugo el retrato,
Se entusiasmaba Torcuato
Y mil extremos hacía.
Lo miró y dijo el librero:
—Ó sois poeta ó demente.—
Y él respondió francamente:
—Uno y otro, caballero.—



FABULAS O APOLOGOS

De D. José Iglesias de la Casa.

EL AGUILA Y LA ZORRA

Viendo una vez el águila valiente
Que con su astucia la falaz raposa
Lograba aplauso en la plebeya gente,
Un chasco quiso darla; é industriosa
La dijo:—Si tu humor lucir quisieres
En una fiesta sin igual pomposa,
Y á los cielos conmigo te vinieres
Á asistir á unas bodas, en su esfera,
Por tu humor, te han de hacer dos mil placeres.
Respondió la raposa:—Bien quisiera;
Pero ¿cómo podré subir arriba,
Sin que un carro volante se me hiciera?—
El águila cual nunca compasiva
Se fingió, y dijo:—Fia en mi cuidado,
Si tu dificultad en eso estriba;
Pues asida á mis hombros, ó á mi lado,
Verás que en ligereza á mí te igualas,

Y que el subirte queda á mi mandado.—

Dijo, y tendiendo las robustas alas,
Asió de la raposa, y altanera
Se alzó con ella á las etéreas salas.

Y estando de la luna ya en la esfera,
El águila acordóle los agravios
Que de la zorra recibido hubiera;

Y díjola con atrevidos labios:
—Si contigo ¡oh raposa! yo guardase
De maligna los improbos resabios,

Sólo con que caer hoy te dejase
Desde esta altura, quedaria vengada,
Á no ser mi nobleza de otra clase.—

Entónces la zorrilla, amedrentada,
Empezó á maldecir su vano anhelo
De querer á otra esfera seralzada:

Y entre sí dijo, llena de recelo:
—Si de este trance escapo con la vida,
No quiero, nó, más bodas en el cielo.

Del mismo

PENSAMIENTO DE LA MENAGIANA

En un templo un caballero,
Con su venera muy majo,
Estaba junto á la pila

De agua bendita arrimado,
Al tiempo que á tomar agua
Llegó con su rico manto
Cubierta una hermosa dama,
De gala, primor y ornato.
Viendo sus ricas sortijas,
Dióla agua, y dijo muy ancho:
—Yo tomara los anillos
Y dejaria la mano.—
Mas ella respondió asida
De la venera.—Seo guapo,
Pues yo tomara el cabestro
Y dejara libre el asno.

De D. Tomás de Iriarte

EL TÉ Y LA SALVIA ⁽¹⁾

El té, viniendo del imperio chino,
Se encontró con la salvia en el camino.
Ella le dijo:—¿Adónde vas, compadre?
—Á Europa voy, comadre,
Donde sé que me compran á buen precio.

(1) *Poesías selectas castellanas desde el tiempo de Juan de Mena hasta nuestros días*, recogidas y ordenadas por D. José Manuel Quintana: Madrid, 1830.

—Yo (respondió la salvia) voy á China,
Que allá con sumo aprecio
Me reciben por gusto y medicina;
En Europa me tratan de salvaje,
Y jamás he podido hacer fortuna.
Anda con Dios, no perderás el viaje,
Pues no hay nacion alguna
Que á todo lo extranjero
No dé con gusto aplausos y dinero.—

La salvia me perdone,
Que al comercio su máxima se opone.
Si hablase del comercio literario,
Yo no defenderia lo contrario;
Porque en él para algunos es un vicio
Lo que es en general un beneficio:
Y español que tal vez recitaria
Quinientos versos de Boileau y el Tasso,
Puede ser que no sepa todavía
En qué lengua los hizo Garcilaso.

Del mismo

EL PEDERNAL Y EL ESLABON

Al eslabon de crüel
Trató el pedernal un dia,
Porque á menudo le heria

Para sacar chispas dél.
Riñendo éste con aquél,
Al separarse los dos,
—Quedáos, dijo, con Dios,
¿Valeis vos algo sin mí?—
Y el otro responde:—Sí;
Lo que sin mí valeis vos.—
Este ejemplo material
Todo escritor considere
Que largo estudio no uniere
Al talento natural.
Ni da lumbré el pedernal
Sin auxilio de eslabon,
Ni hay buena disposicion
Que luzca faltando el arte;
Si obra cada cual aparte
Ámbos inútiles son.

De D. Félix María Samaniego

EL PESCADOR Y EL PEZ⁽¹⁾

Recoge un pescador su red tendida
Y saca un pececillo.—Por tu vida,
Exclamó el inocente prisionero,

(1) Coleccion de Quintana.

Dame la libertad: sólo la quiero,
Mira que no te engaño,
Porque ahora soy ruin; dentro de un año
Sin duda lograrás el gran consuelo
De pescarme más grande que mi abuelo.
¡Qué! ¿Te burlas? ¿Te ries de mi llanto?
Sólo por otro tanto
Á un hermanito mio
Un señor pescador lo tiró al río.
—¿Por otro tanto al río? ¡Qué manía!
Replicó el pescador; ¿pues no sabía
Que el refran castellano
Dice: *Más vale pájaro en la mano...?*
Á sarten te condeno, que mi panza
No se llena jamás con la esperanza.

Del mismo

EL LOBO Y LA OVEJA

Cruzando montes y trepando cerros
Aquí mato, allí robo,
Andaba cierto lobo,
Hasta que dió en las manos de los perros.
Mordido y arrastrado
Fué de sus enemigos cruelmente;
Quedó con vida milagrosamente;
Mas inválido al fin y derrotado.

Iba el tiempo curando su dolencia:
El hambre al mismo paso le afligia;
Pero como cazar aún no podia,
Con las yerbas hacia penitencia.

Una oveja pasaba, y él la dice:

—Amiga, vén acá, llega al momento:
Enfermo estoy, y muero de sediento:
Socorre con el agua á este infelice.

—¿Agua quieres que yo vaya á llevarte?—
Le responde la oveja recelosa.

—Dime, pues, una cosa:

¿Sin duda que será para enjuagarte,

Limpiar bien el garguero,

Abrir el apetito,

Y tragarme despues como un pollito?

Anda, que te conozco, marrullero.—

Así dijo y se fué, si no la mata.

¡Cuánto importa saber con quién se trata!

De D. Juan Nicasio Gallego

EL PADRE Y SUS DOS HIJOS

APOLOGO DE FLORIAN

TRADUCION LIBRE

(1808)

Del opaco Diciembre en noche fria

Un padre con sus hijos en mi aldea
Al calor de la humilde chimenea
Las perezosas horas divertía.
Á su lado el menor se entretenía
De naipes fabricando un edificio
Con más cuidado y atención severa
Que el famoso Riberá
Trazando el plan del madrileño hospicio;
El mayor repasaba
(Pues ya en la edad de la razón rayaba)
Una mugrienta historia,
Depósito de cuentos y dislates,
Su lengua atormentando y su memoria
Con nombres mil de reyes y magnates.
Mas juicioso notando
Que unos llamaba el libro *fundadores*
Y otros *conquistadores*,
—¿Cuál es—dijo al papá—la diferencia?—
Aquí llegaban, cuando
Con feliz inocencia
Su travieso hermanito,
Que acababa gozoso
De coronar su alcázar ostentoso,
Saltaba de alegría y daba un grito.
Colérico el mayor se alza violento
Al verse interrumpido,
Y de un solo revés arroja al viento
El palacio pulido,

Dejando al pobre niño el desconsuelo
De ver su amada fábrica en el suelo.
El padre entónces, con amor, le dijo:
—La respuesta mejor está en la mano:
El fundador de imperios es tu hermano
Y tú el *conquistador*. ¿Lo entiendes, hijo?

Del mismo.

ALEGORIA

(1826)

Hoja seca y solitaria,
Que ví tan lozana ayer,
¿Dónde de polvo cubierta
Vas á parar?—No lo sé.

Léjos del nativo ramo
Me arrastra el cierzo crüel
Desde el valle á la colina,
Del arenal al verjel.

Voy donde el viento me lleva,
Resignada, por saber
Que ni suspiros ni ruegos
Han de templar su altivez.

Hija de un pobre lentisco,
Voy adonde van tambien

La presuncion de la rosa,
La soberbia del laurel.

De D. Juan Eugenio Hartzenbusch (1).

EL CABALLO DE BRONCE

Niños que de seis á once,
Tarde y noche alegremente
Jugais en torno á la fuente
Del gran caballo de bronce
Que hay en la plaza de Oriente,
Suspended vuestras carreras,
Pues hace calor, y oíd
Una historia muy de véras,
Y de las más lastimeras
Que se cuentan por Madrid.

Ese caballo años há
Estaba, como quizá
Sabréis sin que yo lo indique,
Dentro del Retiro, allá
Frente á la casa del Dique (2).

Allí da el jardin frescura
Con sus aguas y verdor,
Y el canoro rui señor
Tiene morada segura
De enemigo cazador.

Allí al caballo volaban,

(1) De su *Coleccion de Fábulas*: Madrid, 1848.

(1) Así se llama, ó se llamaba, la que está á orillas
del estanque mayor del Retiro.

Con fácil y presto arranque,
Mil pájaros, que llegaban
Á beber en el estanque,
Cuyas ondas le cercaban.

Allí, con reserva poca,
Le corria todo entero
La turba intrépida y loca,
Y hallábale un agujero
Que tiene el bruto en la boca.

Es de tal disposicion,
Que por la parte de afuera
Da fácil introduccion
Á un pajarillo cualquiera
Del tamaño de un gorrión.

Por adentro, sin percance,
Todo el cuello de un avance
Mete el pájaro; despues,
Como no hay donde afiance
Ni las alas ni los pies,

Ni ellos le son de provecho,
Ni ellas le hacen sino estorbo;
Y empujando con despecho,
Se hiere garganta y pecho
Contra el borde áspero y corvo.

Y víctima el animal
De su imprudencia fatal,
Que salir de allí le veda,
Vuela, anda, se atonta y rueda

Por la cárcel de metal;

Donde triste prisionero,

Pidiendo en vano merced,

Sobre muchos que primero

Tuvieron su paradero,

Perece de hambre y de sed.

Mil avecillas, buscando

Sombra densa en el estio;

Mil en el invierno, cuando

Ya lloviendo, ya nevando,

Trasasábalas el frío,

Embocáronse en la panza

Del caballo, que en venganza

Debió decir para sí:

«Renunciad á la esperanza,

Pájaros que entraís en mí.»

Con el tiempo se mudó

Del jardín en que habitó

Á la Plaza donde está,

Y entónces se le quitó

El cuerpo que encima va.

Y los cóncavos secretos

Del cuadrúpedo crüel

Aparecieron repletos

De plumas y de esqueletos

De aves tragadas por él.

Dañosa curiosidad

Las condujo á muerte cruda.

—¡Ay! ¡cuántos, en nuestra edad,
Por la brecha de la duda
Se abisman en la impiedad!
Abismo donde pedir
Favor al mortal discurso,
No basta para salir:
Él nos deja sin recurso
Desesperar y morir.

FRAGMENTOS EPICOS

De D. Alonso de Ercilla

DISCURSO DE COLOCOLO ⁽¹⁾

«Caciques, del Estado defensores,
Codicia del mandar no me convida
Á pesarme de veros pretendores
De cosa que á mí tanto era debida;
Porque, segun mi edad, ya veis, señores,
Que estoy al otro mundo de partida;
Mas el amor que siempre os he mostrado
Á bien aconsejaros me ha incitado.

»¿Por qué cargos honrosos pretendemos,
Y ser en opinion grandes tenidos,
Pues que negar al mundo no podemos
Haber sido sujetos y vencidos?
Y en esto averiguarnos no queremos,
Estando aún de españoles oprimidos:

(1) *La Araucana*, primera y segunda parte: Madrid, 1578.—Canto II.

Mejor fuera esa furia ejecutalla
Contra el fiero enemigo en la batalla.

»¿Qué furor es el vuestro ¡oh araucanos!
Que á perdicion os lleva sin sentillo?
¿Contra vuestras entrañas teneis manos,
Y no contra el tirano en resistillo?
¿Teniendo tan á golpe á los cristianos
Volveis contra vosotros el cuchillo?
Si gana de morir os ha movido,
No sea en tan bajo estado y abatido.

»Volved las armas y ánimo furioso
Á los pechos de aquellos que os han puesto
En dura sujecion, con afrentoso
Partido á todo el mundo manifiesto:
Lanzad de vos el yugo vergonzoso:
Mostrad vuestro valor y fuerza en esto:
No derrameis la sangre del Estado
Que para redimirnos ha quedado.

»No me pesa de ver la lozanía
De vuestro corazon, ántes me esfuerza;
Mas temo que esta vuestra valentía,
Por mal gobiérno, el buen camino tuerza:
Que, vuelta entre nosotros la porfía,
Degolleis nuestra patria con su fuerza:
Cortad, pues, si ha de ser desá manera,
Esta vieja garganta la primera:

»Que esta flaca persona, atormentada
De golpes de fortuna, no procura

Sino el agudo filo de una espada,
Pues no la acaba tanta desventura.
Aquella vida es bien afortunada
Que la temprana muerte la asegura:
Pero, á nuestro bien público atendiendo,
Quiero decir en esto lo que entiendo.

»Pares sois en valor y fortaleza;
El cielo os igualó en el nacimiento;
De linaje, de estado y de riqueza
Hizo á todos igual repartimiento:
Y en singular por ánimo y grandeza
Podeis tener del mundo el regimiento;
Que este precioso don no agradecido,
Nos há al presente término traído.

»En la virtud de vuestro brazo espero
Que puede en breve tiempo remediarse,
Mas ha de haber un capitan primero,
Que todos por él quieran gobernarse:
Este será quien más un gran madero
Sustentare en el hombro sin pararse;
Y pues que sois iguales en la suerte,
Procure cada cual ser el más fuerte.»

Del Maestro Fr. Diego de Hojeda, Dominico

EL HUERTO DE LAS OLIVAS

LA ORACION PERSONIFICADA SUBE AL CIELO Á PEDIR Á
DIOS POR SU HIJO (1)

Con prestas alas, que al ligero viento,
Al fuego volador, al rayo agudo,
Á la voz clara, al vivo pensamiento
Deja atrás, va rasgando el aire mudo:
Llega al sutil y espléndido elemento,
Que al cielo sirve de fogoso escudo,
Y como en otro ardor más abrasada
Rompe, sin ser de su calor tocada.

De allí se parte con feliz denuedo
Al cuerpo de los orbes rutilante,
Que ni le pone su grandeza miedo,
Ni le muda el bellissimo semblante;
Que ya más de una vez, con rostro ledo,
Con frente osada y ánimo constante,
Despreciando la más excelsa nube,
Al tribunal subió que ahora sabe.

Estaban los magníficos porteros
De la casa á la gloria consagrada,

(1) *La Cristiada*.—Poema en doce libros: Sevilla, 1611.—Lib. II.

Que con intelectivos pies ligeros
Voltean la gran máquina estrellada;
Estaban como espíritus guerreros
Para guardar la celestial entrada
Puestos á punto, y viendo que subía,
Á su consorte cada cual decia:

—¿Quién es aquesta dama religiosa
Que de Getsemaní volando viene?
Es su cuerpo gentil, su faz hermosa,
Mas el rostro en sudor bañado tiene.
Que beldad tan süave y amorosa
Con tan grave pasion se aflija y pene,
Lástima causa. ¿Quién es la afligida,
En igual grado bella y dolorida?

Es de oro su cabeza refulgente,
Su rubia crin los rayos de la aurora,
De lavado cristal su limpia frente,
Su vista sol que alumbra y enamora,
Sus mejillas Abril resplandeciente,
En sus labios la misma gracia mora;
Callando viene, pero su garganta
Da muestras que suspende cuando canta.

En polvo, en sangre y en sudor teñida
Aparece su grave vestidura:
Como quien pies lavó, sube ceñida,
Y humildad debe ser quien la asegura.
Vedla, que en santo amor está encendida,
Y así de amor el fuego la apresura:

¿Es, por dicha, oracion de algun profeta?
Si es oracion, es oracion perfeta.

Oracion es, que los atentos ojos
Y las tendidas, arqueadas cejas,
Y lo demás que lleva por despojo
Son de esta gran virtud señales viejas.
Sin duda puso en tierra los hinojos,
Y á sólo Dios pretende dar sus quejas;
El barro de la ropa lo declara,
Y la congoja de su pecho rara.

Cual humo de pebete es delicada,
De amarga mirra y de süave incienso,
Y de la especería más preciada
De que á Belen pagó la Arabia censo.
Mirra fué de su sangre derramada
La primer causa, y un dolor inmenso,
Y de estos aromáticos olores
Ciencia, virtudes, gracias, resplandores.

Ella dirá quién es, que ya se llega:
Mas la Oracion del Verbo soberano,
Que á dura muerte su persona entrega,
Debe ser, que su talle es más que humano.
Si á mis ojos su ardiente luz no ciega
He de besarle su divina mano;
Es la Oracion de Cristo, eslo, sin duda.
¡Ábrasele la puerta, el cielo acuda!

Del mismo

ECLIPSE DEL SOL EN LA MUERTE DE JESUCRISTO⁽¹⁾

Estaba el sol entónces coronado
De largas puntas de diamantes finos,
Y, enmedio de su curso levantado,
Los montes abrasaba palestinos.
Miguel, viendo á su Dios crucificado,
Desnudo ante los bárbaros indinos,
Con hidalga vergüenza y noble celo
Bajó del cielo empíreo al cuarto cielo:
Y á los fuertes caballos rutilantes,
Que echaban fuego por las bocas de oro,
Las ruedas volteando coruscantes,
Que dan al mundo nùevo gran tesoro;
Los encendidos frenos radiantes,
Sin guardar al planeta más decoro,
Asió con la una mano valerosa,
Y con otra la máquina espantosa.
Y el carro así parado, alzó los ojos
Al sol, que con mil ojos le miraba,
Y, fulminando por la vista enojos,
El fin de sus intentos aguardaba;
Abriendo, pues, Miguel sus labios rojos,

(1) Libro XVII.

Con voz, le dijo, resonante y brava,
Increpando al planeta excelsamente,
Porque daba su luz resplandeciente:

—¿Es posible, inmortal noble criatura,
Que miras á tu Dios en cruz desnudo,
Y ofreces luz á aquella gente dura,
Que sin miedo en la cruz ponerlo pudo?
Cubre tu clara faz de noche oscura,
Con razon fiero y con verdad sañudo,
Desate el mundo así sus gruesas nieblas,
Y á su Criador conozca en tus tinieblas.—

Dijo: y el sol, avergonzado luégo,
Sus rayos en sí propio recogidos,
Negó su bella lumbre al mundo ciego
Por dejar á los hombres confundidos:
Espantóse el romano, admiró al griego,
Ámbos en esta ciencia esclarecidos,
Ver un eclipse tal, y el crudo hebreo
Se quedó pertinaz en su deseo.

¡Oh Dios! Cuando tu luz no resplandece,
Ni la luz sirve, ni aprovecha el día,
Para que el hombre ciego no tropiece,
Y ciego se despeñe en su porfía:
Ni el quitarle la luz más luz le ofrece,
Que quien bañado en luz la luz no via,
¿Qué hará en las tinieblas sumergido?
Dormir en noche oscura y torpe olvido.

**De Juan de Castellanos, Beneficiado de la
ciudad de Tunja, en el nuevo Reino
de Granada (1)**

**NAUFRAGIO DEL COMENDADOR BOBADILLA
PREDICHO POR CRISTOBAL COLON (2)**

Pues en aquesta parte que se cuenta
Estaban sus navíos amparados
Donde furia de olas no revienta
Y limpio fondo va por todos lados.
Esperaron allí la gran tormenta
Con amarras fortísimas anclados;
Mas Bobadilla, ya que estaba presto,
Por su desgracia no se fija en esto.

Burlando, pues, de todos los desvíos
Y mal que el Almirante le revela,
Se viste de marinos atavíos
Y manda que se hagan á la vela.
Salieron á la mar treinta navíos
Bajo el riesgo que en todos se recela,
Y cada cual patente se figura

(1) Fué natural de la villa de Alanís, provincia de Sevilla, donde tambien nació el que escribe las presentes líneas, y le rinde gustoso este homenaje de tierna y respetuosa admiracion, trayendo aquí su nombre y sus versos, dignos en la parte descriptiva de Ercilla y de Balbuena.

(2) Primera parte de las *Elegias de Varones ilustres de Indias*: Madrid, 1589.—Canto IV.

Aquella venidera desventura.

No van con el clamor regocijado
Que suelen los que hacen la tal via:
Anton de Torres anda demudado,
Roldan Ximenes va sin alegría.
El diestro marinero y el soldado
Con una gran tibieza se movia;
Todos en general iban de suerte
Que parece llevarlos á la muerte.

Mas nadie dellos iba descuidado,
Ántes cualquiera bien apercibido;
Y espacio de diez leguas navegado,
Debajo de las aguas hay rüido.
El cielo se mostraba muy nublado,
El mar se hace más embravecido:
Grandes olajes ven que se levantan,
Tanto que los más diestros más se espantan.

Á más andar, la noche se venia
Pesada, grave, llena de temores:
Septentrion los mares revolvía
Y el Céfiro tambien mostró furores.
Bóreas con grande fuerza combatia,
El Noto revolvió bravos rigores:
Veréis entre estos sobredichos vientos
Ásperos y crüeles movimientos.

Á los desventurados navegantes
Cualquiera de los cuatro desatienta;
No son humanas fuerzas ya bastantes

Á resistir el agua turbulenta:

Jamas se vieron furias semejantes,

Ni tan horribles trances de tormenta:

Miranse por doquier, cuando ésta avanza,

Lloro, temor, dolor, desconfianza.

Aquellos gritos y lamentaciones,

Que vuelan por los aires esparcidos,

De todos los humanos corazones

Ablandaran los más endurecidos.

No sirven ya las velas y timones,

De las soberbias olas embestidos;

Por doquier que cualquiera se convierte

No ve sino la imagen de la muerte.

Porque tenian mástiles quebrados,

Y las gavias así nadaban solas;

De navíos abiertos por los lados

Andaban fuera jarcias y guindolás.

Suenan gritos de hombres anegados,

Que gustan ya de las amargas olas,

Y procuraban con mortal querella

Tener salud sin esperanza della.

En confusion tan llena de mançilla,

Una balsa, compuesta de maderas,

Habia recogido Bobadilla,

Si buena diligencia le valiera.

Asido va Roldan del escotilla,

Flaca defensa para que no muera;

Y así las olas ensoberbecidas

En breve dieron fin á tantas vidas.

De todas estas naos, seis habia

Que de salvarse tienen esperanza,

Aunque la mar mostraba todavía

De vida y de salud desconfianza.

Vino la claridad del turbio día,

Que no mostró señales de bonanza:

Á tierra van los dos con la corriente,

Sin amparo de velas ni de gente.

Ni de éstas, ni de remos ayudados

Huye del mar el triste navegante.

¿Á dónde vas? ¿á dónde, desdichado?

¿No ves cien mil peñascos por delante?

En mar estás de muerte rodeado

Y en la tierra hallarás la semejante:

La fuerza de los vuestros aniquila

La vista de Caribdis y de Scila.

Ningunos claman ya de enronquecidos,

Los ojos solamente van al cielo,

Siendo con duras peñas embestidos,

Los efectos se ven de su recelo.

Deshechos sus navíos y partidos,

¡Ay, Dios, y qué terrible desconsuelo!

Por el embate van de la ribera

Barriles, cajas, trozos de madera.

Veréis aquí el timon, allí la quilla,

Acullá diferentes materiales;

Cuerpos ahogados, por el ancha orilla,

De muchos caballeros principales,
Compañía del valiente Bobadilla,
Con prósperas riquezas y caudales:
El rey perdió grandísimo tesoro
Y aquel muy singular grano de oro (1).

De los cuatro navíos, según fama,
Miraculosamente reservados,
Dos dellos arribaron á la Ozama
De los fieros embates mal parados.
Allí la triste nueva se derrama
Por parientes, por deudos, por criados;
Y visto tan atroz perdimiento,
Mostraron doloroso sentimiento.

(1) Alude á la octava del mismo canto, que dice así:

El oro que la gente deseaba
Daban quebradas ricas, campos llanos:
La vista por allí se deleitaba
De ver cómo sacaban gruesos granos.
Y alguno de ellos hubo que pesaba
Tres mil y setecientos castellanos (*):
Al fin vian los hados más aviesos
Convertidos en prósperos sucesos.

(*) Moneda antigua que corrió en España y ya no tiene uso. En el reinado de los Reyes Católicos valió 490 maravedises de plata, que hacían 14 reales y 14 maravedises también de plata, según Covarrubias en el *Tesoro de la Lengua Castellana*, Madrid, 1611, y el *Diccionario de la Academia*, 3.^a edición. Por esta cuenta, y según el valor de las citadas monedas en este tiempo, el mencionado grano de oro importaba 108,600 reales de vellón.

De D. Félix José Reinoso

PINTURA DE EVA.—LA PRIMERA CULPA.

ENOJO DE DIOS POR ELLA (1)

No en tierno brillo la risueña aurora,
De oriámbar pintando el vago cielo,
La frente eleva de la mar sonora
Sembrando perlas al florido suelo:
Ni de gualda y carmin iris colora
En ledos visos el nubloso velo,
Cual á los ojos se presenta hermosa
Del feliz hombre la feliz esposa.

Mueve el pie terso hácia el nevado río
Que, por cauce de lirios resbalando,
Aquí el jazmin retrata, allá sombrío
Mecido el olmo por el aire blando.
Alzan las crestas sobre el lecho frío
De argentados vivientes mudo bando
Por ver á su señora, y ella en paga
Los lleva á su regazo y los halaga.

Tal vez se llega quedo á la onda pura
Por saber lo que guarda el blanco seno,
Y entre guijuelas de oro su figura
Mira temblar bajo el cristal sereno.
Ya en la frente del toro con blandura

(1) *La Inocencia perdida*.—Poema en dos cantos:
Sevilla, 1872.—Canto II.

La palma asienta; ya en el bosque ameno
Párase á oir la alondra, que gozoza
Vuela del árbol y en su mano posa.

.
Gustó la poma Adán, y el universo
Sintió súbito el crimen. La alta esfera
Cubrió entre sombras el semblante terso
Que los globos de lumbre reverbera:
Trocó Favonio en Aquilon adverso
El soplo recreador: de rabia fiera
Se vistió el bruto; y su obsequioso oficio
El orbe todo convirtió en suplicio.

Vióse desnudo Adán: la seductora
Vióse desnuda; su candor perdido,
Cual marchito clavel se descolora
Lánguido sobre el vástago partido.
La bella, dulce luz encantadora,
Rayo de luz eterna desprendido,
¡Ay! se oscuroó en su faz, ántes delicia,
Maldicion ya de la inmortal justicia.

Vióse y se avergonzó; y al bosque denso
Corre turbado y su ignominia esconde,
Las venganzas temblando del Inmenso
Á quien creyó igualarse. Mas ¡oh! ¿dónde,
Dónde huirá del Señor? Del orbe extenso
Patente el seno ve; á su voz responde
La muda nada en el abismo oscuro;
Ante su faz la sombra es fuego puro.

¡Ah! vióle, sí, de su encumbrado asiento
Y ardió súbito en ira: del semblante
Un mar corrió de llamas: ardió el viento,
Las montañas ardieron. Fulminante
Tronó en su enojo, y retembló al acento
Bajo su planta el mundo vacilante:
Cubrióse el trono en centellantes nubes,
Y su rostro velaron los querubes.

Airóse Dios, y en la encendida mano
Presto el rayo nació: la ondosa llama
En puntas sube, y por el aire vano,
Brotando entre los dedos, se derrama.
Iba á lanzarlo ya, y el Soberano
Verbo, alzado en su trono, el cielo inflama
En luz de gloria que á la tierra umbría
Amor, su faz bañando, difundia.

Cuando al morir los siglos caiga ardiendo
Desde su cumbre el sol, y el regio trono
Sobre su hoguera asiente, y al estruendo
De la trompa y los rayos, en su encono
Lance los astros al abismo horrendo,
No así parecerá. Dulce patrono
Hora del triste humano, amor le apiada,
Amor le ofrece ante la diestra alzada.

De D. Bernardino Fernandez de Velasco,
Duque de Frias

ELOGIO DE FELIPE II

«Viendo don Juan (1) en la tenaz refriega
Que la palma triunfal incierta vaga,
Corre á la popa, y con audacia ciega
De Alí en el corazon hunde la daga;
Sobre el alcázar, que la sangre riega,
Con el turco sanjac (2) el viento halaga,
Y exclama, lleno de arrogancia y gloria:
¡Viva la Religion! ¡Viva! ¡Victoria!

»Á su voz en las naves y galeras,
Del otomano fiero vencedoras,
Se ostentan en los palos las banderas
Con palmas y coronas triunfadoras;
Y las vencidas gentes altaneras
Cruzan la mar con sus flotantes proras,
Llenas de asombro y de mortal cansancio,
Á llevar su terror hasta Bizancio.

»Fué del Prudente Rey el poderío
De moros y de herejes escarmiento,
Firme rival del Támesis umbrío,
Duro azote del Sena turbulento,

(1) D. Juan de Austria.

(2) *Sanjac*, estandarte turco, venido de la Meca, ganado en la batalla de Lepanto, y presentado á Felipe II en el Escorial. (Cabrera, *Historia de Felipe II.*)

Gloria del trono, de la Iglesia brio,
Temido en Flándes, respetado en Trento;
Y, desde el mar de Luso á la Junquera,
Hubo un cetro, un altar y una bandera.»

De D. Juan Pablo Forner

LA PAZ⁽¹⁾

Quedó el cielo sereno: su luz pura
En vivos rayos encendió la esfera,
Y de la Paz la celestial figura
Alma divina de sus lumbres era:
Cercada como el iris su hermosura
De guarnicion de visos placentera,
Ilumina la tierra en sus colores,
Y desata despues lluvia de flores.

Y dice:—¿Venci, pues? ¿Y el trono ibero,
Que dos mundos sujeta á su coyunda,
Colgado ya de Marte el crudo acero,
Reposa alegre en mi quietud fecunda?
¿Y del contagio pestilente y fiero
Con que á Europa afligió la plaga inmunda,
Purificado el ancho imperio veo
Que alumbra más el esplendor febeo?

Ya el estrago cesó: ya alegre puede
La juventud, de espigas coronada,

(1) Canto heróico: Madrid, 1796.

Lograr el fruto que á su afan concede
La tierra por sus manos cultivada.
Mortales, ya la Muerte retrocede,
Que fué por vuestra furia anticipada;
Y ya no esgrime en la dichosa España
Por mano de los hombres su guadaña.

Escarchará las yerbas y las flores
Galana el alba al despuntar el día,
Y en el cuajado humor mil resplandores
Brillarán cual en rica pedrería,
Cuando al carmin trocados los albores
Que á anunciar su venida el sol envía,
Aparezca en Oriente claro y terso
Á animar con su llama el Universo.

Del Colector de estas composiciones

FRAGMENTO DE UN CANTO BIBLICO:

LA VOZ DE UN PROFETA ⁽¹⁾

Como la flor, cuya belleza encanta,
Del Ábrego al furor desaparece;
Como al incendio rápido la planta
Que erguida, ufana en las colinas crece;
Así el pueblo infeliz, á quien no espanta

(1) Publicado en las *Memorias literarias de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras*, en 1843.
—Tomo II.

Rendir el cuello á la maldad, perece,
Si de ella entre los lazos detenido
Á Dios y á la virtud pone en olvido.

¿Y eludirá tal fin? ¡Oh! la venganza
Terrible de Jehová todo lo llena:
Al eco de su voz presta se lanza
Y omnipotente y pavorosa truena.
El faro apagará de su esperanza:
Desquiciará los orbes: la serena
Y benéfica luz que el cielo envía
Trocará de repente en niebla umbria.

¡El Dios de Sabaoth! Toca su mano
El arduo monte, la robusta sierra,
Y se tornan en humo, en polvo vano,
Cual si tocara en su extension la tierra.
En sus iras su aliento soberano
Doquier se esparce, destruccion encierra;
Y por él con gemido lastimero
Volverá al cáos el Universo entero.

Es su nombre *Señor*.... *Señor* lo aclama
La Creacion toda en himnos de armonía;
Señor la aurora en su naciente llama,
Y en sus rayos el sol de medio dia.
Señor la tempestad cuando se inflama
Y abre en las nubes con fragor su via,
Y repiten *Señor* con hondo acento
La tierra, el mar y el alto firmamento.

Su magnífico trono se levanta

De Sion la excelsa en la zafírea cumbre,
Do ardiente el serafín sus glorias canta,
Hendiendo espacios de radiante lumbre.
Tiéndese como alfombra de su planta
De los astros la inmensa muchedumbre;
Y allí, á despecho del precito Averno,
El cetro de los mundos alza eterno.

FRAGMENTOS DE LA TRAGEDIA

De D. Nicasio Álvarez de Cienfuegos

ESCENA IV⁽¹⁾

ALATAR, ZORAIDA, BOABDIL.

ALATAR

Tus órdenes, señor, están cumplidas;
Ya de Granada Abenamet se aleja.

BOABDIL

¿Y cuál en su desgracia se ha mostrado?
¿Se afligia?

ALATAR

Señor, ¡si tú le vieras
En la puerta de Elvira! Suspirando
Hondamente, la vista lastimera

(1) *Zoraida*.—Obras poéticas: Madrid, 1816.

Fija en Granada, y se la encubre el llanto.

Torna á mirarla, y á regar la tierra

Con lágrimas sin fin. El rostro vuelve

Hácia la Alhambra, y por la vez postrera

Torna á mirar, y en entrañables voces

Para siempre, exclamó con torpe lengua:

Y á su Almanzor los brazos extendiendo,

Para siempre, repite, y tierno estrecha

Á su amigo en su pecho sollozante.

«Único amigo en mi crüel tormenta,

Mi querido Almanzor, dijo, en Granada

Es tu sola amistad lo que me queda.

En otro tiempo.... se acabó.... Este amigo

Es mi solo tesoro, y la inocencia,

Esta inocencia que en el alma llevo,

Y que el rigor de mi destino templá.

Sin ella.... ¡oh Almanzor!... sé virtuoso:

La virtud, la virtud: no hay en la tierra

Fuera de ella placer. ¡Puedan un día

Los que sangrientos en mi mal se ceban

Amarla, y conseguir afortunados

Cuanta felicidad á mí me niegan,

Y que en noble venganza les deseo!»

Y á mí luego: «Alatar, en paz te queda.

Si hay en Granada quien de mí se acuerde,

Si por mí te preguntan....»

*(Aquí se desmaya Zoraida, y para ello ántes se
habrá sentado en uno de los asientos del jardín.)*

BOABDIL

Cesa, cesa.

No pudo resistir. En su desmayo
¿No es verdad, Alatar? está más bella.
No sé: yo me deleito en afligirla;
El dolor á mis ojos la hermosea.
¿Y el aviso?

ALATAR

Con él partió el esclavo.

BOABDIL

Ya cobrándose va. Lloro; no temas,
Zoraida mia, desahogar tu pecho
Exhalando el pesar en tristes quejas.
Boabdil, que te adora, lo permite;
Y porque no te fuerce mi presencia
Sola te dejaré. Vamos, amigo,
Su soledad y su afliccion respeta.

De D. Francisco Martinez de la Rosa

ESCENA III ⁽¹⁾

EDIPO, HYPARCO

EDIPO

No es la desgracia, nó, la que me oprime;

(1) *Edipo*.—Obras literarias: París, 1834.

Mil veces su rigor desafiara,
En cambio de la horrenda incertidumbre
En que hundido mi espíritu batalla.

HYPARCO

¿Qué incertidumbre? Explicate....

EDIPO

Yo propio

Mal pudiera, áun queriéndolo.

HYPARCO

Mas, habla,

Sepa al ménos de tí....

EDIPO

¿Quieres saberlo?

HYPARCO

Si.

EDIPO

Pues escucha y tiembla.—Ya pisaba
Del panteon el último recinto;
Y el silencio, el horror, la luz escasa
De las antorchas fúnebres, el viento
Que en las inmensas bóvedas zumbaba,
De terror religioso me cubrian,

Cual si del triste mundo me alejara....
¿Lo creerás?... Al pasar entre las calles
De apiñados sepulcros, las estatuas
De mármol animarse parecían,
Y que á mi vista súbito indignadas,
¡Fuera, profano, fuera! repitiendo,
Confuso el eco *¡fuera!* retumbaba....

HYPARCO

¿Es posible que Edipo el esforzado,
Famoso por tan ínclitas hazañas,
Esclavo de su ardiente fantasía
Se deje intimidar por sombras vanas?...
Fué tu imaginacion....

EDIPO

¡Nó, Hyparco amigo!
Yo tambien lo creí; doblé mi audacia;
Y con inciertos pasos presuroso
Llegué hasta el fondo de la oscura estancia....
¡Nunca llegara, nunca!... Oculta mano
Del término anhelado me alejaba;
Mas yo, luchando y reluchando ciego,
Del buen Layo toqué la tumba helada....
¡Infeliz! Con estrépito la losa
Saltó en pedazos mil; pálidas llamas
Salieron del sepulcro; y al reflejo,
Ví la sombra de Layo alzarse airada,

Extenderse, crecer, tocar las nubes,
Y en el profundo abismo hundir la planta....

HYPARCO

Tranquilízate, Edipo.... ¿Qué delirio,
Qué turbación es esa?...

EDIPO

Envuelto estaba
En la púrpura real; mas de su pecho
Mostraba abierta la profunda llaga;
Y, brotando la sangre, parecía
Que hasta mi misma frente salpicaba....
Atónito, turbado, confundido,
En tierra me postré: la voz me falta
Para invocar á la tremenda sombra;
Mas oso alzar la vista, y de Yocasta
Miro á mi lado la confusa imagen;
Dudo, torno á mirar, voy á abrazarla,
Y entre los dos lanzándose el espectro,
Con sus sangrientas manos nos aparta.

HYPARCO

¡Misero Edipo!...

EDIPO

Un lúgubre gemido
Arrojó por tres veces, y otras tantas

Me miró con ternura; hasta que al cabo
Pronunció con dolor estas palabras:
Huye, infeliz, del tálamo y del trono
Que mancha el crimen.... Dijo, y con la planta
Hirió la hueca tumba, y en su seno
Quedó la inmensa sombra sepultada.

GENERO COMICO

De D. Pedro Calderon

JORNADA I.—ESCENA IX.⁽¹⁾—ERACLIO.

El Madero soberano,
Íris de paz, que se puso
Entre las iras del cielo
Y los delitos del mundo.
El sagrado Leño que,
Siendo arca de este diluvio,
Fué al par de Dios humanado
El carro, el plaustro y el triunfo,
¿En Persia cautivo yace
Sin estimacion y culto?
¡Oh mal hayan, oh mal hayan!
¿Pero á quién culpo, á quién culpo,
Si mis omisiones solas
Dieron materia á este insulto?
Pero aunque conozco tarde
El yerro en que amor me puso,

(1) *La Exaltacion de la Cruz*, comedia.

Presto he de enmendarle: salga
Del lugar donde le tuvo
Mal entretenido el ocio,
Mal aconsejado el gusto.
Salga Eudoxia de mi pecho,
Y este hermoso objeto suyo,

(Rompe el retrato.)

Desperdiciado del aire,
Vuele en átomos menudos.
Los aplausos de mis bodas,
Que el alborozo dispuso,
Trueque el dolor en exequias,
Sea el tálamo sepulcro.
No haya en mí valor, no haya
En mi amor afecto alguno
Desde hoy, que en orden no sea
Á rescatar este sumo
Tesoro: sepa cobrarle
Quien sólo perderle supo.
Deudos, vasallos y amigos,
Eraclio, César Augusto
De Constantinopla, os pide
Perdon del ocio en que os tuvo.
En todo mi imperio á un tiempo
Se escuchen ecos confusos
De trompas y cajas; pero
Bien pronunciado ninguno.
Destemplado el parche gima,

Bastardo el metal robusto,
Y en vez de los estandartes
Que fueron en sus dibujos
Primavera de los vientos,
El aire tremole oscuros
Tafetanes; negras sean
En sentimiento tan justo
Banderas, plumas y bandas,
Que á tan sacrílego hurto
Es bien que la cristiandad
Se vista de negros lutos.
Y yo he de ser el primero
Que embrazado el fuerte escudo,
Que el templado arnés trenzado
Y el limpio acero desnudo,
En la campaña resista
Los destemplados influjos
De las escarchas de Enero
Y de los soles de Julio,
Hasta que, ó pierda la vida,
Ó vea si restituyo
La Cruz de Cristo al lugar
Adonde Elena la puso.

Del mismo

JORNADA II.—ESCENA II.⁽¹⁾—POLIFEMO.

Si me quisieras tú, bella serrana,
Del Cáucaso te diera los rubíes,
Del Ebro el oro por su márgen llana
Y de Tiro las sedas carmesíes,
De Flándes paños, de Sicilia lana,
Olor de Oriente y de Milan tabíes (2)
Y del Ganges las perlas que atesora,
Recien cuajadas de la blanca aurora.

Ese que ves, ejército de ovejas,
Ese que miras, piélago de flores,
Ese que ves (3), tumulto de madejas,
Ese que miras, golfo de pastores,
Ese que ves, océano de abejas,
Ese que miras, escuadron de olores,
Ese que ves, de leche ondoso río,
Todo puede ser tuyo, todo es mío.

(1) *Polifemo y Circe*: comedia.

(2) Cierta género de tela que se usaba antiguamente, como tafetan grueso prensado, cuyas labores sobresalían haciendo aguas y ondas.

(3) Los sembrados de lino.

Del mismo.

JORNADA I.—ESCENA VI.⁽¹⁾—D. DIEGO

Estaba un almendro ufano
De ver que su pompa era
Alba de la primavera
Y mañana del verano;
Y viendo su sombra vana,
Que el viento en penachos mueve
Hojas de púrpura y nieve,
Aves de carmin y grana,
Tanto se desvaneció
Que, Narciso de las flores,
Empezó á decirse amores,
Cuando un lirio humilde vió,
Á quien vano dijo así:
—Flor que majestad no quieres,
¿No te desmayas y mueres
De envidia de verme á mí?—
Sopló en esto el Austro fiero,
Y desvaneció crüel
Toda la pompa que á él
Le desvaneció primero:
Vió que, caduco y helado,
Diluvios de hojas derrama,

(1) *El hombre pobre todo es trazas; comedia.*

Seco tronco, inútil rama,
Yerto cadáver del prado:
Volvió al lirio, que guardaba
Aquel verdor que tenía,
Y contra la tiranía
Del tiempo se conservaba,
Y díjole:—Venturoso
Tú, que en un estado estás
Permaneciente, jamas
Ni envidiado ni envidioso:
Tu vivir sólo es vivir;
No llegues á florecer,
Porque tener que perder
Sólo es tener que sentir.

De D. Agustin Moreto

EL VALIENTE JUSTICIERO, D. PEDRO DE CASTILLA ⁽¹⁾

DIALOGO ENTRE EL REY Y D. RODRIGO,
HIDALGO DE LA JURISDICCION DE D. TELLO, RICO-HOMBRE DE
ALCALÁ, EL CUAL HABIA ROBADO A AQUEL LA NOVIA
CON QUIEN IBA A CASARSE

RODRIGO. Á mi esposa me robó
Del modo que ya supísteis.

(1) *Ensayos literarios y criticos*, por D. Alberto
Lista y Aragon: Sevilla, 1844.

PEDRO. Si vos se lo consentisteis,
Tambien lo consiento yo.

RODRIGO. Quitóme la espada y ciego
Me atajó accion tan honrada.

PEDRO. ¿Y os quitó tambien la espada
Que pudisteis tomar luégo?

RODRIGO. Yo de su poder no puedo,
Señor, mi agravio vengar.

PEDRO. ¿Luego se viene á quejar
No la injuria, sino el miedo?

RODRIGO. Esto, señor, no es temer
Sino el poder de su nombre.

PEDRO. Y cuando está solo ese hombre,
¿Riñe con él el poder?

RODRIGO. Pues cuando justicia os pido,
¿Que riña con él mandais?

PEDRO. Yo no quiero que riñais,
Sino que hubiérais reñido.

RODRIGO. No quise, aunque fuera airosa
La accion, darla esa malicia.

PEDRO. No va contra la justicia
El que defiende á su esposa:

Y habiéndolo ya intentado,
De no haberlo conseguido

Quedábais más ofendido,
Mas veníais más honrado:

Que yo, atento á la razon,
Podré mandarle volver

Á ese hombre vuestra mujer,
Pero no á vos la opinion.

RODRIGO. Pues cobrarála mi pecho.

PEDRO. Ya os costará mi castigo,
Si lo haceis, aunque ahora os digo
Que no estuviera mal hecho.
Andad, que su sinrazon
Castigaré.

RODRIGO. ¿Y no podré,
Pues sin ella quedaré,
Cobrar yo ántes mi opinion?

PEDRO. Sí y nó.

RODRIGO. ¿Pues cuál haré yo
Entre un sí y un nó que oí?

PEDRO. Don Pedro dice que sí,
Y el rey os dice que nó.

RODRIGO. Pues ya que en mi honor infiero
Tal mancha, lavarla es ley;
Que aunque me amenaza rey,
Me aconseja caballero.

DRAMAS

De D. Ángel de Saavedra, Duque de Rivas

ESCENA III (1)

NATALIO. (*Saludando con gravedad y respeto á Lisardo y Zora.*)
Esclarecido Lisardo,
Señor á quien reverencian
Por su dueño estos contornos,
Por su amparo estas aldeas.
Yo, intendente de tu casa
Y colector de tus rentas,
Te presento el rendimiento
Que ofrecen lejanas tierras
Á tus plantas en tributo,
Pábulo de tu opulencia.
(*Van pasando las comparsas, presentando lo que traen y haciendo profunda reverencia.*)

(1) *El Desengaño en un sueño.*—Obras completas: Madrid, 1855.

El monte Ofir granos de oro,
El mar de Oriente sus perlas,
Sus pedrerías Golconda,
Sus ricos tejidos Persia,
Sus perfumes el Arabia,
China matizada seda,
Libia sus rizadas plumas,
Vistosas pieles Siberia,
Marfil Orisa, Sidonia
Púrpura, cristal Venecia,
Y cuanto el arte produce,
Modifica y hermosea,
Todo esto, señor, es tuyo;
Feliz disfrútalo, y sean
Eternidades los años
Que goces tantas riquezas,
En los brazos de tu esposa,
Y en la quietud de esta tierra.

De D. Juan Eugenio Hartzenbusch

ESCENA IV ⁽¹⁾

ZULIMA, MARSILLA

ZULIMA. No estés con inquietud,

(1) *Los Amantes de Teruel*: Madrid, 1849.

Olvida todo pesar,
Trata sólo de cobrar
El sosiego y la salud.

MARSILLA Defienda pródigo el cielo
Y premie con altos dones
Los piadosos corazones
Que dan al triste consuelo.
Tendrá Zulima, tendrás
Tú siempre un cautivo en mí:
Hermoso es el bien por sí,
Pero en una hermosa más.
Ayer, hoy mismo, ¿cuál era
Mi suerte? Sumido en honda
Cárcel, estrecha y hedionda,
Sin luz, sin aire siquiera,
Envuelto en infecta nube
Que húmedo engendra el terreno,
Paja corrompida, cieno
Y piedras por cama tuve.
—Hoy.... Si no es esto soñar,
Torno á la luz, á la vida,
Y espero ver la florida
Márgen del Guadalaviar,
Allí donde alza Teruel,
Señoreando la altura,
Sus torres de piedra oscura
Que están mirándose en él.
No es lo más que me redima

La noble princesa mora:
El bien que me hace, lo ignora
Aun hoy la propia Zulima

ZULINA. Ella siempre algun misterio
Supuso en ti, y así espera
Que me des noticia entera
De tu vida y cautiverio.
Una vez que en tu retiro
Los dos ocultos entramos,
Te oímos, y sospechamos
Que no es tu nombre Ramiro.

MARSILLA Mi nombre es Diego Marsilla,
Y cuna Teruel me dió,
Pueblo que ayer se fundó
Y es hoy poderosa villa;
Cuyos muros, entre horrores
De lid atroz levantados,
Fueron con sangre amasados
De sus fuertes pobladores.
Yo creo que al darme sér
Quiso formar el Señor
Modelos de puro amor
Un hombre y una mujer,
Y para hacer la igualdad
De sus afectos cumplida,
Les dió un alma en dos partida
Y dijo: «Vivid y amad.»
Al son de la voz creadora

Isabel y yo existimos,
Y ámbos los ojos abrimos
En un día y una hora.
Desde los años más tiernos
Fuimos ya finos amantes:
Desde que nos vimos.... ántes
Nos amábamos de vernos,
Porque el amor principió
Á enardecer nuestras almas
Al contacto de las palmas
De Dios cuando nos creó;
Y así fué nuestro querer,
Prodigioso en niña y niño,
Encarnacion del cariño
Que se adelantó al nacer,
Seguir Isabel y yo,
Al triste mundo arribando,
Seguir con el cuerpo amando
Como el espíritu amó.

ZULIMA. Inclination tan igual
Sólo dichas pronostica.

MARSILLA Soy pobre, Isabel es rica.

ÍNDICE DE AUTORES

DE LA SEGUNDA PARTE

POESÍA LÍRICA

ODAS SAGRADAS

	PÁGS.
D. Juan Melendez Valdés.	3
D. Félix José Reinoso.	6
Autor anónimo.	11
D. Juan Arolas.	14
D. Gabriel García Tassara.	16
D. Federico Bello, gaditano.	19
D. Manuel María de Arjona.	24
D. Alberto Lista y Aragon.	28
D. Félix José Reinoso.	29
D. Alberto Lista y Aragon.	31
Fr. Pedro Malon de Chaide, agustino.	35
El Maestro Fr. Luis de Leon.. . . .	38
D. Juan de Jáuregui.	39
D. José María Roldan.	41
El Maestro Fr. Luis de Leon.. . . .	44
Idem.	46
Idem.	49
D. Juan de Jáuregui.. . . .	52
D. Ventura de la Vega.	54
D. Francisco Rodríguez Zapata.	59

CANCIONES Y ODAS HERÓICAS

Fernando de Herrera.	64
------------------------------	----

	PAGS.
El Maestro Fr. Luis de Leon.. . . .	68
D. Manuel José Quintana.	71
D. José María Heredia (cubano)	74
Idem.	76
D. Julian Romea.. . . .	81
D. José de Espronceda.	87
D. Narciso Campillo y Correa.	91
D. Francisco Rodriguez Zapata.	96

ODAS MORALES Y FILOSÓFICAS

Fr. Luis de Leon.	101
D. Juan Melendez Valdés.	104
D. Javier de Búrgos.	107
D. Francisco Rodriguez Zapata.	109

ODAS FESTIVAS

Gaspar Gil Polo.	115
El Bachiller Francisco de la Torre.	117
D. Estéban Manuel de Villegas.	118
D. José del Castillo y Ayensa.	119
Idem.	121
Idem.	122
D. Estéban Manuel de Villegas.	124
D. Nicolás Fernandez de Moratin.. . . .	125

ELEGÍAS

Francisco de Rioja.	128
D. Francisco Nuñez y Diaz.	132
D. Juan Nicasio Gallego.	135

HIMNOS

D. Manuel María de Arjona.	142
D. Francisco Martinez de la Rosa.. . . .	144
D. Francisco Rodriguez Zapata.	146

D. Francisco Rodriguez Zapata.	150
Idem.	152
D. Juan Bautista de Arriaza.	157
D. José María Heredia.	160

SONETOS

Fernando de Herrera.	163
D. Juan de Arguijo.	164
Frey Lope Félix de Vega Carpio.	165
D. Francisco de Quevedo Villegas.	166
Lupercio Leonardo de Argensola.	167
Bartolomé Leonardo de Argensola.	168
Francisco de Rioja.	169
D. Luis de Góngora y Argote.	170
El Padre Pedro de Quirós, de los Clérigos Me- nores de Sevilla.	171
D. Leandro Fernandez de Moratin.	172
D. Juan Pablo Forner.	173
D. José María Blanco.	174
El Duque de Frias.	175
D. Juan Nicasio Gallego.	176
D. Juan Eugenio Hartzenbusch.	177
Gabriel de la Concepcion Valdés (Plácido).	178
D. Juan Arolas.	179
D. Gabriel García Tassara.	180
D. Salvador Bermudez de Castro.	181
D. Antonio Almendros de Aguilar.	182
D. Antonio Ros de Olano.	183
D. Antonio García Gutierrez.	184
D. Juan José Bueno.	185
D. Ventura de la Vega.	186
D. Francisco Rodriguez Zapata.	187 á 223

ROMANCES

Frey Lope Félix de Vega Carpio.	224
D. Luis de Góngora y Argote.	227

	PAGS.
D. Luis de Góngora y Argote.	229
D. Francisco de Quevedo Villegas.	231
D. José Iglesias de la Casa.	234
D. Manuel María del Mármol, sevillano.	237

LETRILLAS

D. Luis de Góngora y Argote.	241
El Príncipe de Esquilache.	242
D. José Cadalso.	244
El Conde de Noroña.	245
D. Manuel Breton de los Herreros.	247
D. ^a Gertrudis Gomez de Avellaneda.	248

POESÍA DIDÁCTICA

Bartolomé Leonardo de Argensola.	251
Francisco de Rioja.	255
D. Leandro Fernandez de Moratin.	263
D. Francisco Martinez de la Rosa.	266

POESÍA BUCÓLICA Ó PASTORAL

Garcilaso de la Vega.	272
D. Gaspar Melchor de Jovellanos.	275
D. José María Blanco.	278

CUENTOS

Baltasar de Alcázar.	281
D. Francisco de Quevedo y Villegas.	283

EPITAFIOS

Autor anónimo.	286
Fr. Luis de Leon.	288
El Licenciado Rodrigo Caro.	288
D. Luis de Góngora.	289

	PAGS.
D. Francisco Martinez de la Rosa.	289
Idem.. . . .	290
D. Juan Nicasio Gallego.	290
D. Gaspar Bono Serrano.	291

MADRIGALES

Gutierrez de Cetina.	292
D. Luis Martin de la Plaza.	293
D. Bernardino de Rebolledo.	294
D. Francisco Martinez de la Rosa.	294
D. Gaspar Bono Serrano.	295
D. Manuel Cañete.. . . .	295

EPIGRAMAS

Juan de Mal-lara.	296
Baltasar de Alcázar.	297
El Dr. D. Juan de Salinas.	298
Jacinto Polo de Medina.	298
D. Bernardino de Rebolledo.	299
D. Nicolás Fernandez de Moratin.	300
D. José Iglesias de la Casa, Pro.	301
D. José Cadalso.	302
D. Juan Pablo Forner.	302
D. Gaspar Melchor de Jovellanos.	303
El M. Fr. Diego Gonzalez.	304
D. Leandro Fernandez de Moratin.	305
D. Gregorio de Salas.	305
D. Manuel María del Mármol.	306
D. Juan Nicasio Gallego.	307
Plácido.	307
D. Gaspar Bono Serrano.	308

FÁBULAS Ó APÓLOGOS

D. José Iglesias de la Casa.	309
Idem.. . . .	310

	PÁGS.
D. Tomás de Iriarte.	311
Idem.. . . .	312
D. Félix María Samaniego.	313
Idem.. . . .	314
D. Juan Nicasio Gallego.	315
Idem.. . . .	317
D. Juan Eugenio Hartzenbusch.	318

FRAGMENTOS ÉPICOS

D. Alonso de Ercilla.	322
El Maestro Fr. Diego de Hojeda, Dominicó	325
Idem.. . . .	328
D. Juan Castellanos.	330
D. Félix José Reinoso.	335
D. Bernardino Fernandez de Velasco, Duque de Frias.	338
D. Juan Pablo Forner.	339
D. Francisco Rodriguez Zapata.	340

FRAGMENTOS DE LA TRAGEDIA

D. Nicasio Alvarez de Cienfuegos.	343
D. Francisco Martinez de la Rosa.	345

GÉNERO CÓMICO

D. Pedro Calderon de la Barca.	350
Idem.. . . .	353
Idem.. . . .	354
D. Agustin Moreto.	355

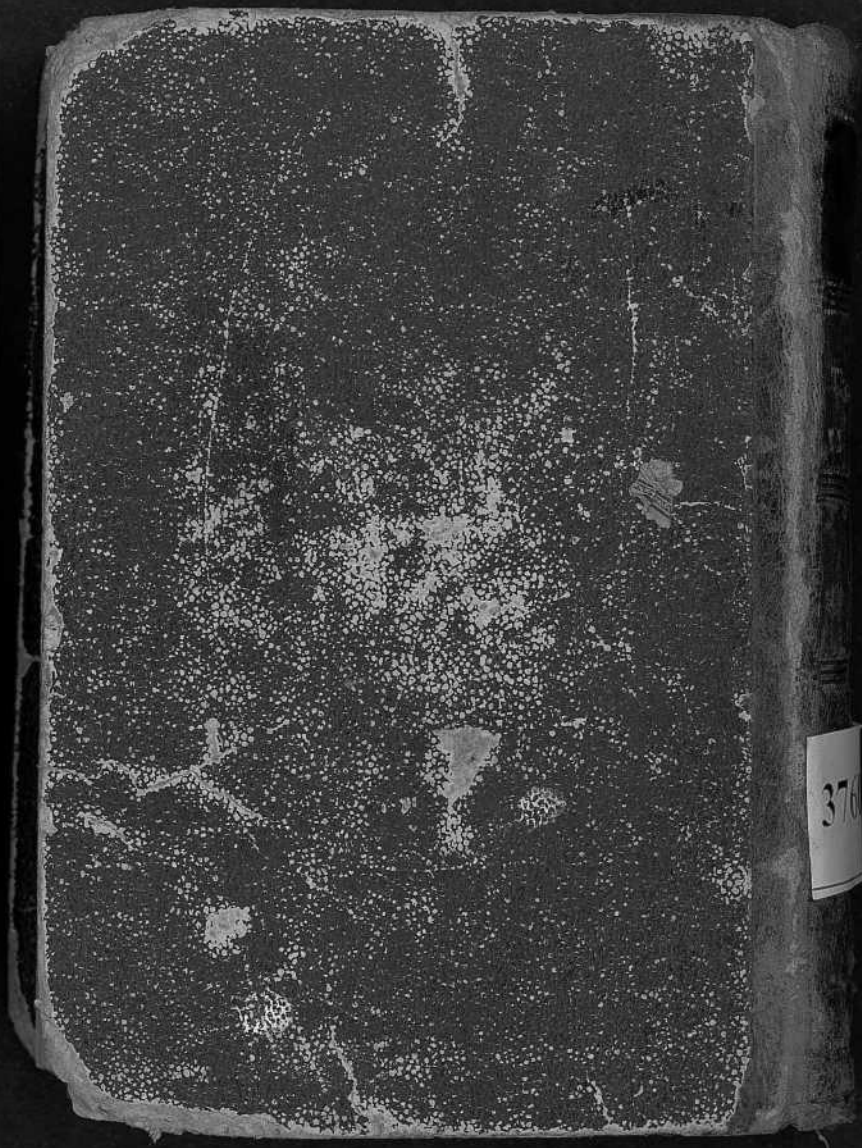
DRAMAS

D. Ángel de Saavedra, Duque de Rivas.	358
D. Juan Eugenio Hartzenbusch.	359







The image shows the front cover of an antique book. The cover is bound in a dark, heavily textured material, possibly leather or a coarse cloth, which is now significantly worn and discolored. The surface is covered in a dense pattern of light-colored spots and larger areas of abrasion, revealing a lighter material underneath. The edges of the cover are frayed and uneven. On the right side, the spine of the book is visible, showing similar wear. A small, rectangular, light-colored paper label is affixed to the lower part of the spine, featuring the number '376' printed in a dark, serif font.

376

TROZOS
EN PÉCSA

3760(I-II)